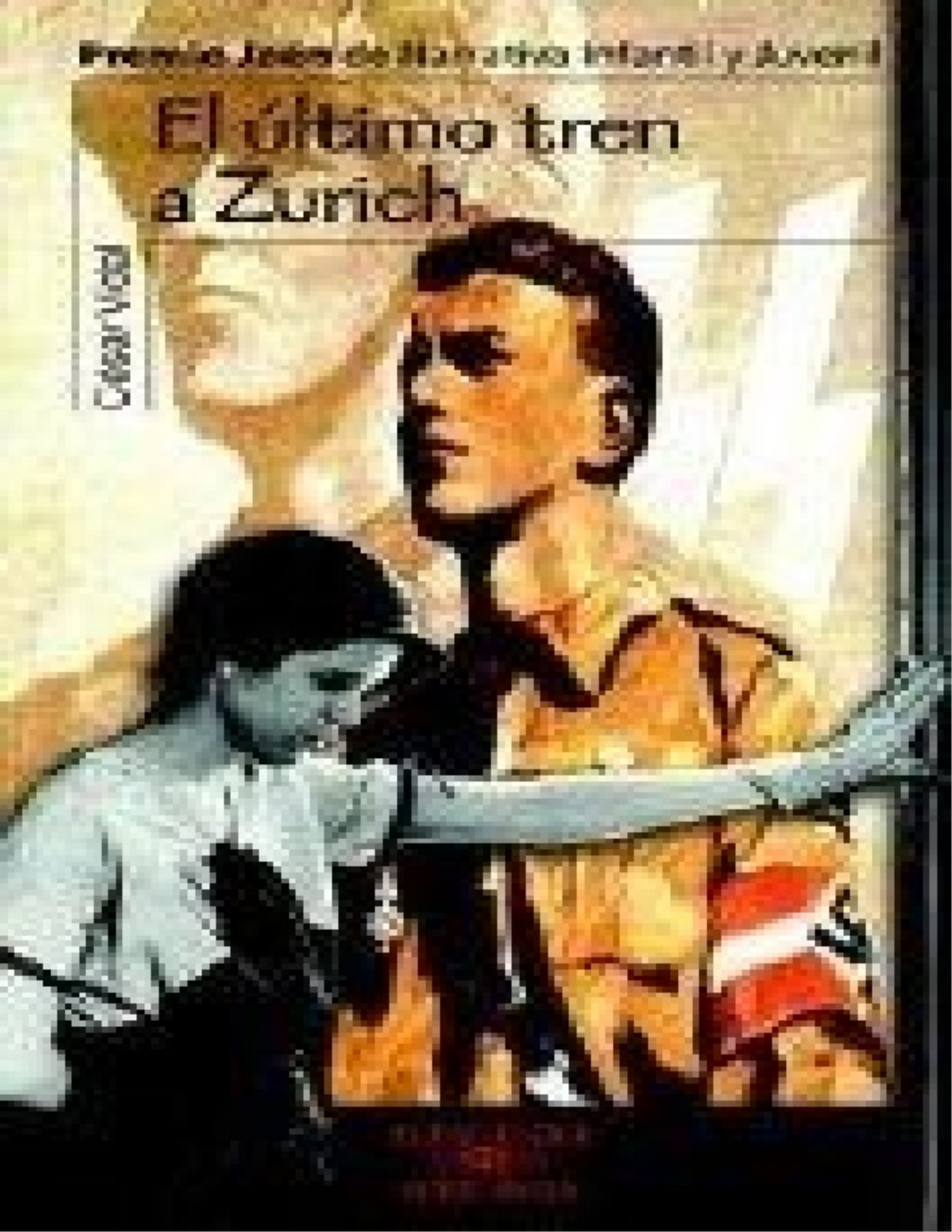
Premio Jaén de Narrativa Infantil y Juvenil

El último tren a Zurich

Care Santos



Annotation

Otoño de 1937. Un adolescente llamado Eric Rominger, originario de una población rural, llega a Viena con la intención de cursar estudios de arte. De manera inesperada, en su primer día en la ciudad, descubre la violencia de los camisas pardas y conoce a Karl Lebendig, un poeta con el que trabará amistad. En los meses inmediatamente anteriores a la invasión de Austria por las tropas de Hitler, Eric descubrirá igualmente el amor de Rose y, sin proponérselo, despertará a una vida nueva y totalmete distina a todo lo que hubiera podido imaginar. Pero entonces el Fürer erntra como victorioso conquistador contra Viena.

- César Vidal
  - I
  - II
  - III
  - IV
  - V
  - VI
  - VII
  - VIII
  - IX
  - X
  - XI
  - XII
  - XIII
  - XIV
  - XV
  - XVI
  - XVII
  - XVIII
  - XIX
  - XX
  - XXI

    - XXII
    - XXIII
    - XXIV
    - XXV
    - Nota del Autor
- notes
    -

César Vidal

El último tren a Zurich

Premio Jaén de narrativa infantil y juvenil

Para Sagrario, que pespuntea de luz
belleza y alegría
mis recuerdos de Viena
que hubiera resultado distinta
—y mucho menos hermosa— sin ella.

I

Pasó sobre su cabeza con la rapidez de una centella, surcó los limpios huecos situados entre las armoniosas columnas y se estrelló con un ruido seco contra la decorada pared. A Eric no le habría extrañado que aquel objeto que apenas había podido distinguir quedara pegado, como las mariposas que su tía coleccionaba y clavaba, en aquellos muros. Sin embargo, estalló en mil pedazos y tan sólo dejó un reguero de espumilla brillante que a Eric le llevó a pensar en el rastro húmedo de los caracoles. Dada su predisposición a distraerse con temas banales, en otro tiempo y en otro lugar se hubiera entregado a recordar no sólo los ya citados seres sino también las lapas o cualquier otro animal que fuera dejando en pos de sí un recuerdo acuoso de su paso. No sucedió así, por la sencilla razón de que distraerse en esos momentos habría resultado una imprudencia imperdonable.

Con la intención de evitar un golpe, se deslizó a cuatro patas por el suelo encerado y, procurando no resbalar, buscó refugio detrás de una de las mesas. Consistía ésta en una gran laja de mármol blanco sostenida en el aire por unas patas cruzadas de metal negro y labrado, y cuando miró, cubierto por ellas, se dijo que habría preferido encontrarse resguardado por un muro.

Mientras se esforzaba por no dejar un solo centímetro de su cuerpo fuera del campo de protección del mueble, dirigió la mirada hacia la izquierda. Allí, a un paso de la puerta, un grupo confuso pero muy compacto de jóvenes ataviados con camisas pardas y brillantes correajes negros descargaba sus porras una y otra vez sobre lo que parecía un deforme gurullo formado por un abrigo negro y unas manos extendidas y llenas de sangre. A unos metros de aquella paliza, un par de muchachos vestidos con el mismo uniforme estaban pasando unas huchas rojizas por las mesas en solicitud de donativos. Visto lo que estaban haciendo con el pobre infeliz que taponaba la entrada, los presentes no mostraban lentitud alguna. Echaban en las ranuras monedas o incluso algún billete doblado, ya que, a juzgar por la expresión de sus rostros, no podían permitirse la menor reticencia frente a aquella colecta.

Los muchachos de las alcancías parecían, desde luego, contentos. Cada vez que aumentaban sus haberes, movían los alargados recipientes con un rápido gesto de la muñeca y les arrancaban un alegre sonido metálico.

Desvió Eric los ojos hacia la derecha y contempló a los camareros, que se habían colocado con las nalgas pegadas contra el mostrador a la espera de que concluyera todo. Sin duda, el calvo tenía miedo de que aquellos uniformados jóvenes la emprendieran a golpes con alguien distinto del desdichado al que estaban moliendo a la entrada. Sin embargo, no todos mostraban semejante inquietud. Uno de ellos, delgado, moreno y con ojos azules, contemplaba la escena con el mismo gesto aburrido con que habría visto llegar el camión de la leche. En cuanto a los dos empleados restantes, se habían colocado las bandejas delante del pecho como si así pudieran protegerse mejor de cualquier eventualidad desagradable. Estaba Eric contemplando aquellas reacciones tan dispares cuando un soniquete metálico le obligó a cambiar su ángulo de visión.

Uno de los jóvenes de camisa parda se había detenido ante una mesa, situada a cinco metros escasos, mientras hacía repiquetear la hucha con golpes acompasados e ininterrumpidos. No podía ver Eric a la persona a la que instaba, bastante infructuosamente por cierto, a contribuir. Sin embargo, a pesar de que lo mejor hubiera sido no cambiar de posición, su curiosidad resultó más fuerte que su prudencia. Reculó unos centímetros, colocó las yemas de los dedos sobre el mármol y se impulsó lo suficiente como para poder proyectar la mirada por encima de la mesa.

Un hombrecillo un tanto sobrado de peso escribía con una pluma de color corinto sobre un cuaderno de inmaculada blancura. El hecho en sí no habría tenido la mayor importancia de no ser porque el joven uniformado se encontraba ante él y agitaba cada vez con más fuerza la hucha. Ciertamente, aquel gordito debía de ser muy sordo o estar loco por completo.

—El movimiento nacional-socialista solicita su ayuda —dijo el muchacho de la alcancía, y Eric se dio cuenta de que habían sido las primeras palabras pronunciadas por alguien de aquel grupo. Hasta ese momento les había bastado con realizar gestos, con o sin porras, para lograr lo que deseaban.

Apenas acababa de pronunciar el joven la última palabra, el hombre levantó los ojos del papel. La suya fue una mirada totalmente exenta de temor. Por un instante, la posó sobre el muchacho y luego volvió a bajarla para continuar escribiendo.

La alcancía enmudeció a la vez que el muchacho de la camisa marrón enrojecía hasta la misma raíz de los cabellos. Hasta ese momento, todos los presentes se habían doblegado ante aquella petición independientemente de

los deseos que tuvieran de hacerlo y ahora... ahora...

—¿Sucede algo, Hans?

Eric miró de forma instintiva hacia el lugar del que procedía la voz. Se trataba del segundo postulante. Había abandonado el lugar donde estaba realizando su cuestación y, pasando bajo los elegantes arcos del café, se acercaba ahora con pasos acelerados a su camarada.

—¿Sucede algo, Hans? —volvió a preguntar.

No respondió, pero tampoco fue necesario. La vista de su compañero se dirigió hacia el hombre que seguía escribiendo y entonces se detuvo en seco, igual que si se hubiera topado con un muro invisible. Tardó unos instantes en recuperarse de la impresión y, cuando lo hizo, giró en redondo y echó a correr hacia el grupo de camisas pardas que había en la puerta. Habían terminado ya de golpear al hombre del abrigo negro y estaban charlando animadamente entre ellos, intercambiando risas y manotazos. Eric pudo ver que el segundo postulante llegaba a su lado y pronunciaba unas palabras al oído del que parecía de mayor edad. Éste dio un respingo y lanzó una mirada rápida en dirección a la mesa. A continuación apretó los labios y se dirigió, dando zancadas, hacia aquel sujeto empeñado en seguir escribiendo.

—Sé quien eres —gritó más que dijo al llegar a su altura—. Un día haremos un montón con todos tus libros y les prenderemos fuego...

Eric tragó saliva al escuchar aquellas palabras, pero el hombre continuó deslizando la pluma sobre el papel como si, ajeno a lo que sucedía, se encontrara inmerso en una calma total. Fue precisamente esa serenidad la que provocó una mayor irritación en su interlocutor. Con gesto rápido, sacó la porra de la cartuchera y la descargó contra la mesa de mármol.

El tañido de un centenar de campanas no le habría parecido a Eric más ensordecedor que aquel rotundo golpe único. De hecho, todos los presentes, a excepción de los camisas pardas y del camarero de los ojos azules, dieron un respingo, a la vez que contenían la respiración.

El hombre dejó la pluma sobre la mesa y a continuación se llevó, de manera sosegada, la diestra al bolsillo de la americana. Daba la impresión de que iba a buscar algo de dinero con el que calmar a los camisas pardas, y ese pensamiento infundió una cierta calma entre los presentes. Parecía que, al fin y a la postre, para bien de todos, entraba en razón. Esa misma certeza hizo que una sonrisa pegajosa aflorara en el rostro del jefe del grupo. Sin embargo, el silencioso hombre extrajo de su chaqueta, no un monedero, sino una cajita rectangular de terciopelo azul. La abrió parsimoniosamente y colocó la pluma

en su interior. Luego volvió a guardar el estuche en la americana y se cruzó de brazos mientras miraba a los dos camisas pardas.

—No tengo la menor intención de dar un solo chelín para ese compatriota trastornado que se llama Adolf Hitler.

II

Pronunció aquellas palabras en el mismo tono de voz con que podía haber pedido un café o preguntado la hora. Sin embargo, resonaron en el interior del Café Central como un trallazo. De hecho, Eric pudo ver cómo los clientes abrían los ojos igual que si fueran platos e incluso alguna mujer sacaba un pañuelo y lo mordía con gesto de auténtico pavor. Entre los camareros, el calvo había comenzado a enjugarse el copioso sudor con una impoluta servilleta, lo que, se viera como se viera, no dejaba de ser una gravísima incorrección en un establecimiento como aquel.

Los camisas pardas también las habían escuchado y, tras un primer momento de estupor, comenzaron a aproximarse con pasos inseguros hacia la mesa. No dijeron una sola palabra, pero bastaba con ver sus rostros para imaginarse lo que iba a suceder.

—Bien mirado, el que naciera en Austria es una suerte —dijo el hombre que había estado escribiendo, a la vez que los encamisados formaban una especie de media luna en torno a la mesa—. Aquí no le hizo nadie caso y tuvo que marcharse a Alemania.

El que parecía el jefe apretó la mandíbula como si deseara triturar entre los dientes la cólera que le corroía. Con un gesto repetido seguramente en centenares de ocasiones, empezó a golpearse la palma de la mano izquierda con el extremo de la porra.

El corazón de Eric latía con tanta fuerza que hubiera jurado que chocaba directamente contra la tabla del pecho. ¿Quién era aquel hombre? ¿Qué pretendía con exactitud? ¿Acaso no se había dado cuenta de la catadura moral de aquellos sujetos de camisa parda?

—Dios quiera en su infinita misericordia que no regrese jamás por aquí —dijo inesperadamente el desconocido, como si intentara proporcionar un colofón a sus provocativas afirmaciones.

El jefe de los camisas pardas avanzó un paso hacia la mesa y Eric cerró los ojos de forma instintiva, porque no deseaba ver cómo le partían la cabeza a aquel extraño cliente. Entonces un sonido agudo, tanto que parecía capaz de taladrar los tímpanos, rasgó el aire. Abrió los párpados y vio que los camisas pardas se habían quedado inmóviles. Hubiérase dicho que un brujo invisible

había pronunciado un poderoso conjuro que los había congelado, convirtiéndolos en una simple fotografía de colores desvaídos a causa de la penumbra del local.

Eric parpadeó para asegurarse de que veía bien y no era víctima de alguna ilusión óptica. En ese mismo instante, aquel sonido, metálico e insoportablemente agudo, volvió a arañarle los oídos.

—¡Es la poli! ¡Es la poli! —gritó uno de los camisas pardas más cercanos a la entrada del café.

—¡Hay que darse el piro! ¡Rápido! —respondió el jefe del pelotón.

El rostro de Eric avanzó hasta casi golpearse contra las metálicas patas de la mesa en un intento de contemplar mejor aquella escena tan inesperada. Como si temieran que el cielo pudiera desplomarse sobre sus cabezas, los camisas pardas se apresuraron en llegar a la entrada y así evadirse de la acción de la policía. No debían de estar muy acostumbrados a llevar a cabo aquellas retiradas, porque provocaron una aglomeración en la puerta y, a continuación, comenzaron a repartirse patadas y manotazos para abrirse camino. Por un momento, dio la impresión de que no podrían salir pero, de repente, uno de ellos tropezó, cayó al exterior tan largo como era y todos los demás se vieron obligados a saltar sobre él para llegar a la calle.

Mientras notaba un insoportable dolor en las articulaciones, Eric se puso en pie, corrió hacia una de las ventanas situadas a su izquierda e intentó abarcar con la mirada el camino seguido por los fugitivos. Para sorpresa suya, pudo ver que, lejos de mantener algo que se pareciera mínimamente al orden, se habían desperdigado cada uno por su lado, intentando evitar la detención.

¿Cuántos policías llegaron tras aquellos dos pitidos inesperados? No sabría decirlo Eric, pero en cualquier caso estaba seguro de que eran menos que los camisas pardas y, a pesar de todo, éstos no les habían opuesto la menor resistencia. De hecho, corrían con tanta velocidad por la Herrengasse y las calles aledañas que prácticamente habían desaparecido de la vista.

Durante unos instantes, clientes y camareros se mantuvieron sumidos en un silencio absoluto, el mismo que se había creado mientras aquel hombre se permitía no entregar el menor donativo a los ahora huidos. Luego, como si se hubiera producido una extraña explosión, todos comenzaron a dar voces, a agitar los brazos y a intercambiar acaloradas impresiones sobre lo que acababan de vivir. Todos. Bueno, no, todos no. El hombre que había seguido escribiendo durante la primera parte del incidente se había puesto en pie y, tras cerrar su cuaderno y dejar unas monedas sobre la mesa de mármol

blanco, había comenzado a caminar hacia la salida.

Si le hubieran preguntado la razón, Eric no habría sabido darla pero, de repente, sintió una imperiosa necesidad de hablar con aquel extraño personaje. Buscó con la mirada el lugar donde había depositado su maleta al entrar en el café y comprobó con alivio que allí seguía, como si estuviera esperándole, tranquila y adormilada. Se aproximó a ella, la agarró, la levantó de un tirón y apretó el paso hacia la salida.

No llegó. El camarero calvo se cruzó en su camino y, mientras se llevaba la diestra al bigote, le dijo con la excepcional cortesía de los vieneses que trabajan en su gremio:

—*Servus*, su consumición...

Eric sintió que enrojecía hasta la raíz del cabello. No había tenido la menor intención de marcharse sin pagar. Simplemente, es que se le había olvidado con todo aquel jaleo.

—Sí, claro —balbuceó—. Tiene usted toda la razón. ¿Qué le debo?

El camarero calvo dijo una cantidad que Eric rebuscó todo lo deprisa que pudo en sus bolsillos, a la vez que miraba por la ventana para asegurarse de que no perdía la pista del hombre. Cuando, finalmente, logró salir a la calle, ya se había convertido en un punto lejano a punto de doblar una esquina.

Apretó el paso con la intención de acortar la distancia. No tardó en darse cuenta de que no era todo lo fuerte que habría deseado, de que la maleta pesaba mucho más de lo que recordaba y de que el costado comenzaba a dolerle.

Dobló la esquina por la que acababa de desaparecer el hombre y entonces pudo verlo con nitidez a una decena escasa de metros. Se había detenido ante unos cajones de libros situados en la acera. Con gesto de interés, ojeaba uno de los ejemplares. Visto de perfil, se notaba que su abdomen, ceñido con un chaleco rojo, era demasiado voluminoso para su estatura, y que su coronilla había comenzado a clarear. Precisamente, esa ligera gordura y esa calvicie incipiente le conferían un aspecto de sorprendente serenidad. Sí, no parecía muy inquieto a pesar de todo lo que había sucedido.

Eric habría podido alcanzarlo, saludarlo y entablar conversación con él. Sin embargo, en esos momentos se apoderó de todo su ser una insoportable sensación de timidez. De repente, le pareció que lo que estaba haciendo no era del todo lícito, que no tenía ninguna razón para dirigirse a aquel hombre y

que, sobre todo, corría el riesgo de que éste le dijera que debía meterse en sus asuntos. A punto estaba de desistir, cuando su perseguido depositó el libro en el cajón del que lo había tomado y reemprendió la marcha. El que se pusiera nuevamente en movimiento y Eric sintiera la necesidad de alcanzarlo fue todo uno.

Lo siguió durante un centenar de metros más hasta que dobló otra esquina. Eric apretó de nuevo el paso y, para alivio suyo, volvió a localizarlo. Estaba ahora detenido ante un comercio donde compró algo que parecía un cartucho de papel. Sí, eso debía de ser, porque había sacado algo del cucurucho y había comenzado a comérselo.

Eric se pasó la maleta a la mano izquierda y comprobó que tenía la palma de la derecha surcada por marcas rojizas. Se la frotó contra el muslo y continuó caminando. A esas alturas de la persecución, ya no le dolía sólo el costado, sino también las dos manos, las piernas y la espalda. Hubiera deseado descansar pero no podía permitírselo. No, después de haber caminado tanto. ¡Maldita sea! ¡Estaba doblando otra esquina!

Mientras el dolor del costado le subía hasta el pecho, Eric volvió a forzar su cansado paso. No estaba seguro pero... pero parecía que también su perseguido había acelerado la marcha. ¡Por Dios! ¡Otra esquina, no! ¿Cómo podía haber tantas esquinas en Viena?

Tardó apenas unos segundos en alcanzarla pero, cuando miró la calle, descubrió que el hombre había desaparecido. Una pesada nube de desaliento descendió sobre Eric al percatarse de que el objeto de su persecución se había desvanecido igual que si se lo hubiera tragado la tierra. Boqueando, caminó una docena de pasos más pero siguió sin distinguir a la gruesa figura. Entonces escuchó a sus espaldas una voz que, teñida de tranquilidad, decía:

—¿Se puede saber por qué me andas siguiendo?

III

Eric se volvió con un respingo similar al que habría dado si le hubieran aplicado una corriente eléctrica. A un par de metros de él se encontraba el hombre al que llevaba persiguiendo más de un cuarto de hora. Si se encontraba nervioso o molesto, fuerza era reconocer que no lo aparentaba. En realidad, el hecho de que sujetara con la mano izquierda un cucurucho y llevara en la diestra una manzana roja que no dejaba de mordisquear le confería un aspecto de notable indiferencia. Volvió a clavar los dientes en la fruta, masticó con parsimonia, tragó y dijo:

—¿Has entendido lo que he dicho o es que acaso no hablas alemán?

—Eh... sí, sí, claro que lo hablo... —respondió Eric con voz temblona—. Es mi lengua.

—Bien, lo celebro. Ciertamente, es una hermosa lengua. Y ahora, ¿tendrías la bondad de indicarme por qué me perseguías?

Eric tragó saliva. Al escuchar aquellas palabras se percató por primera vez de que no podía dar una razón medianamente sólida para haber llevado a cabo aquella persecución. En realidad, había actuado, como solía ser común en él, siguiendo sus propios impulsos, y ahora descubría, como tantas veces en el pasado, que no sabía qué hacer.

—No te habrás tragado la lengua, ¿verdad?

Aquellas palabras, dichas justo cuando terminaba la manzana, terminaron de sumir al muchacho en el azoramiento. Como toda respuesta, se limitó a mover la cabeza en un vago movimiento de negación.

—Bien, bien —dijo el hombre con cierta ironía—. Vamos avanzando algo.

—Yo... yo estaba en el café... —acertó a balbucir.

—Ya —dijo el hombre, mientras se pasaba la lengua por el interior de la boca en un gesto que lo mismo podía indicar burla que un intento por rebañar los restos de manzana.

—Lo que... lo que hizo usted... —prosiguió Eric—. Bueno...

El hombre del cucurucho de manzanas no le dejó terminar la frase. Echó mano al envoltorio, extrajo una fruta y dijo:

—¿Quieres?

—No... no... —respondió Eric—. Lo que deseo decirle es que... que, bueno, diantre, es usted muy valiente...

El hombre reprimió una sonrisa mientras devolvía la manzana al envoltorio de papel.

—¿No te pesa esa maleta? —preguntó repentinamente.

—He llegado hoy a Viena y... —Y no has tenido tiempo de dejarla en casa —concluyó la frase el hombre.

—Sí, no me dio tiempo —reconoció Eric.

—¿Dónde vas a alojarte?

Sin dejar de mirarle, Eric echó mano a su abrigo y extrajo un papel arrugado que le tendió. El hombre de las manzanas lo recogió y le echó un vistazo.

—Conozco esa pensión. No está lejos de aquí, de modo que este paseíto no lo habrás dado en vano. Claro que también habrías podido coger el tranvía. ¿Qué has venido a hacer a Viena?

—Estudiar —respondió Eric—. He venido a estudiar.

—¿El qué? Pareces muy joven para ir a la universidad.

El muchacho enrojeció. Sabía de sobra los años que tenía pero, al igual que le sucede a la mayoría de los adolescentes, semejante circunstancia le resultaba más molesta que sugerente.

—Voy a la Academia de Bellas Artes para estudiar dibujo, *Herr*...

—Lebendig —dijo el hombre de las manzanas—. Karl Lebendig.

Eric parpadeó sorprendido. ¿Había oído bien? ¿Aquel hombre había dicho Karl Lebendig? ¿Era Karl Lebendig?

—¿El... el escritor? —acertó finalmente a preguntar.

—Sí —respondió Karl—. ¿Has oído hablar de mí?

—¿Hablar de usted? —dijo Eric elevando el tono de voz—. ¡Usted es mi poeta favorito!

Lebendig reprimió con rapidez la sonrisa divertida que pugnaba por aflorarle a los labios.

—Espero que tu capacidad para dibujar sea mejor que tu gusto literario —comentó mientras comenzaba a andar.

—¿Por qué? —preguntó Eric, sorprendido, mientras intentaba alcanzarlo.

Sin embargo, Lebendig no respondió.

—Es cierto lo que le he dicho —dijo Eric, que ya comenzaba a jadear—. No... no es que no me gusten Rilke o... o Hofmannstahl. Me gustan. Sí, me

gustan mucho, pero usted... usted tiene algo especial... Por favor, ¿podría correr algo menos?

Lebendig se detuvo y Eric se preguntó, mientras intentaba recuperar el resuello, cómo podía ir tan deprisa un hombre que distaba mucho de tener un cuerpo atlético y unas piernas largas.

—Vivo muy cerca de aquí —dijo Lebendig, como si no hubiera escuchado la pregunta de Eric—. ¿Te apetecería tomar un café antes de irte a la pensión?

La boca de Eric se abrió en un gesto de sorpresa. ¡Tomar un café con Karl Lebendig! ¡Y en su casa!

Apenas cinco minutos después, el entusiasmo del joven recién llegado se había enfriado considerablemente. Era cierto que Lebendig vivía cerca, pero en el último piso de un edificio desprovisto de ascensor. Acostumbrado a vivir en una planta baja, el muchacho no tardó en experimentar un insoportable ahogo mientras se esforzaba en subir con su maleta en pos del escritor. De manera inexplicable, aquel hombre, que claramente padecía de sobrepeso, superaba los escalones con la misma facilidad que un escalador veterano trepa por las breñas de un monte.

—Son sólo cuatro pisos —escuchó Eric que le decía desde algún lugar perdido en las alturas, y a punto estuvo de desplomarse sobre uno de los escalones para recuperar el resuello.

Si no lo hizo fue por un oculto pundonor que le decía que un muchacho de quince años no podía ser menos vigoroso que un hombre de constitución gruesa que había superado de sobra los cuarenta. Se trató de un empeño seguramente noble pero cuando, por fin, llegó al descansillo donde se hallaba situada la vivienda de Karl Lebendig, apenas podía respirar y el corazón le latía como si llevara un buen rato corriendo a campo través.

El escritor no le había esperado. Tras dejar la puerta abierta, había entrado en el piso. Eric se descargó la maleta y asomó la cabeza por entre las jambas.

—Pasa al fondo —escuchó que le gritaba Karl Lebendig—. Puedes dejar tu equipaje en la entrada.

Eric cruzó el umbral y vislumbró un pasillo a mano derecha. No había llegado hasta él cuando se percató de que detrás de la puerta había unas estanterías que iban desde el mismo suelo hasta el techo y que se hallaban, más que repletas, atestadas de libros. Le pareció lógico porque, a fin de cuentas, ¿no se supone que un escritor tiene que haber leído mucho?

No estaba preparado, sin embargo, para aquel pasillo. A la izquierda también estaba lleno de estanterías —salvo en un pequeño hueco, por donde entraba la luz de una ventana— y, además, en los escasos espacios vacíos se levantaban irregulares pilas de libros. Se deslizó por el corredor procurando no golpear con su maleta aquellas masas librescas, que parecían a medias dormidas y a medias acechantes, y con no poco esfuerzo logró llegar a lo que parecía un salón.

Se trataba de una estancia espaciosa, pero nadie en su sano juicio hubiera juzgado que su disposición era normal. Con la excepción de un pequeño trozo de pared, donde se dibujaba una chimenea, y de otro paralelo a uno de los cuerpos de un sofá en forma de ele, todos los muros estaban cubiertos completamente por estanterías de modesta y barata madera. En ellas los volúmenes se apiñaban unos sobre otros en un caos punto menos que carente de forma. Por si todo lo anterior fuera poco, buena parte del espacio que mediaba entre la puerta y el sofá se hallaba ocupado por más pilas de libros, revistas y lo que parecían ser discos.

—Disculpa que todo ande un poco manga por hombro —dijo Lebendig —. Como trabajo en casa...

«Como trabaja en casa, precisamente debería ser más ordenado», pensó Eric. «¿Cómo diantre puede moverse por la casa sin empezar a tirar libros? Y, aunque lo consiga, ¿cómo logra encontrar lo que busca en medio de esa jungla de volúmenes y papeles?»

—Acomódate donde quieras... —añadió el escritor—. A propósito, no me has dicho cómo te llamas.

—Eric —respondió el muchacho, mientras miraba en torno suyo cada vez más abrumado por lo que veía—, Eric Rominger.

—Eric Rominger —repitió Karl Lebendig, como si fuera un eco—. Suena bien. Bueno, Eric Rominger, ¿qué prefieres, té, café, cacao, leche?

—Creo que preferiría un cacao —contestó el muchacho.

—Cacao, estupendo. Siéntate en lo que voy a prepararlo.

Mientras Karl se perdía por el pasillo, Eric se preguntó donde podría sentarse. Una parte no pequeña del inmenso sofá estaba cubierta de libros y papeles y, aunque no faltaba espacio libre, tenía dudas de que fuera suficiente para dos personas.

—Retira lo que quieras y ponlo en el suelo —escuchó que decía Karl desde el otro extremo de la casa—. Ya lo ordenaré yo luego.

«¿Ordenarlo luego?», se preguntó Eric. ¿Qué idea tendría aquel hombre

de lo que significaba esa frase? Porque, a juzgar por la pátina de polvo que recubría alguno de aquellos montones, había que llegar a la conclusión de que llevaban mucho tiempo —quizá meses— sin que nadie hubiera intentado acabar con aquel barullo.

Procurando que no se le escapara nada de entre las manos, retiró los suficientes materiales de encima del sofá como para permitir que dos personas se sentaran holgadamente. Luego, mientras se restregaba las manos para arrancar de ellas el polvo que se le había adherido, comenzó a pasear la mirada por la habitación. A su izquierda había un balcón —ante el que se extendía una de las partes del sofá— y a ambos extremos del muro que tenía enfrente se abrían dos puertas, que llevaban a sendas habitaciones. Pensó que serían dormitorios y que Dios quisiera que en ellos no hubiera tantos libros y tanto desorden como los que invadían el salón.

—Bien, Eric Rominger —escuchó que decían a su izquierda—. Aquí está tu cacao.

Karl Lebendig entró en la habitación sujetando con ambas manos una bandeja de madera clara. En su superficie descansaban una taza de forma extraña, más cercana a la de un bote de conservas que a cualquier otro objeto que Eric hubiera podido ver nunca, y un vaso alargado de cristal, del que salía un humillo que anunciaba elocuentemente dulzura y calor.

El escritor depositó los recipientes en una mesa baja, que estaba situada frente al sofá, y luego tomó asiento. El mueble no crujió al recibir el impacto de su peso pero se hundió lo suficiente como para que Eric temiera verse precipitado contra su anfitrión.

—De manera que has leído algunos de mis libros —comenzó a decir el escritor—. ¿Tienes preferencia por alguno en particular?

—Sí —respondió Eric sin dudar un solo instante—. Bueno... en realidad, todos los que he leído me han gustado, pero... pero hay uno que me resulta muy especial...

—¿Ah, sí? —preguntó Karl, mientras sonreía—. ¿Cuál?

—*Las canciones para Tanya* —respondió Eric con la voz rezumante de entusiasmo—. Son tan hermosas, tan sentidas...

El muchacho estaba tan absorto en el recuerdo de las emociones que le había provocado el libro de Lebendig que no advirtió una tenue sombra que había descendido sobre el rostro del escritor.

—Tanya existió, ¿verdad? —preguntó Eric, alzando la voz—. Vamos, creo que tiene que ser así, porque nadie puede imaginar a una mujer tan

maravillosa si no...

—Sí —cortó Karl—. Tanya existió, y ahora creo que es mejor que hablemos de otra cosa.

IV

Eric se quedó momentáneamente sin poder articular palabra. Hasta ese momento, Lebendig se había comportado con una amabilidad notable, incluso excesiva, pero la sola mención de Tanya parecía haber operado en él una mutación inexplicable. Sus mandíbulas, de trazado suave, se habían endurecido y sus ojos habían adquirido un aspecto húmedo y pétreo. El muchacho deseó en ese momento no haber formulado aquella pregunta, no haber subido al piso, incluso no haber conocido al escritor. Abrió y cerró la boca como si intentara respirar mejor y entonces, sin pensarlo, dijo:

—¿Por qué no tuvo usted miedo de aquel grupo de energúmenos?

Lebendig giró la cabeza hasta que su mirada se cruzó con la del muchacho. Instantáneamente, desapareció de su rostro el gesto de áspera dureza que lo había cubierto y en la comisura de los labios volvió a hacer acto de presencia aquel esbozo de sonrisa que ya había dirigido a Eric con anterioridad.

—Los nacional-socialistas son un hatajo de cobardes —dijo Lebendig —. ¡Oh, sí! Son muy valientes cuando acuden en masa a un café a atemorizar a ancianos, o cuando pegan a un judío en un callejón, pero cuando tienen que vérselas con un par de policías con redaños... echan a correr como conejos. No hay más que ver lo que sucedió esta mañana.

—Pero —objetó el muchacho—, en Alemania llegaron al poder hace cinco años...

—Sí, es cierto —reconoció Lebendig—, pero es que allí nadie se propuso pararles los pies. Se uniformaron y nadie hizo nada; constituyeron sus milicias y nadie hizo nada; quemaron papeleras y comercios y nadie hizo nada; amenazaron, golpearon y asesinaron a inocentes y nadie hizo nada... Por supuesto, había gente que protestaba y que los llamaba por su nombre, pero los jueces, los policías, los políticos...

—En Alemania no parece que les vaya tan mal... —pensó en voz alta Eric—. Además, los alemanes no son estúpidos...

—Eso es lo peor —resopló Lebendig—, que no son una nación de retrasados mentales. Quiero decir que si fueran caníbales o jamás hubieran escuchado el Evangelio o acabaran de descubrir la escritura... ¡No! ¡No! ¡Qué

va! Hace siglos que Alemania derrama la luz de su saber y su arte sobre el orbe. Beethoven, Schiller, Bach, Goethe, Durero... todos ellos alemanes, ¡todos! ¡Y de repente deciden votar a ese austríaco majadero, que tuvo que marcharse de este país porque no había los suficientes locos ni canallas como para seguirlo y formar un partido!

Calló el escritor y Eric tuvo la sensación de que no había dejado de meter la pata desde que había entrado en aquella casa. Ya le había advertido su tía de que debía evitar el trato con desconocidos. Lo mejor sería levantarse ahora mismo y marcharse cuanto antes. Estaba a punto de hacerlo, cuando Lebendig volvió a hablar.

—¿Sabes cuál es la base sobre la que los nacional-socialistas han levantado su imperio? ¿No? Pues yo te lo voy decir. El miedo. Sólo el miedo. Cuando la gente comenzó a aceptar que era mejor darles dinero, o contemplar con los brazos cruzados cómo pegaban a un infeliz, o huir ante ellos cuando quemaban tranvías o librerías, cuando empezaron a hacerlo, no los convirtieron en seres pacíficos ni en ciudadanos decentes. No, lo único que consiguieron fue abrir camino a ese Hitler. Si hubieran demostrado firmeza contra ellos, todo habría sucedido de otra manera. Ésa es una desgracia que no se ve alterada porque Beethoven fuera alemán y, desde luego, el día menos pensado puede suceder aquí lo mismo, si no nos damos cuenta de ello y hacemos algo por remediarlo.

—¿Y si le hubieran roto la cabeza? —preguntó Eric—. Quiero decir que eran muchos. Usted no habría podido enfrentarse con ellos. Ni siquiera habría conseguido llegar hasta la puerta...

—Mira, Eric —respondió Lebendig—. La libertad no es gratis. Tiene un precio, que incluye la vigilancia y el valor para enfrentarse con aquellos que desean destruirla. Ése es un enfrentamiento en el que la gente honrada tiene que vencer, o Dios sabe lo que nos deparará el futuro.

—Pero los seguidores de Hitler... —dijo Eric con la voz empapada de escepticismo—. Hombre, en Austria no son tantos. Y además, nadie les hace caso...

Lebendig se llevó la mano a la barbilla mientras arrojaba sobre su invitado una mirada no exenta de ternura. Se mantuvo así unos instantes y, finalmente, dijo:

—Ni siquiera los austríacos, a pesar de que somos mucho más listos que los alemanes, como todo el mundo sabe, estamos libres de tener miedo.

No habría podido decir Eric si Lebendig estaba hablando en serio al

señalar la superioridad intelectual de los austríacos sobre sus vecinos germánicos, pero de lo que no le cabía duda alguna era de que sí tenían miedo. En realidad, el que el escritor no hubiera manifestado ese temor era lo que le había impulsado a seguirle, hasta ir a parar a aquel piso atestado de libros y papeles.

—¿Usted no lo tuvo? —preguntó.

—No se trata de tenerlo o no —respondió con calma Lebendig—. Se trata de no dejar que nos domine.

Eric no dijo nada. Posiblemente aquel hombre, el mismo que le había proporcionado tanto disfrute escribiendo los poemas dedicados a Tanya, tenía razón, pero, desde luego, si los camisas pardas volvían a cruzarse en su camino mientras tomaba café, no sería él quien no se escondiera debajo de una mesa.

—Bueno, basta de cháchara —dijo Lebendig interrumpiendo los pensamientos del muchacho—. ¿Te apetece comer algo?

V

La mirada de Eric recorrió todo lo deprisa que pudo la cascada de papeles prendidos en el cartel de anuncios. Intentaba localizar su nombre, pero entre el reducido tamaño de la letra en que estaban escritos los listados y los continuos empujones que recibía de otros estudiantes, la tarea se le estaba revelando punto menos que imposible.

La verdad es que si pensaba en cómo había transcurrido su primer día en Viena estaba obligado a reconocer que no había resultado halagüeño. Primero, le había tocado vivir el lamentable espectáculo de los camisas pardas irrumpiendo en el café. Luego había venido la agotadora persecución de Lebendig, la extenuante subida hasta su desordenado piso, la extraña conversación que habían mantenido —no estaba nada seguro de haberle entendido— y luego la búsqueda de la pensión. Gracias a Dios, el escritor le había ayudado en el último empeño, aunque no podía decir que hubiera descansado. Se encontraba ciertamente exhausto, pero el ruido que venía de la calle le impidió pegar ojo durante la mayor parte de la noche. Acostumbrado a vivir en una población tranquila, donde todavía era normal escuchar el ronco canto del gallo por la mañana y el de los grillos por la noche, Eric no dejó de oír el paso de los carruajes, las pisadas de los peatones e incluso un lejano estruendo que —pensó— correspondía a alguna obra. Desde luego, si eso era Viena, corría el riesgo de morir por falta de sueño.

Cuando, finalmente, sonó al otro lado de su puerta la voz de la patrona avisándole de que debía levantarse, el estudiante se removió en el lecho bajo la sensación de que le habían propinado una paliza que había tenido como resultado el descoyuntamiento de todos sus huesos.

Se levantó de la cama y acercó el rostro a un espejito colgado de la pared. Sin poderlo evitar, sus ojeras le trajeron a la mente un grabado que había visto tiempo atrás y en el que estaba representado un oso panda. ¡Dios bendito, si le hubiera visto tía Gretel!

Cuando cogió la jarra de metal que se encontraba en el suelo para echar un poco de agua en la palangana, el estudiante tuvo la sensación de que pesaba un quintal. De hecho, por primera vez en su vida, lavarse las manos y la cara le exigió llevar a cabo un enorme esfuerzo físico. Acabada aquella

sencilla pero ardua tarea, se peinó ante el espejo y procedió a vestirse. Su aspecto era casi bueno cuando abandonó el cuarto en dirección al comedor.

Había tres mesitas cuadradas en la habitación, pero sólo una de ellas estaba ocupada. El comensal era un sujeto orondo, de cabellos rubios que habían comenzado a clarear mucho tiempo atrás. Tenía las manos ocupadas con los cubiertos y devoraba con excelente apetito una salchicha de notables dimensiones.

—Ése será su sitio, *Herr* Rominger —sonó detrás de él la voz de la patrona.

Eric se volvió y pudo ver que la mujer le señalaba una de las mesitas.

—Muchas gracias, *Frau* Schneider —dijo el muchacho, mientras se dirigía al lugar que le habían indicado.

Aunque la mesa era pequeña —realmente costaba trabajo creer que en ella pudieran comer a la vez cuatro personas—, había que reconocer que su preparación era excelente. Los panecillos en una cesta de mimbre, la mantequilla, la mermelada de dos clases, la jarrita de la leche, el azúcar, los cubiertos... sí, todo estaba colocado de una manera que hubiera merecido la aprobación de la tía Gretel.

—Las salchichas y los huevos están en el aparador, *Herr* Rominger —dijo *Frau* Schneider con una sonrisa.

—Gracias, gracias —musitó Eric, mientras se dejaba caer en la silla.

En vez de desayunar, el joven hubiera apoyado con gusto la cabeza en la mesa, abandonándose al sueño que le había estado huyendo durante toda la noche. Eso era lo que deseaba en realidad, aunque no podía permitírselo. Era su primer día de clase y no tenía la menor intención de llegar tarde. Si alguien hubiera preguntado a Eric, cuando abandonó la pensión seguido por las sonrisas amables de *Frau* Schneider, lo que había desayunado, el agotado estudiante no habría podido responder. Se había limitado a comer distraído mientras intentaba mantener abiertos los ojos.

Durante los siguientes minutos, Eric intentó orientarse en medio de una ciudad enorme que desconocía casi por completo. Ciertamente, *Frau* Schneider le había dado meticulosas instrucciones acerca de cómo orientarse por el Ring, la gigantesca avenida que rodeaba el centro de la ciudad, pero por tres veces se perdió y por tres veces se sintió confuso al escuchar las indicaciones de los transeúntes a los que preguntó por el camino hacia la Academia de Bellas artes y que, amablemente, le respondieron.

Cuando llegó ante el edificio clásico donde tenía su sede lo que

consideraba un templo del saber y de la belleza, el estudiante se sentía como si acabara de concluir una extenuante marcha a campo través. Pensó, sin embargo, que ya había llevado a cabo lo más difícil y que sólo le restaba localizarse en los listados de alumnos y dirigirse al aula. Ahora se percataba de que esa parte de su tarea resultaba más difícil de lo que había pensado.

Necesitó no menos de diez minutos para encontrar su nombre en medio de aquella vorágine de papeles, manos y cabezas, y luego otros cinco para seguir las instrucciones que le proporcionó un bedel y poder llegar al aula. No resultó, pues, extraño que con semejante demora la puerta estuviera cerrada cuando Eric apareció ante ella. Se trataba de una circunstancia tan inesperada para el estudiante que por un momento no supo cómo reaccionar. Se quedó mudo y con los pies clavados en el suelo, diciéndose que aquello no podía estarle sucediendo justo en su primer día de clase. ¡Menudo inicio del curso! ¿Y ahora qué iba a hacer?

Formularse aquella pregunta y abalanzarse sobre la puerta fue todo uno. Con gesto inusitadamente resuelto, echó mano del picaporte y lo hizo girar. Apenas acababa de ejecutar el sencillo movimiento cuando llegó hasta sus oídos el sonido de una voz madura pero llena de vigor.

—*Meine Herren,* ustedes han llegado hasta aquí para trabajar y no para perder el tiempo.

Eric recorrió el aula con la mirada en busca de un lugar donde sentarse. Apenas tardó un instante en localizarlo y, lo más silenciosamente que pudo, con los ojos clavados en el suelo, se encaminó hacia él. Hubiera jurado que se movía con el sigilo de un felino cuando aquella voz interrumpió la frase que estaba pronunciando y exclamó con ironía:

—Vaya, aquí tenemos a un alumno que seguramente llegará al día del Juicio Final durante las horas de la tarde...

Las burlonas palabras del profesor provocaron un aluvión de carcajadas y Eric no pudo evitar levantar la vista de las baldosas. Entonces descubrió horrorizado que buena parte de los presentes había clavado en él los ojos, se partía de risa e incluso le prodigaba algunas muecas rebosantes de mofa. Sí, él era el alumno al que se había referido el docente. Abrumado, enrojeció hasta la raíz del cabello mientras deseaba que la tierra se lo tragara.

—Acérquese, acérquese, jovencito —dijo el profesor, mientras hacía una seña a Eric—. Ocupe ese lugar y explíquenos el porqué de su tardanza.

Con las piernas temblando, el muchacho comenzó a bajar las escaleras que conducían a la primera fila del aula. Si no tropezó, si pudo evitar el caer

todo lo largo que era por aquellos peldaños, se debió sólo a que su descenso fue realizado con una lentitud exasperante.

El profesor no realizó el menor comentario mientras Eric concluía su trabajoso itinerario hasta la primera fila. Por el contrario, cruzó los brazos y frunció los labios como si aquella escena le resultara muy divertida. Esperó tranquilamente a que su retrasado alumno tomara asiento y entonces, sólo entonces, le dijo:

—¿Acaso tendría la bondad de indicarnos el motivo de su inexcusable tardanza, *Herr...?*

—Ro... Rominger... —respondió Eric, mientras se volvía a poner de pie aún más azorado.

—Bien, *Herr* Rominger —dijo el profesor—. ¿A qué debemos este retraso?

—No... no conozco Viena... —balbuceó Eric—. Es que no soy de aquí y... y llegué ayer...

—¿No es usted vienes, *Herr* Rominger? —aparentó sorpresa el docente —. Nunca lo hubiéramos sospechado...

La última frase fue acogida por un coro de divertidas carcajadas, que prácticamente sofocó la respuesta de Eric.

—No... no lo soy.

—Bien, *Herr* Rominger —continuó el profesor—. ¿Debo entender que el cartapacio que lleva consigo contiene algún dibujo propio?

Eric asintió tímidamente con la cabeza mientras decía:

—Sí...

—Espléndido —exclamó el profesor, mientras descendía del estrado y se acercaba al lugar donde temblaba el estudiante—. Vamos a echar un vistazo a lo que trae ahí.

Por nada del mundo habría deseado Eric pasar por aquella prueba, pero no tenía ni fuerza ni valor para oponer resistencia. El profesor desató los nudos que sujetaban el cartapacio mientras esgrimía una sonrisa burlona. Luego, con gesto displicente, pasó las dos primeras láminas. Había esperado, desde luego, encontrarse con los trabajos inmaduros de un pueblerino, pero lo que apareció ante sus ojos fue algo muy diferente. Mientras su entrecejo se fruncía en un gesto de mal reprimida sorpresa, ante sus ojos fueron apareciendo acuarelas, dibujos a plumilla, carboncillos... No eran perfectos, desde luego, pero en todos ellos vibraba una nota de originalidad que resultaba muy poco común encontrar entre aquellas cuatro paredes. Un

boceto de un árbol, seguramente un apunte del natural, mostraba una visión audaz de la perspectiva. Un retrato de una campesina parecía ser, en realidad, un rostro aprisionado en el papel, donde casi se diría que seguía respirando. Un dibujo a plumilla de una iglesia rural daba la impresión de ser una fotografía repasada con tinta negra. De repente se detuvo ante una imagen del edificio de la Sezession. Por lo que acababa de confesar, este paleto acababa de llegar a Viena, pero lo que tenía ante sus ojos parecía tomado directamente del modelo. Las rectas paredes blancas, las oquedades calculadas en los muros y, de manera muy especial, la cúpula dorada en forma de hojas, habían quedado atrapadas en el papel con una precisión impresionante, casi podría decirse mágica. Lo más posible es que hubiera recurrido a una fotografía para captar todos aquellos detalles, pero lo que tenía ante la vista era mucho más que una reproducción. Se trataba más bien de una realidad insuflada en aquella superficie otrora blanca del cuaderno.

El profesor examinó algo menos de la tercera parte del material de Eric y luego cerró el cartapacio. Para entonces las sonrisas burlonas habían desaparecido de todos los rostros y en el aula reinaba un silencio expectante.

—Le queda mucho por aprender, *Herr* Rominger —dijo intentando aparentar frialdad, a la vez que se daba la vuelta y regresaba al estrado—. Procure en el futuro no hacernos perder tanto tiempo.

Eric abrió la boca para asegurar que así sería, pero antes de que tuviera oportunidad de hacerlo, el profesor había reanudado la lección como si nada hubiera pasado.

A ciencia cierta, el estudiante no habría podido explicar lo sucedido, pero al menos se sentía contento porque no le habían castigado, no le habían puesto una nota mala ni tampoco le habían expulsado del aula. Decidió, por tanto, aplicarse el tiempo restante como si así pudiera agradecer lo bien parado que había salido del incidente. Transcurrió así media hora en la que tomó apuntes de las explicaciones del profesor con un especial interés y diligencia. Entonces, cuando la clase estaba a punto de concluir, sus ojos se fijaron de manera totalmente casual en una muchacha que estaba sentada al extremo de su mismo banco.

Un observador imparcial habría atribuido la atención de Eric a los cabellos castaños y ondulados de la muchacha, a su hoyo suave en el mentón o a sus ojos grandes y dulces. Sin embargo, nada de aquello había atraído al estudiante de manera especial. Se sentía seducido más bien por lo que hubiera denominado el aura que rodeaba a su compañera de curso, un aura invisible

pero real, que ya desde ese mismo instante se apoderó de todo su interés.

VI

Durante las semanas siguientes, Eric atravesó por una experiencia que hasta entonces le había resultado desconocida. Mientras procuraba sacar el mayor provecho de las clases, aprendía a orientarse por Viena, conseguía aparecer a la hora en las comidas de la pensión y escribía cada sábado a la tía Gretel, se fue enamorando de la muchacha que había visto sentada en su banco el día que llegó tarde a clase. Naturalmente, el estudiante no era del todo consciente de ello y si alguien le hubiera preguntado por sus sentimientos en relación con aquella joven, habría respondido que no abrigaba ninguno en especial. Sí, hasta es posible que lo hubiera dicho convencido. Sin embargo, la realidad era bien diferente.

Por las mañanas, apresuraba el paso para llegar a su aula y, una vez allí, mientras dibujaba, observaba de soslayo la puerta a la espera de que la desconocida hiciera acto de presencia. Luego, mientras duraba la lección, no perdía posibilidad de lanzarle miradas fugaces, que concluían en cuanto que ella realizaba el menor ademán que le hubiera permitido descubrirle. Finalmente, cuando el timbre anunciaba el final de las clases, Eric se ponía en pie con la intención de hablar con aquella chica. Deseos, a decir verdad, no le faltaban, pero jamás llegaba a hacerlo. Un par de veces había estado a unos pasos de ella y podría haberla saludado o haberle dirigido la palabra, sin que pareciera que forzaba la situación. Sin embargo, en las dos ocasiones, la timidez —esa timidez que tanto le mortificaba— se había apoderado de él, impidiéndole articular el menor sonido.

Como es lógico comprender, el estudiante no se sentía en absoluto satisfecho con aquel temor que lo paralizaba. De hecho, mientras regresaba a la pensión se dedicaba a mascullar en voz baja reprensiones que sólo le tenían a él como objetivo. Se decía con acento airado que era un estúpido, que no podía esperar nada en esta vida si se comportaba de esa manera, que estaba perdiendo el tiempo tontamente y que, antes de que pudiera darse cuenta, habrían llegado las Navidades sin haberle dicho una sola palabra. Todo eso se lo repetía una y otra vez, causándose un profundo pesar, pero sin llegar a infundirse la suficiente valentía como para quebrar el hielo de su timidez.

—En la vida... ¡en la vida! voy a conseguir hablar con esa chica—, solía

exclamar, medio airado, medio deprimido, cuando llegaba al portal de la pensión.

Otro joven que hubiera padecido la timidez de Eric quizá se habría dejado llevar por el sentimiento de derrota, permitiendo que le apartara de sus obligaciones académicas. Con él sucedía todo lo contrario. Ciertamente, la imagen de aquella muchacha inaccesible se apoderaba de su mente y le arrastraba a fantasías que tenían como escenario el parque de Schönbrunn, paseos por el Prater, conciertos en la Opera o largas sobremesas en tranquilos cafés. Sin embargo, en lugar de inmovilizarlo, lo impulsaba a trabajar con una enorme intensidad, como si de esa manera le resultara más fácil soportar todo. Acababa así sus deberes pulcra y rápidamente, y, a continuación, procedía a dibujar de memoria para ejercitar su capacidad artística.

De esa manera, comenzó a elaborar una colección de bocetos inspirados por la muchacha de los cabellos castaños. En algunos, aparecía trazado un retrato de perfil; en otros, se recreaba en detalles como el cabello o las manos. Incluso no faltaban los que simplemente reproducían uno de sus ojos o el hoyo de la barbilla. No otorgaba Eric ningún valor a aquellos dibujos, pero cualquier conocedor del arte habría afirmado que ponían de manifiesto una memoria, una firmeza de pulso y una capacidad para delimitar espacios y volúmenes realmente excepcional, tan excepcional que al muchacho nunca se le hubiera pasado por la cabeza poseerla.

Por la mente de otro joven que no hubiera sido Eric no habría tardado en revolotear la idea de aprovechar su capacidad como dibujante para ganarse el corazón de la muchacha. Sin embargo, el estudiante veía las cosas de una manera muy distinta. Lo que salía de sus manos no le parecía nada excepcional y, aunque le hubiera dado esa impresión, el pudor le habría impedido valerse de ello para acercarse a la joven que colmaba sus pensamientos.

Aquella mezcla de ensueños, trabajo y contacto con la belleza permitió durante algunos días que Eric pudiera sentirse casi compensado por no lograr entablar relación con aquella muchacha que, una clase tras otra, se sentaba a unos metros de él. Sin embargo, semejante tranquilidad estaba destinada a durar muy poco. Concluyó, de hecho, una nublada mañana de lunes.

Ese día, el profesor de la segunda hora se retrasó unos minutos. Seguramente no fueron más de dos o tres pero, incluso en su brevedad, se revelaron fatales. Eric miraba de reojo a la joven cuando percibió que un alumno, situado en uno de los asientos colocados al otro lado del corredor

abandonaba su lugar y se dirigía hacia su banco. Rubio, de ojos claros, cuerpo atlético y paso decidido, no debía de medir menos de un metro noventa. Sin embargo, antes de que pudiera sopesar todas esas circunstancias, el desconocido había llegado hasta la muchacha y había comenzado a hablar con ella.

Si Eric se hubiera podido ver, habría sentido compasión de sí mismo, con la mandíbula inferior caída y los ojos —probablemente la parte más atractiva de su rostro— convertidos en dos lagos de desconcierto. ¿De dónde había salido aquel sujeto larguirucho? ¿Conocía de algo a la chica? De no ser así, ¿cómo tenía la osadía de acercarse a ella? Aunque... quizá no era osadía. Quizá se trataba sólo de valor. Cuando su sorprendida y atribulada mente llegó a este punto, Eric cerró la boca completamente desolado.

La aparición del profesor obligó a retirarse al inoportuno visitante, pero antes de hacerlo arrancó una sonrisa alegre de la muchacha de cabellos castaños. ¡Una sonrisa! Pero... pero ¿por qué sonreía a ese memo? ¿¿¿Por qué??? ¿Porque era alto? Bueno, más altos eran los edificios y seguro que no se dedicaba a prodigarles sonrisas. Con estas y otras preguntas parecidas, Eric se vio sumergido en un universo paralelo, donde no había lugar para el dibujo, ya que todo estaba más que ocupado por unos celos insoportables.

Si desde que había visto por primera vez a la muchacha, Eric había estado encarcelado en un purgatorio del que no sabía cómo escapar, ahora se veía encadenado en un verdadero infierno. Mientras afilaba los lápices, o borraba un trazo mal dibujado, o intentaba no perderse por las calles de Viena, el estudiante era presa de fantasías en las que el muchacho rubio acompañaba a la muchacha de sus sueños a casa, al parque o al cine. Cuando llegaba a ese punto, Eric se maldecía por no ser veinte centímetros más alto (¡por lo menos!), por no haber nacido en Viena (¡total, vivía en ella también!), o (¡diantre!) por no ser menos tímido. Sin embargo, aún le quedaba por soportar lo peor.

Durante una semana —¡sí, una semana!— el chico alto y rubio aprovechó la menor tardanza de los profesores para llegar hasta el banco donde se encontraba la muchacha. Conversaban durante unos minutos y siempre, siempre, siempre —¿cómo lo conseguía?, ¡diantre!— le arrancaba una sonrisa.

Porque, tal y como Eric veía las cosas, la chica le sonreía, no porque lo deseara, sino porque aquel endiablado compañero la engatusaba de alguna manera invisible pero muy eficaz.

Sin embargo, si aquello ya era de por si bastante malo, no tardaría en resultar peor. Así lo descubrió cuando un día soleado, al concluir las clases, el alto se acercó hasta la muchacha, le musitó unas palabras al oído y salieron a la vez del aula.

Se trató tan sólo del inicio, porque a partir de ese día rara fue la ocasión en que los dos no se marchaban juntos al acabar las clases. Cierto es que una mañana dio la impresión de que no sería así, pero sólo lo pareció. Cuando Eric se las prometía más felices, cuando el rubio brillaba por su ausencia, emergió de algún banco distinto del habitual y llegó, insoportable como siempre, hasta la cercanía de la muchacha.

Aquella aparición inesperada, inaudita, inaguantable, provocó en Eric un pujo de indignación que nunca antes había sentido. De buena gana se habría levantado para propinar a aquel tipo altote un puñetazo en la nariz. No lo hizo seguramente porque era un muchacho educado en las mejores convenciones sociales. Sin embargo, no tenía la menor intención de quedarse quieto. Todo lo contrario. Cuando la última clase concluyera, los seguiría. Así, apenas sonó el timbre y el muchacho rubio se acercó a la chica, Eric se puso en pie decidido a alcanzarlos. No fue fácil. De hecho, tuvo que sortear a varios grupos de estudiantes bulliciosos, a un bedel encolerizado y a una pareja de profesores que charlaban animadamente, pero, al fin y a la postre, lo consiguió. A cinco metros de la salida a la calle, se colocó a su altura. Luego, apretó aún más su acelerado paso y consiguió rebasarlos. Sólo pudo lanzarles una mirada cargada de apresuramiento pero fue suficiente.

—¿Te... te gusta Karl Lebendig? —dijo sin apenas resuello a la muchacha de los cabellos castaños.

La chica frunció el entrecejo, pero no abrió los labios. El joven alto se había quedado tan estupefacto que ni siquiera pudo reaccionar.

—Lo... lo digo —continuó Eric— por el libro que llevas...

La muchacha bajó la vista hacia el volumen que sostenía con los brazos cruzados contra su talle y su acompañante se sumó a la mirada con un gesto raro de curiosidad.

—Son las *Canciones para Tanya*, ¿verdad? —preguntó Eric, a la vez que esgrimía una sonrisa que deseaba ser amable.

La muchacha asintió levemente con la cabeza. Estaba tan sorprendida que ni siquiera había podido formularse ninguna pregunta sobre aquel muchacho bajito que la interrogaba.

—Karl Lebendig es un gran amigo mío —continuó Eric—. Bueno, es un

tipo... es un tipo genial. Podría presentártelo...

VII

Eric llegó jadeando hasta el tercer descansillo. Había realizado aquel camino varias veces pero, con todo, no conseguía acostumbrarse a aquellos peldaños inacabables que conducían hasta el piso de Karl Lebendig. De la manera más disimulada que pudo echó un vistazo a sus dos acompañantes. La muchacha que se encontraba a unos pasos de él se estaba quedando sin aliento, pero el orgullo le impedía reconocerlo y procuraba mantener erguida la espalda. Por otro lado, el esfuerzo había infundido en sus mejillas un tinte rojizo que la hacía parecer todavía más hermosa a los ojos del estudiante. Cerrando la comitiva, figuraba un muchacho rubio y alto, de casi un metro ochenta de estatura, precisamente el que había causado la práctica totalidad de las pesadillas de Eric durante las últimas semanas.

Si ahora los tres subían con dificultad la escalera de Lebendig se debía al deseo del estudiante de librarse de que aquella situación que tantos tormentos le había ocasionado. Al ver el volumen de poesía sujeto por la muchacha de sus sueños, se había creído objeto de una privilegiada revelación. Si le atraían las obras de Lebendig, si tan sólo le gustaban la mitad que a él, contaba con un camino especial a través del cual intentar llegar hasta su corazón.

Sin embargo, como tantos planes surgidos a impulso de los sentimientos en la mente de un adolescente, el de Eric presentaba no pocas dificultades. La principal, sin duda, era lograr la aquiescencia de Lebendig. De hecho, si el escritor aceptaba aparecer como su amigo, Eric estaba convencido de que la hermosa muchacha de los cabellos castaños acabaría aceptando su amor y, sobre todo, marcando distancias con aquel pelmazo que mariposeaba a su alrededor. Sin embargo, examinado el asunto de manera fría y objetiva, el razonamiento del estudiante resultaba claramente endeble. A fin de cuentas, aunque estuviera muy bien relacionado con el escritor, ¿por qué razón iba a cambiar esa circunstancia la forma en que lo contemplaría la muchacha?

A pesar de todo, nunca lo hubiera visto así Eric y, por eso, aquel mismo día se había dirigido apresuradamente hacia el hogar de Lebendig. A medida que se había acercado a la casa, la excitación había ido creciendo, a la vez que repetía una y otra vez las palabras que pensaba dirigir al poeta. Primero, le saludaría de la manera más amable, luego le pediría disculpas por irrumpir

en su existencia y, a continuación, le expondría sucinta y exactamente el motivo de la visita. En su recorrido por las calles, Eric había visto en su cabeza los gestos que haría el poeta y se había dicho una y otra vez que alguien que podía escribir aquellos versos tenía que entenderle enseguida.

Estaba tan convencido de ello que corría más que andaba cuando penetró en el portal de la casa de Lebendig. Con paso contenido, había llegado hasta la garita del portero, le había saludado con una leve inclinación de cabeza sumada a un *Grüss Gott,* y había comenzado a subir los peldaños. Al principio, el ascenso había sido lento y comedido, pero apenas el estudiante imaginó que no podía alcanzarlo la vista del empleado, había comenzado a correr como si lo impulsara —y ciertamente así era— una fuerza superior, que no habría podido ser medida ni calculada de acuerdo a las leyes de la física o de las matemáticas.

Había llegado al último descansillo jadeando y con un dolor agudo en las pantorrillas. Luego, a la vez que realizaba una pausa, había respirado hondo y salvado la distancia que le separaba de la puerta de Lebendig. Allí se había detenido y reparado en que se encontraba bañado en sudor. Se dijo entonces, verdaderamente espantado, que no era aquella la mejor manera de presentarse ante una persona mayor a la que, por añadidura, pretendía pedir un favor. Con las manos temblándole por el nerviosismo, había echado la diestra al bolsillo y, tras sacar un pañuelo, se había enjugado la frente con un movimiento rápido. Sin embargo, su organismo no estaba dispuesto a ayudarle. Mientras los pinchazos que sufría en las piernas se hacían más intensos, las gotas que le perlaban la frente y el resto del cuerpo habían continuado manando como si procedieran de un grifo imposible de cerrar.

La constancia de que el sudor no dejaba de empaparle había provocado un mayor nerviosismo en el estudiante, que se había afanado con redoblado empeño en su inútil tarea. Justo en esos precisos instantes la puerta del piso de Lebendig se había abierto.

Al descubrir a Eric en el umbral, las cejas del escritor se habían alzado por encima de sus lentes en un mudo signo de interrogación. Tenía el propósito de bajar a la calle a comprar algo de queso y fruta y, muy poco acostumbrado a recibir visitas, se había sentido sorprendido al contemplar al azorado muchacho.

—Buenos días —había dicho Eric con un hilo de voz—. Venía... venía a visitarle...

Al escucharle, Lebendig había dado un par de pasos hacia atrás dejando

despejada la puerta para que pudiera pasar su joven amigo.

—Entra —había dicho, mientras en los labios se le dibujaba aquella sonrisa suya tan peculiar.

Mientras Eric se había dirigido hacia el salón abarrotado de libros, Karl se había encaminado a la cocina para preparar un té. No había tardado apenas en reunirse con el estudiante y preguntarle el motivo de su visita. A pesar de que estaba poseído por un insoportable nerviosismo que le entorpecía la lengua, Eric apenas había necesitado diez minutos para relatar las cuitas que lo venían aquejando desde hacía varios días.

—¿De modo que te has enamorado? —había preguntado Lebendig, tras apartar de sus labios una taza de té dotada de una forma extraña.

Eric había asentido con la cabeza con un gesto similar al del reo que admite, resignado, que es culpable de los cargos que se le imputan.

—¿Y pretendes que yo te ayude a... *conquistarla*? —había indagado el escritor.

El muchacho había repetido el movimiento afirmativo teñido ahora de una tímida zozobra. Lebendig había sonreído entonces para, a continuación, lanzar una carcajada, y otra, y otra, hasta que todo su cuerpo se convulsionó a causa de la risa. Sin embargo, en él no se había dado cita ni un átomo de burla. Tan sólo se había sentido rejuvenecido al ver que todavía existía gente dispuesta a recurrir al ingenio para asegurarse el amor que se había apoderado de su corazón. Había sido esa razón la que le había impulsado a mirar a Eric y a decirle: «Os espero a ti y a tu amiga el viernes por la tarde», para sentir una felicidad fresca y chispeante nada más hacerlo.

Si algún policía se hubiera tropezado con el estudiante en el camino de regreso a la pensión, con toda seguridad lo habría detenido para averiguar su identidad. Hubiera necesitado Eric volar para que su espíritu expresara cabalmente el gozo que le embargaba. Al no poder hacerlo, se había entregado a una sucesión de carreras, cabriolas y piruetas, que a punto estuvo en un par de ocasiones de costarle la luxación de un tobillo. No sucedió así porque el cuerpo del estudiante era joven y flexible y, sobre todo, porque existe un Ser que mira con especial complacencia a los enamorados.

Sucedió también un hecho, aparentemente sin importancia, que extinguió su despreocupado andar. Apenas acababa de doblar una esquina, cuando ante él se extendió una fila de personas que en su mente rememoró la imagen de una gigantesca oruga gris. Detuvo su marcha para no chocar con ellos y comenzó a subir la calle flanqueándolos. No había deseado Eric

mirarlos de frente pero, aun así, le bastó observarlos con el rabillo del ojo para darse cuenta de que sus barbas de varios días, sus vestimentas arrugadas y sucias e, incluso, su olor a cansancio y derrota les señalaban como una parte del ejército de parados que aumentaba, día a día, en Austria. Había alzado entonces la mirada al frente para descubrir lo que estaban esperando y, para sorpresa suya, no había visto la entrada de una fábrica o un comercio, sino tres columnas de un humillo blanquecino y de escasa altura. Aquella extraña circunstancia llevó a apretar el paso para descubrir lo que había provocado la concentración de aquella cohorte de desdichados.

Había tardado un rato en llegar, lo que, entre otras cosas, le había permitido darse cuenta de que eran varios centenares los que esperaban. Finalmente, ante sus ojos habían aparecido unas mesas alargadas y bastas, sobre las que reposaban cestas llenas de pan y unas ollas inmensas. Una docena de jóvenes poco mayores que él tendían a los indigentes un plato de sopa humeante y una rebanada y, justo cuando el parado recogía la comida, pronunciaban con una sonrisa unas palabras.

No había podido entender Eric lo que decían y precisamente por ello le había picado la curiosidad. De buena gana se hubiera incorporado a la fila, no para que le dieran de aquella sopa, sino sólo por escuchar la fórmula que la acompañaba. Sin embargo, no se le había escapado que un paso semejante habría podido provocar la cólera de los parados hasta el punto de depararle sus insultos e incluso algún bofetón.

Se le había ocurrido entonces que podía acercarse a un par de jóvenes que parecían desempeñar funciones de orden y que se hallaban departiendo amigablemente a un extremo de la mesa. A esa distancia, había pensado, podría escuchar lo que decían a los hambrientos.

Había llegado hasta ellos con la excusa perfecta —la de preguntar por una calle— y apenas se había situado a su altura, el corazón comenzó a latirle a una extraordinaria velocidad. Aquellos rostros le habían resultado conocidos. ¡Oh, vaya si le eran familiares! ¡Pertenecían a dos de los camisas pardas que habían irrumpido en el café el mismo día que había llegado a Viena! Apenas se había percatado de ello, a su izquierda sonó una frase clara e impregnada en una nota de optimismo:

—El Führer pronto estará entre nosotros.

Sin poderlo evitar, se había vuelto Eric hacia el lugar de donde procedía la voz y a tiempo había estado de ver cómo el parado había levantado levemente la mano con la que sujetaba el pan a la vez que decía:

—Heil Hitler.

—¿Qué quieres, camarada? —había escuchado entonces Eric y, al mover la cara, había descubierto frente a él al camisa parda que había amenazado a Karl con una porra.

Era cierto que no llevaba uniforme y que, vestido de civil, hubiera podido pasar por un dependiente endomingado o un estudiante, pero no le había cabido ninguna duda de que se trataba del mismo personaje.

—Busco la calle...

No terminó la frase porque hasta sus oídos había llegado de nuevo el sonido ritual de «el Führer pronto estará entre nosotros», respondido por el no menos litúrgico «Heil Hitler».

—¿Qué calle, camarada?

Había dicho una Eric y luego había fingido escuchar las instrucciones que le daba el camisa parda. Al final, tras tartamudear un gracias, se había alejado todo lo rápidamente que había podido de aquel lugar.

Mientras se alejaba y sentía que los ojos de los camisas pardas se le clavaban en la nuca, Eric reflexionó acerca de la especial astucia de los nacionalsocialistas. A diferencia de lo que había sucedido en Alemania antes de su llegada al poder, en Austria eran ilegales y sólo de tarde en tarde se les podía ver uniformados y asaltando algún lugar. Sin embargo, eso no significaba que estuvieran inactivos. De momento, resultaba obvio que estaban aprovechando el hambre de millares de personas para anunciarles la buena nueva de que Hitler pronto llegaría al país para redimirlos de sus males.

Si Eric hubiera sido un muchacho interesado por la política, aquel episodio no sólo habría acabado con sus cabriolas sino que le habría llevado a pensar más a fondo sobre lo contemplado, pero al estudiante la política le resultaba indiferente y si aquella noche le había costado dormirse, no se había debido a los seguidores de Hitler, sino a su adorada compañera de curso. A causa de la emoción nacida de las recientes expectativas, Eric había padecido serias dificultades para conciliar el sueño y antes de que fuera la hora de levantarse había saltado de la cama, como si así pudiera adelantar el momento de encontrarse con su amada. Se había lavado, vestido y desayunado más deprisa que nunca y, presa de una euforia incontenible, se había encaminado hacia la Academia de Bellas Artes.

Hasta entonces, su comportamiento en el interior de aquel edificio siempre había resultado prudente y comedido, pero aquel día entró corriendo

y corriendo cubrió el camino que llevaba al aula. Se encontraba cerrada y, mientras esperaba a que la abriera un bedel, estuvo recorriendo el pasillo una y otra vez. Se había sorprendido el conserje al ver a aquel alumno tan madrugador y por un instante incluso había pensado en someter a un riguroso examen la bolsa de libros y el cartapacio del estudiante. Si al final no lo había hecho, se había debido a que el aspecto de Eric era lo más alejado al que hubiera podido presentar un delincuente.

Había esperado un buen rato a que llegara otro alumno a la clase y después otro y otro más. Cuando finalmente la muchacha de los cabellos castaños había hecho acto de presencia en el aula, la impaciencia de Eric se había transformado en una aceleración desbocada del corazón. Había aguardado a que llegara a su sitio habitual y entonces se había levantado de su asiento para acercarse hasta ella.

—Buenos días —había dicho, mientras sentía que seguramente hasta en la calle debían de estar oyendo los latidos de su corazón—. Tengo una sorpresa para ti.

La muchacha no había parecido entusiasmada por aquellas palabras pero, aun así, le dirigió una mirada atenta.

—Estuve ayer viendo a mi *amigo,* el escritor Karl Lebendig —había dicho, recalcando la palabra «amigo»—. Nos ha invitado a visitar su casa el viernes y...

—¿Qué está diciendo éste, Rose? —había intervenido entonces una voz poco amigable.

Eric había dirigido la mirada hacia el lugar del que procedía la pregunta y sus ojos habían chocado con los del inaguantable muchacho rubio. En otras circunstancias, aquel individuo, que casi le sacaba veinte centímetros de estatura y que le contemplaba con mirada de pocos amigos, le habría intimidado, pero en esos momentos Eric se sentía especialmente fuerte. Incluso temerario.

—¿Te interesa la literatura? —había dicho con un no poco habitual dominio de la situación—. Lo digo porque podrías acompañarnos a ver a un escritor realmente importante.

El recién llegado había sentido una poderosa tentación de propinar un empujón al estudiante que lo enviara al otro extremo del aula. ¿Quién se había creído que era aquel pequeñajo para decirle que «podía» acompañarles? Aún estaba pensando donde asestarle el golpe, cuando la muchacha había dicho:

—Sí, Sepp. Es una buena idea. Vente con nosotros.

Aquel «vente con nosotros» había molestado aún más al tal Sepp, que no veía razón alguna para permitir que semejante renacuajo se interpusiera en su relación con la muchacha. Le hubiera encantado decirle que no tenía la menor intención de ir a ninguna parte con ese idiota canijo y que, además, ella tampoco lo iba a hacer. Sin embargo, ya tenía la suficiente experiencia con chicas como para saber que actuar de esa manera seguramente sólo hubiera servido para colocarle en mala posición. Y así fue como los tres habían llegado aquella tarde de viernes ante la puerta del piso de Karl Lebendig.

Eric llamó al timbre con una apariencia de seguridad similar a la que tiene el que entra en su propia casa. Sin embargo, mientras lo hacía, por su mente revoloteaban como dardos de pesimismo algunas desagradables posibilidades. ¿Y si a Lebendig se le había olvidado la invitación y no se encontraba en casa? ¿Y si su desordenadísimo habitáculo causaba en la muchacha una reacción negativa? ¿Y si al final Sepp aprovechaba aquella ocasión para burlarse de él y asegurarse para siempre, siempre, siempre, a la muchacha? Todo aquello y mucho más le cruzó la cabeza y, por primera vez, dudó de la sensatez de sus maniobras.

—¡Ah, ya estáis aquí —dijo Lebendig al abrir la puerta, y el sonido amable de su voz trajo a Eric de regreso del universo de las inquietudes—. Pasad, pasad, os estaba esperando.

—Tú debes de ser Rose —dijo, mientras ayudaba a la muchacha a quitarse el abrigo y lo colgaba en el perchero de la entrada—. Eric me ha hablado mucho de ti y veo que no le faltan motivos.

La muchacha agradeció el cumplido con una sonrisa pero el rostro de Sepp presentaba un aspecto totalmente avinagrado cuando el escritor le tendió la mano.

—Tendréis que perdonarme por el desorden de la casa —dijo en tono de disculpa Lebendig, mientras abría el camino a lo largo del pasillo—. Vivo solo y, aunque viene una asistenta de vez en cuando, mantener una casa en orden con más de siete mil libros no es nada fácil...

La mención del número de volúmenes que poseía provocó en Rose una emoción que se vio rápidamente aumentada cuando entró en el saloncito. Eric captó que el gran sofá en forma de L estaba despejado por completo y que sobre la mesita descansaba un servicio de té de una delicada belleza. Persistían algunos montones de libros en el suelo pero, en general, podía decirse que la habitación estaba bastante más limpia que de costumbre e,

incluso, casi ordenada.

—Sentaos, sentaos —dijo Lebendig, mientras señalaba el sofá con gesto amable—. No suelo recibir visitas y así está todo.

Eric ocupó enseguida un lugar, pero Rose se aproximó a una de las estanterías y paseó la mirada sobre los apretados volúmenes. En apenas unos instantes comprobó que aquellas masas de libros reunían algunos de los nombres que, desde hacía tiempo, ocupaban sus horas de lecturas más placenteras. Rilke, Hofmannstahl, Zweig, Roth... todos estaban allí.

—Puedes ojearlos si quieres —dijo Lebendig cordialmente.

—¡Oh, gracias! —respondió la muchacha, mientras alargaba el brazo para sacar un libro de la estantería.

—¡Pero si está dedicado por Rilke! —exclamó Rose emocionada al pasar la primera página—. «A mi buen amigo, el maestro en poesía Karl Lebendig...». Caramba, ¿de verdad es usted amigo de Rilke?

—Hubo una época en que nos veíamos bastante —dijo con modestia Lebendig—. A los dos nos gustaba mucho Rodin. En realidad, nos conocimos en su casa.

—¿Ha estado usted en Francia? —preguntó Rose totalmente entusiasmada.

El escritor estaba a punto de responder, cuando sonó bronca la voz de Sepp.

—¿Es usted judío?

VIII

Las palabras de Sepp provocaron en el pecho de Eric una sensación insoportable de peso. ¿A qué obedecía aquella pregunta? ¿Qué era lo que pretendía el amigo de Rose? Seguro que no se trataba de nada bueno...

Lebendig, por el contrario, no pareció alterado en lo más mínimo. En realidad, su rostro habría presentado el mismo aspecto si le hubieran preguntado la hora o el tiempo que hacía en la calle.

—Sí —respondió Lebendig—. He estado en Francia varias veces, y no, no soy judío. Bueno, ¿tomamos un té? Al que no le guste puedo ofrecerle café.

Rose se sentó en el sofá sin soltar el libro de Rilke y lo hizo, sin darse cuenta, al lado de Eric. Sepp torció el gesto e, incómodo, se buscó un sitio. Durante unos instantes, mientras Karl vertía el té en las tazas, reinó un silencio absoluto.

—Ha viajado mucho, Rose —dijo finalmente Eric, forzando una sonrisa —. No puedes hacerte idea de los lugares que conoce. Ha estado en Oriente, en Rusia, en América... bueno, ni te lo puedes imaginar.

—¿Es así, *Herr* Lebendig? —preguntó la muchacha con una sonrisa.

El escritor la contempló un instante antes de responder. Sí, era más que comprensible que Eric se hubiera enamorado de ella. Se trataba de una joven delicada, agradable, con un rostro hermoso y, sobre todo, se encontraba dotada de una simpatía armónica, que parecía desprenderse de cada uno de sus movimientos.

—Eric es muy generoso, Rose —respondió Lebendig—, pero sí, he viajado un poco por ahí...

—Yo también he viajado por ahí —le interrumpió Sepp.

Rose dirigió una mirada de tajante desaprobación a su acompañante, mientras los ojos de Eric se abrían como platos. Lebendig, sin embargo, no pareció incomodarse por aquella impertinencia. Por el contrario, sonrió y dijo:

—Eso es fantástico, Sepp. ¿Dónde has estado?

—En Alemania —respondió Sepp con una sonrisa triunfal—. Todo lo que sucede allí desde hace años es extraordinario.

—Sin duda —concedió Lebendig, frunciendo ligeramente el entrecejo —. ¿Fuiste con tus padres?

—No, por supuesto que no —contestó el muchacho con un claro tinte de orgullo en la voz—. Viajé con unos camaradas. Estuve en Berlín, claro, y en Aquisgrán.

—Aquisgrán, sí, claro —musitó el escritor, como si encontrara una especial coherencia en aquella información.

—No deseo ser descortés, *Herr* Lebendig —continuó Sepp—. Además, debo disculparme por haberle preguntado...

—... si soy judío —concluyó la frase Lebendig.

—Sí, exactamente. Le ruego que me perdone. Nunca debió pasárseme una cosa así por la cabeza. Usted... usted es una persona educada, culta...

—... y por eso es muy difícil que pueda ser judío —volvió a completar la frase Lebendig—. Bien, ¿y qué fue lo que te gustó del III Reich?

El rostro de Sepp se vio iluminado por una amplia sonrisa al escuchar la manera en que el escritor se había referido a Alemania.

—*Herr* Lebendig —respondió Sepp—. En Alemania comprendí que Austria no es sino un trozo de la patria alemana. No se trata sólo de que hablemos la misma lengua. No, es mucho más. Tenemos un pasado común y, sobre todo, una sangre común, la sangre aria. En los últimos cinco años Alemania ha recuperado su alma, *Herr* Lebendig. Nuestro Führer ha empezado una revolución que es, a la vez, socialista y nacional.

—Entiendo —dijo secamente el escritor.

—No existen diferencias de clases en Alemania —prosiguió Sepp—. Todos son hermanos y trabajan en su puesto para devolver a su nación la grandeza que merece por justicia. Tendría usted que ver las calles, las plazas, los cafés... ¡Ah, *Herr* Lebendig, todo es orden, limpieza, igualdad, fraternidad! Ésos son los resultados de acabar con la morralla, con la chusma.

—Y con los judíos —añadió Lebendig.

—Se les ha puesto simplemente en el lugar que les correspondía —respondió Sepp, asintiendo con la cabeza—. Nadie les ha hecho daño, pero se ha puesto fin a la explotación a que sometían a la nación alemana. Para ellos se acabó el explotar a las pobres gentes. Alemania debe ser para los alemanes.

—Por lo que veo eres un nacional-socialista convencido —dijo Lebendig, mientras sus labios formaban una extraña sonrisa.

—Sí, lo soy, vaya si lo soy —respondió el muchacho—. Alemania por

fin está despertando.

—Desde luego hay que reconocer que aprendiste mucho en Aquisgrán —comentó el escritor—. ¿Os apetecería escuchar algo de música?

Rose y Eric dieron un respingo al escuchar la pregunta de Lebendig. Habían asistido en silencio a la conversación que había mantenido con Sepp y no sabían a ciencia cierta qué opinar. Ambos amaban el arte y la belleza, pero no se habían sentido jamás atraídos por la política y todo lo que acababan de escuchar les parecía lejano e incluso incomprensible. El ofrecimiento del escritor les trajo de vuelta a su mundo y ambos respondieron afirmativamente.

—Excelente —dijo Lebendig, mientras se ponía en pie—. De todas formas, podemos seguir charlando mientras oímos algo.

Dio unos pasos hasta un extremo de la habitación y destapó un gramófono en el que Eric no había reparado con anterioridad. Luego se dirigió hacia un espacio situado entre dos de las estanterías del saloncito y comenzó a rebuscar.

—Sí —dijo al cabo de unos instantes el escritor—. Creo que esto servirá.

Luego colocó el disco sobre el plato del gramófono y lo accionó. La música que comenzó a brotar del microsurco negro superaba lo que podía ser descrito con palabras. No era tan vigorosa como la de Beethoven ni tan conmovedora como la de Bach pero resultaba extraordinariamente hermosa. Eric no fue capaz de identificarla, pero tuvo la sensación de que no le resultaba del todo desconocida. Buscó entonces con la mirada a Rose y descubrió que, en su rostro, a un gesto de sorpresa inicial le seguía una sonrisa y que, finalmente, la muchacha se llevaba la diestra a la boca para ahogar una risita. El estudiante se preguntó qué era lo que escapaba a su comprensión. Desde luego, aquella música podía inspirar muchas cosas pero risa...

Llevaban en silencio unos minutos cuando Lebendig volvió a tomar la palabra.

—¿Te gusta, Sepp? —preguntó con una sonrisa amable.

—Oh, sí, *Herr* Lebendig —respondió el muchacho con un movimiento de mentón—. Es un magnífico ejemplo de la capacidad creativa del pueblo alemán.

—Como si hubiera pasado toda su vida en Aquisgrán —dijo Lebendig con una sonrisa.

—Sí —dijo Sepp entusiasmado—. ¿Era de Aquisgrán?

Rose ahogó a duras penas una risita que llamó la atención de Eric pero en la que Sepp no reparó.

—No —respondió Lebendig—. Nació en Austria.

—¿Lo ve, *Herr* Lebendig? —exclamó entusiasmado Sepp—. Austria es una parte de la patria alemana.

—No creo que *tu* Führer se hubiera entusiasmado con él —dijo el escritor—. Se llamaba Gustav Mahler y era judío.

La sonrisa de entusiasmo de Sepp quedó congelada. Por un instante, pareció cómo si toda la sangre se le hubiera retirado del rostro y luego volviera tiñéndole de rojo hasta la raíz de los cabellos. Intentó entonces decir algo, pero lo único que consiguió fue que la boca se le abriera un par de veces sin que saliera un solo sonido.

—Fue director de orquesta en Viena —continuó diciendo Lebendig—. Algunos dicen que es el mejor que hemos tenido en esta ciudad pero, personalmente, de eso ya no estoy tan seguro.

—Lo... lo que ha hecho usted no está bien —balbució Sepp—. No... no tiene usted derecho a burlarse así de mí...

Eric echó un vistazo a Rose. Había fruncido el ceño y resultaba evidente que no le gustaba lo que veía.

—No es por mí —continuó Sepp con un tono en el que se mezclaba el pesar con una cólera contenida a duras penas—. Se burla usted de nuestra patria, de nuestra sangre...

—Una patria en la que no hay lugar para ningún judío y tampoco para muchos que no lo son —dijo Lebendig.

—No, no lo hay —exclamó Sepp—, porque no existe sitio para los explotadores del pueblo.

—Debo entender que los nacional-socialistas también vais a expulsar a Cristo y a sus doce apóstoles de Alemania —dijo Lebendig—. A fin de cuentas, todos ellos eran judíos de pura cepa...

Sepp dio un respingo al escuchar la referencia que el escritor acababa de hacer a Jesús y sus discípulos. Como impulsado por un resorte, se puso en pie y comenzó a caminar hacia la puerta.

—Te acompaño a la salida —dijo Lebendig comenzando a incorporarse del sofá.

—¡No! ¡No! —exclamó Sepp, a la vez que extendía las manos como si pretendiera evitar que el escritor llegara siquiera a rozarle—. Ya la

encontraré.

Karl permaneció sentado mientras el muchacho llegaba hasta el umbral del saloncito. En ese momento se volvió y mirando de hito en hito al escritor dijo:

—No olvidaré nunca esta tarde, *Herr* Lebendig.

Eric hizo ademán de levantarse, pero el escritor dibujó un gesto con la mano para que permaneciera sentado.

—Sepp —dijo serenamente—, no tengo ninguna duda de ello.

Rose, Eric y Karl Lebendig se mantuvieron en silencio mientras el alto muchacho rubio cruzaba el pasillo. Cuando por fin se cerró la puerta, los tres resoplaron a la vez.

—No puedo entender lo que ha pasado —dijo Rose—. Sepp siempre me ha parecido un muchacho muy correcto... La verdad es que siempre se comportó como un chico estupendo.

Eric se sintió dolido al escuchar aquel comentario. Hubiera deseado que Rose se deshiciera en insultos dirigidos contra Sepp. A decir verdad, pocas cosas le habrían hecho más feliz en aquellos momentos y, sin embargo, todo lo que se le ocurría decir era que aquel sujeto era muy correcto y estupendo. ¡Estupendo! ¡Por Dios! Si se había portado como un cerdo maleducado... A punto estaba de gritar todo aquello cuando Lebendig se dirigió a Rose.

—La vida nos da sorpresas a veces y las personas no siempre se comportan como hemos pensado. Pese a todo, no hay que apenarse por ello. Lo que deberíamos hacer es conservar los recuerdos hermosos y, por supuesto, disfrutar el presente.

Lo último que Eric deseaba en esos momentos era que Rose guardara un buen recuerdo de Sepp. Olvidarlo. Eso es lo que tenía que hacer. ¡Olvidarlo! ¡Totalmente!

—Sí, creo que tiene usted razón, *Herr* Lebendig —dijo Rose—. Yo también pienso lo mismo.

—Bueno, eso es porque eres una chica inteligente —dijo el escritor, mientras se llevaba la taza a los labios.

—No —respondió Rose—. Lo aprendí en sus libros.

Lebendig estuvo a punto de ahogarse con el té al escuchar las palabras de la muchacha. No había esperado un comentario así y necesitó que Eric le golpeara la espalda para recuperar el resuello.

—Eres muy gentil, hija —consiguió decir en medio de toses.

—No —respondió Rose—. Tan sólo una gran admiradora suya.

—Gracias, gracias —dijo Lebendig, a la vez que comenzaba a respirar con normalidad—. Desde luego, eres muy generosa.

—Y usted muy modesto —comentó la muchacha—. A propósito, ¿me permite que le haga una pregunta?

El escritor hizo un gesto invitando a Rose a hablar. —Es un poco indiscreto, lo sé —comenzó a decir la muchacha—, pero... bueno, ¿qué fue de Tanya?

IX

Apenas había terminado Rose de formular su pregunta cuando Eric tuvo la sensación de que el cielo se desplomaría sobre su cabeza en cualquier momento. A pesar de todas las esperanzas que había concebido, las cosas no podían haberle ido peor. Primero, había tenido que venir ese chico alto y odioso llamado Sepp; luego, aunque se habían enzarzado en una discusión en la que el estudiante había mostrado lo mal educado que era, Rose había indicado que era un muchacho estupendo y Karl casi le había dado la razón, y ahora, para remate, a ella se le ocurría preguntar por Tanya. Salvo que era el tema de inspiración de uno de los libros de Lebendig, lo único que Eric sabía de aquella mujer era que provocaba una reacción inquietante en el escritor. ¡Vamos, que era lo único que faltaba para arruinar totalmente aquella tarde!

Lebendig escuchó la pregunta de Rose y, casi al instante, los ojos se le humedecieron. Fue una reacción que no pudieron ocultar los lentes que cabalgaban sobre la nariz del escritor y que de inmediato provocó en la muchacha un sentimiento de culpa.

—Lo siento... —comenzó a decir.

—No... no... —respondió Lebendig—. No tiene importancia... Me lo pregunta mucha gente. Supongo que es lógico. Varios de mis libros se encuentran dedicados a ella y además están las *Canciones*...

—No quise... —intentó de nuevo excusarse Rose.

—Fue el amor de mi vida —la interrumpió el escritor con una sonrisa triste—. La quise mucho, más de lo que nunca amé a nadie.

Eric se sobrecogió al escuchar aquellas palabras. Sentía como si de la boca de Lebendig estuviera manando un misterio sagrado, tan sagrado que cualquiera que se atreviera a revelarlo se haría acreedor a la muerte. Precisamente por eso, hubiera preferido no encontrarse en esos momentos en la casa del escritor y estar en la calle, respirando el aire fresco. Sin embargo, algo desconocido y poderoso le retenía en el sofá sin permitirle mover siquiera un músculo.

—Era una mujer muy hermosa —continuó Lebendig con la mirada perdida en algún punto que ninguno de los dos jóvenes podía ver—. Sus ojos eran de una tonalidad verdidorada y podían reír o pensar o hablar. Claro que

no se trataba sólo de eso, Rose. Tenía cultura y sentido del humor y yo solía decir de ella que era la mujer más inteligente del mundo.

Lebendig hizo una pausa y tragó un sorbo de té. Eric y Rose pensaron que había acabado y comenzaron a discurrir sobre la mejor manera de despedirse, pero el escritor tan sólo estaba iniciando su relato. Con gesto lento se levantó del sillón y se dirigió hacia una de las estanterías, de donde extrajo lo que parecía un álbum de fotografías. Luego volvió a tomar asiento y, tras hacer sitio en la mesita y apoyar en ella el volumen, comenzó a pasar las hojas.

Los dos estudiantes habían esperado ver sellos o fotografías, incluso recortes de periódico, en aquel tomo, pero lo que contemplaron fue una sucesión ininterrumpida de papeles manuscritos. En ocasiones, se trataba de una pequeña firma trazada sobre una tarjeta de visita; en otras, era una carta. Incluso les pareció descubrir algún documento con membrete oficial.

—Cuando era joven me aficioné a la grafología —dijo Lebendig, mientras pasaba las páginas—. Es una ciencia maravillosa que permite analizar la personalidad de la gente examinando su escritura. Llegó a interesarme tanto que incluso asistí en Suiza a algunas clases de las que daba el profesor Max Pulver, un verdadero maestro.

—¿Quiere decir que puede saber cómo es alguien con sólo ver su letra? —indagó Rose.

—Sí, por supuesto —respondió Lebendig—. ¡Ah, aquí está una de las firmas de ese personajillo al que Sepp gusta de llamar «nuestro Führer». Una memoria excepcional. Trazo enérgico, sin duda, pero también despiadado. Sería capaz de matar a cualquiera con tal de obtener sus propósitos y por lo que se refiere a la verdad... Fijaos en su firma. No es posible leerla. Sólo Dios y él saben realmente lo que pretende, pero aun así no cabe esperar nada bueno de alguien tan desalmado.

Lebendig pasó un par de páginas más y añadió:

—Ésta es la firma de Lenin. Tenía tan pocos escrúpulos por la vida humana como ese Hitler que nació en Austria y está empeñado en ser alemán. En sus buenos años Lenin fue el responsable de la muerte de millones de personas, pero siempre he creído que si permitimos a Hitler salirse con la suya podrá competir muy ventajosamente con él por el dudoso título de carnicero mayor de la Historia.

Eric escuchaba estupefacto las palabras pronunciadas por su amigo. Desde el mismo día en que lo había conocido tras la entrada de los camisas

pardas en el café lo había considerado como un ser excepcional, pero lo que decía ahora... Bueno, casi parecía como si estuviera dotado de unos poderes mágicos que le permitieran leer el alma de una persona en la tinta, de la misma manera que otros lo hacen recurriendo a las cartas o a los posos del café.

—Bien —dijo Lebendig, deteniéndose en su trayecto a través de las páginas del álbum—. Aquí tengo algunas líneas escritas por Tanya. Fijaos en cómo liga las diferentes letras. Es un signo de una memoria notable y de una extraordinaria capacidad para relacionar las cosas entre sí. Además... sí, aquí está... se trataba de una persona apasionada, inteligente... y muy segura de sí misma.

—Debió de ser una mujer excepcional —dijo Rose.

—Sin duda. Y supongo que lo sigue siendo —comentó Lebendig—, aunque la verdad es que hace algún tiempo que no la he vuelto a ver.

—Es una colección extraordinaria, *Herr* Lebendig —dijo Rose, que no deseaba provocar ningún pesar al escritor volviendo a hablarle de Tanya—. Imagino que su valor debe de ser incalculable.

—Seguramente lo es —respondió Lebendig—. Llevo más de veinte años comprando y consiguiendo firmas de gente conocida, o menos conocida pero interesante. Aquí están reyes, políticos, artistas, sufragistas, e incluso pervertidos y criminales. Mirad esta carta.

Durante las dos horas siguientes Lebendig continuó hablando de grafología y luego, cuando pensó que el interés de sus visitas disminuía, comenzó a relatarles lo que sabía sobre la estancia de Rilke en Toledo, y sobre su propio viaje a la Rusia de los bolcheviques, y sobre lugares y comidas que ninguno de los dos jóvenes habían oído mencionar jamás.

—Temo que se nos va a hacer tarde, Karl —dijo Eric con cierto espanto en la voz, tras reparar accidentalmente en la posición de las manillas de su reloj—. Rose tiene que estar en casa antes de la nueve...

—Sí, claro, como debe ser —reconoció el escritor—. Lo mejor será entonces que os marchéis.

La muchacha lanzó a Eric una mirada capaz de fulminar a cualquiera, pero guardó silencio.

Lebendig se levantó del sofá y sus dos invitados hicieron lo mismo. En unos instantes, Rose y Eric cruzaron la distancia que se extendía hasta el umbral del saloncito y se adentraron por el corredor. El escritor permitió que llegaran hasta la puerta de la calle y entonces dijo con voz fuerte:

—Eric, por favor, ¿podrías venir un momento?

Preguntándose lo que quería el escritor, el muchacho desanduvo el camino y regresó a la estancia donde habían pasado la tarde. Apenas había entrado en ella, Lebendig le agarró por el brazo y tiró de él.

—Escucha bien lo que voy a decirte y no me interrumpas —susurró Lebendig.

Eric asintió con la cabeza sin despegar los labios.

—Bien —dijo Lebendig en voz baja—. No se te ocurra decir una sola palabra contra Sepp...

El estudiante abrió la boca para protestar, pero el escritor le hizo un gesto con la mano imponiéndole silencio.

—Sé mejor que tú que sólo es un majadero fanatizado estúpidamente con Alemania y su Führer. Lo sé, pero si se lo dices a Rose será como si la estuvieras llamando estúpida a ella por haberse sentido atraída hacia un tipo así, y si hay algo que las mujeres no soportan es que se les diga o se les dé a entender siquiera que son tontas. Por lo tanto, si lo que quieres es que esa muchacha se interese por ti, no debes decir ni una palabra negativa sobre Sepp. ¿Entendido?

El estudiante asintió con la cabeza.

—Estupendo —dijo Lebendig—. Otra cosa más. Rose es una muchacha muy sensible y le encanta la poesía, así que te he escrito una para que se la des.

Mientras pronunciaba estas palabras, el escritor sacó un papel doblado de su pantalón y se lo metió a Eric en el bolsillo de la chaqueta.

—Tendrás que copiarlo con tu propia letra, por supuesto, pero no creo que te resulte difícil hacerlo, porque lo he escrito con bastante claridad. Procura escoger el mejor momento para dárselo. Por ejemplo, podrías hacerlo durante un paseo por el Prater...

—La... la verdad es que no sé que decir, Karl —musitó Eric, abrumado por lo que acababa de escuchar.

—No tienes que decir nada, muchacho —respondió el escritor—. Bastará con que hagas las cosas bien y no digas una sola palabra sobre ese necio que cree haber visto la luz en una reunión de camisas pardas en Aquisgrán. ¡Ah, espera!

Lebendig sacó un volumen de una estantería y se lo dio al muchacho.

—Es un ejemplar de uno de mis libros dedicado a Rose.

No esperó Lebendig a que el estudiante dijera una sola palabra. De una

zancada se acercó hasta el corredor y gritó:

—Discúlpanos, Rose. Había olvidado darle una cosa a Eric.

X

Eric debería haberse metido en la cama nada más cenar en la pensión, pero las experiencias vividas aquella tarde le habían creado tal estado de ánimo que le resultó imposible dormir. Decidió, pues, aprovechar el tiempo copiando la poesía de Lebendig. Se trataba de un texto breve, aunque muy hermoso, pero lo que más le llamó la atención no fue su contenido sino la letra con que se hallaba trazado. Si había entendido bien lo que había escuchado al escritor aquella tarde, también Lebendig era un hombre dotado de buena memoria y de una notable capacidad para relacionar ideas. Mientras observaba la poesía que había redactado para que se la diera a Rose, Eric se preguntó qué había podido separar a Lebendig de la mujer a la que amaba. No era un experto en poesía, ni siquiera un aficionado, pero coincidía con Rose en que las *Canciones para Tanya* rezumaban un amor profundo y hermoso, difícil de comparar con el que normalmente se da cita bajo el sol.

—La tuvo que querer mucho —le había comentado Rose esa tarde nada más salir a la calle—. Hace tiempo que no sabe de ella, pero se nota que sigue enamorado, que la quiere, que se emociona hablando de cómo era.

—A mí lo que me parece más importante es que le escribiera poesías —había dicho Eric, intentando prepararse el próximo paso en su camino hacia conseguir el amor de Rose.

—Sí, claro —había aceptado la muchacha—, lo de la poesía es importante, pero sobre todo se ve que la quiere por la manera en que habla de ella.

—Pues a mí lo de la poesía me parece esencial —había insistido Eric, mientras apretaba en el interior de su bolsillo el papel que le había entregado Lebendig—. A fin de cuentas, hablar... hablar lo hace cualquiera.

—No, Eric —le había contradicho Rose—. Poca gente puede hablar como ese hombre.

Eric había estado a punto de añadir que incluso se podía hablar mucho y ser un perfecto imbécil, como era el caso de Sepp, pero había recordado a tiempo el consejo de Lebendig y decidido mantener la boca cerrada. Así, escuchando las opiniones de Rose sobre el arte, había llegado hasta el portal del edificio donde vivía.

—Bueno —había dicho la muchacha, mientras subía el escalón que llevaba hasta el interior de la casa—. Tengo que darte las gracias por esta velada. De verdad que ha sido fantástica.

—¿Te... te apetecería salir mañana a dar un paseo...? —había comenzado a preguntar el estudiante, para añadir enseguida—: ¿... por algún lugar bonito... como... como el Prater?

Rose había reflexionado un momento que a su acompañante le había parecido eterno y, finalmente, había dicho:

—Sí, te espero a las once.

El sí de Rose había dejado tan paralizado a Eric que, cuando quiso añadir algo, la muchacha ya había desaparecido, tragada por las penumbras que cubrían el portal.

Cuando llegó el estudiante a la pensión de *Frau* Schneider, estaba poseído por la sensación de haber ido volando durante el camino de vuelta. Las calles, las casas, las farolas le habían parecido dotadas de una aureola especial, similar a la que desprenden los objetos mágicos que aparecen en los cuentos de hadas. Por lo que a Eric se refería, si sus sensaciones se hubieran correspondido con la realidad nadie habría puesto en duda que se hallaba bajo el influjo de un poderoso, gratísimo e inexplicable hechizo. Sometido a aquel estado, había subido las escaleras de la pensión, entrado en su cuarto tras anunciar que no tenía ganas de cenar e intentado descansar un poco. No lo había conseguido y entonces había decidido copiar la poesía de Lebendig. Así había ido pasando el tiempo y, cuando se había querido dar cuenta, el reloj ya marcaba las tres. Descubrir la hora que era y sentir una inquietud agobiante fue todo uno.

—¡Dios mío, tengo que dormirme ya! —se dijo, mientras comenzaba a despojarse de la ropa con la intención de meterse en la cama—. Si no me duermo pronto, mañana tendré un aspecto terrible y Rose pensará que soy más feo de lo que soy. ¡Lo que me faltaba! ¡Y, encima, Sepp es más alto que yo!

Logró dormirse, totalmente exhausto, a las cuatro y media de la mañana, y cuando el despertador sonó a las nueve tuvo la sensación de que acababa de echarse en la cama. Se levantó tambaleándose y, tras verter agua en la jofaina, se lavó la cara y las manos y se miró al espejo.

—¡Aaaaaaah! —gritó espantado—. ¡Si parezco un oso panda! ¡Dios, qué ojeras!

Mientras se arreglaba, pasaron por la mente de Eric las ideas más

peregrinas para mejorar su aspecto, pero, al final, decidió no acometer ninguna, por temor a que el remedio resultara peor que la enfermedad.

Cuando salió a la calle, sentía un desagradable peso en la boca del estómago. La falta de sueño y los nervios se unían en su organismo provocándole incluso un ligero mareo; la situación no mejoró cuando se detuvo a comprar unas flores para Rose. Para conservar su lozanía, tuvo que sujetar el ramo erguido y cerca de la cara, y el aroma, lejos de resultarle grato, aún se sumó a la sensación de náusea que le invadía. Cuando llegó a la esquina de la calle donde vivía Rose, Eric se encontraba verdaderamente enfermo, tanto que, de no haber contado con la perspectiva de pasear con la chica de sus sueños, el lugar donde hubiera estado mejor habría sido su cama en la pensión de *Frau* Schneider.

Llegó al portal justo en el momento en que Rose salía de él. Llevaba un abrigo beige, sobre cuyo cuello se deslizaban sus ondulados cabellos castaños. Sin embargo, a Eric le habría dado lo mismo que la muchacha hubiera ido ataviada con un uniforme de aviador o con un traje de payaso. Situada a unos pasos de él, la contempló tan bella como Botticelli había visto a Venus saliendo del mar.

—Eres muy puntual —dijo Rose con un tono de voz que a Eric le sonó como si fuera un coro de ángeles, y luego añadió:

—Me gusta la gente puntual.

Mientras sentía como se le sonrojaban las mejillas, Eric tendió el ramo a la muchacha.

—Te traje estas flores —dijo con acento tímido—. No sabía tu gusto pero...

—Son muy bonitas, Eric, pero no tenías que haberte molestado.

—No ha sido ninguna molestia —respondió el muchacho—. En realidad, ¿a quién podían adornar mejor esas flores que a ti?

Las cejas de Rose se enarcaron al escuchar aquellas palabras. Hubiera podido esperar muchas cosas de Eric, y de éstas incluso algunas buenas, pero aquella frase poética... bueno, la verdad es que no se le hubiera pasado por la cabeza. Aún se sorprendió más cuando el estudiante le dijo que había escrito algo para ella y así, sumida en el mayor de los estupores, llegó con él hasta la Praterstrasse.

Situada en la zona norte de la denominada Ciudad interior, la Praterstrasse descendía desde el canal del Danubio hasta la plaza Praterstern, un espacio que, como su propio nombre indicaba, tenía la forma de una

estrella. En las distintas casas de la calle se habían dado cita algunos de los episodios más hermosos de la historia vienesa, como la redacción del *Danubio Azul* en el número 54, o la residencia de Joseph Lanner, el gran rival de los Strauss, en el número 28. Sin embargo, aquella mañana Eric no sentía el menor interés por la historia y Rose, que comenzaba a intuir que quizá se había equivocado con su primera opinión sobre el estudiante, tampoco parecía inclinada hacia las curiosidades locales.

El trazado de la Praterstrasse era prolongado pero, sumergidos en una conversación en la que se mezclaban el dibujo, la música y los sentimientos, los dos estudiantes llegaron hasta su conclusión casi sin darse cuenta. Ante ellos se abrió entonces como un astro arquitectónico la Praterstern, cuyos siete brazos eran, en realidad, el inicio de otras tantas avenidas.

Pasaron sin levantar la mirada ante el monumento al almirante Tegetthof, el héroe nacional que había vencido en inferioridad de condiciones a daneses e italianos, y se encaminaron ya directamente hacia el Prater.

—¿Sabías que «prater» es una palabra española? —dijo de repente Rose, interrumpiendo la conversación que habían mantenido hasta ese momento.

Eric se vio obligado a reconocer que lo ignoraba y que había pensado si quizá su origen no se encontraba en el latín.

—No, no —insistió Rose—. Deriva de «prado». Muchos reyes de la dinastía austríaca de los Habsburgo conocían el español. Lo hablaban Carlos V, que fue rey de España, y su hermano, Fernando I, y Carlos VI y muchos nobles y cortesanos.

—Bueno, yo sabía que en España reinó una dinastía austríaca durante un par de siglos, pero que además nuestros reyes hablaran español...

—España debe de ser un país maravilloso —continuó Rose—. Siempre lo he pesando así y lo que *Herr* Lebendig contó el otro día no hizo más que confirmar mi opinión. Ahora esa nación se encuentra en guerra pero un día espero poder viajar y ver las pinturas que se conservan en el museo del Prado. Creo que nadie puede aspirar a pintar bien sin haber estudiado a Goya y a Velázquez.

Un bullicio alegre cargado de tonos infantiles interrumpió las palabras de Rose. Acababan de llegar al Prater y ante ellos se extendía una inacabable suma de tenderetes, en los que comerciantes simpáticos y diligentes vendían café, helados y dulces. Criadas, madres y abuelas vigilaban a niños ansiosos de correr y gritar, a la vez que algunas parejas paseaban acompañadas de las oportunas carabinas, generalmente alguna mujer soltera o viuda de la familia.

Nada de aquello llamó la atención de Eric, porque sus ojos se habían clavado en un gigantesco aro de madera y metal que ocupaba buena parte de la línea del horizonte y que parecía tocar las nubes más elevadas. Ver aquella estructura y volver a sentir el malestar que le había acompañado durante los primeros momentos de aquella hermosa mañana fue todo uno.

Lo que se alzaba ante sus ojos era el Riesenrad, la famosa noria del Prater, en la que miles de vieneses y visitantes subían a lo largo del año, convencidos de que desde sus alturas podían disfrutar de un incomparable panorama de la ciudad. Al contemplarla, Eric pensó que Rose seguramente querría subir en ella, algo que le causaba auténtico pavor. No habría podido decir desde cuando sufría vértigo, pero de pequeño recordaba el desagradable temblor que se había apoderado de él cuando había ascendido a la modesta torre del campanario de la iglesia de su pueblo. Por supuesto, tras haber conseguido que la muchacha le acompañara aquella mañana, Eric estaba dispuesto a cualquier cosa, pero... pero meterse en aquel monstruo...

—A la gente le encanta subir en esa noria —dijo Rose con una sonrisa que al estudiante le pareció el preludio de una terrible prueba.

—Sí —contestó Eric, fingiendo que la perspectiva de dar vueltas en el Riesenrad le llenaba de alegría—. Es comprensible.

—A mí, sin embargo, nunca me ha gustado —comentó Rose—. No acabo de entender qué diversión encuentran en dar vueltas en ese trasto.

—Pues sí... —aceptó Eric, mientras sentía como la sangre le volvía al corazón—. Visto así, no cabe la menor duda de que se trata de una tontería. Una tontería grandísima.

—Me dijiste que tenías algo para mí —dijo inesperadamente Rose.

—Ah, sí, sí —recordó el estudiante, que apenas podía creer lo bien que se iban desarrollando las cosas—. Vamos a sentarnos en uno de esos cafés y te la doy.

Encontraron sitio en uno de los numerosos kioscos del Prater y pidieron algo de beber. El camarero les sirvió con rapidez, pero el tiempo que transcurrió hasta que trajo las tazas y volvió a desaparecer para ocuparse de otra mesa le resultó a Eric insoportablemente prolongado. Sin embargo, en esta vida todas las esperas tienen un final y así llegó el momento con el que había estado soñando toda la noche. Con manos temblorosas extrajo el papel doblado de su chaqueta y se lo tendió a Rose.

Habría deseado que la muchacha dejara entrever lo que sentía al leer aquellas líneas, pero lo único que pudo percibir fue cómo se movían sus

pupilas siguiendo las palabras a lo largo del papel. Captó así que concluía la lectura y que luego, por dos veces más, la repetía, aunque sin despegar los labios.

—¿La has escrito tú? —preguntó Rose, al tiempo que apartaba la vista del texto.

—Eh... sí, esta noche me pasé varias horas escribiéndola —respondió Eric, y dio gracias en su interior a Dios por no haber tenido que mentir y, a la vez, haber podido evitar decir la verdad.

—¿Te llevó muchas horas? —preguntó Rose.

—No... no muchas —contestó el muchacho—. No necesité ni siquiera una hora para escribir ese papel.

—Es muy hermosa, Eric, realmente muy hermosa —exclamó Rose con los ojos empañados.

El estudiante no dijo nada pero en aquel momento hubiera deseado saltar, correr y gritar a todos los que estaban en el Prater la felicidad que lo embargaba.

—Creo... creo que debo pedirte perdón por algo —comentó Rose a la vez que bajaba la mirada.

Eric guardó silencio, mientras se preguntaba qué podía haber hecho la muchacha.

—Había pensado que eras... disculpa, un poco simple. Sí, ya veo que no es así, pero creía que no pasabas de ser un muchacho provinciano al que sólo le interesaba el dibujo y la pintura. Ahora me doy cuenta de que estaba equivocada. Eres muy sensible y... y muy tierno. Perdóname, Eric.

El estudiante fue incapaz de articular palabra. Aquella confesión le había dejado paralizado, tanto que ni siquiera se dio cuenta del terreno que estaba ganando en el corazón de Rose.

—Toda confesión debe ir seguida de una penitencia —dijo de repente la muchacha— y creo que es de justicia que me impongas una.

Las palabras de Rose sonaron en los oídos de Eric como el anuncio maravilloso de un inesperado y extraordinario don. En sus manos colocaba una posibilidad que nunca hubiera podido imaginar. En su mente se agolparon las ideas. Pensó primero en prohibirle que volviera a ver a Sepp, pero desechó enseguida esa idea al recordar el consejo de Lebendig. Luego se le ocurrió pedirle que le acompañara todos los sábados que restaban hasta fin de curso, pero se dijo que quizá la muchacha lo interpretaría como un deseo intolerable. Quizá... quizá... ¡sí, sí, eso!

—Querría... querría dibujarte —dijo al fin Eric, a la vez que calculaba cómo podría alargar la ejecución de la obra para que Rose permaneciera a su lado al menos hasta la llegada del verano.

—Ah... —musitó Rose con desilusión apenas disimulada.

—Te haré el retrato mejor que hayas visto nunca —dijo Eric.

Rose sonrió al escuchar aquellas palabras y entonces hizo algo que nunca hubiera podido imaginar su nervioso acompañante. Se levantó del asiento en que se encontraba, se acercó a Eric e, inclinando la cabeza, le besó en los labios.

XI

El amor correspondido cambió totalmente la existencia de Eric. Hasta entonces su estancia en Viena había sido la de un muchacho de provincias al que la gran ciudad asustaba y que prefería, en parte, por timidez y, en parte, por predisposición a la soledad, mantenerse aislado en su habitación, dibujando durante horas. En buena medida, era lógico que así fuera porque, tras haber perdido a sus padres a los pocos años de nacer, no había conocido nada que se pareciera a aquel amor. Oh, por supuesto, su tía Gretel lo quería y había cuidado de él, pero solitaria, soltera y sin hijos, siempre había mantenido una enorme distancia hacia su sobrino. De hecho, en todos los años que habían pasado juntos, los besos que le había dado podían contarse en escasas docenas, y tampoco había sabido entregarle los abrazos y caricias que el muchacho, sin saberlo, ansiaba. El resultado había sido un niño bueno, obediente, repleto de talento, pero que se sentía mucho más seguro —y a gusto— en solitario que acompañado.

Rose alteró completamente aquella forma de vida y, al igual que la luz que penetra en una habitación cerrada, le proporciona una vida que sería difícil de sospechar, su cercanía infundió en el muchacho un disfrute inesperado de la existencia.

Dibujaba y dibujaba más que nunca, pero ahora aquellas imágenes trazadas sobre el papel eran objeto de discusiones continuas —y no pocas veces acaloradas— con la muchacha de la que se había enamorado. También ella amaba la pintura y el dibujo, también ella se preocupaba por acertar con los materiales más adecuados para plasmar el mundo sobre el papel y también ella buscaba la perfección artística, incluso en los primeros bocetos. Pero Rose, a diferencia de Eric, conocía formas de la belleza que superaban con mucho aquel arte. Le apasionaba la música, amaba la naturaleza y examinaba con un interés inusitado los edificios porque, como en cierta ocasión confesó a Eric, en realidad, su deseo era dedicarse a la arquitectura.

Así, Eric fue experimentando la excitación de tomar de la mano a una chica a la vez que escuchaba la música de los valses en el Kursalon, a la vez que descubría la pintura española del Barroco al lado de Rose, precisamente en una tarde de lluvia en el curso de la cual se emborracharon de besos. Sin

apenas darse cuenta, ambos habían comenzado a internarse en ese país que recibe el nombre de felicidad y que se encuentra vedado a la mayoría.

El tributo que tenían que pagar por aquella maravillosa experiencia era, por añadidura, muy liviano. Eric se vio obligado a solicitar de Lebendig que le regalara alguna poesía más —algo que el escritor hizo sumamente complacido y después de lanzar al aire una estruendosa carcajada— y Rose tuvo que aceptar convertirse en modelo de los dibujos del natural que su amado se empeñaba en trazar sin apenas descanso.

En aquellas semanas de otoño, los dos descubrieron la excitación dulce y cálida que nacía de acariciar una mejilla y pasear juntos; de besar unos labios y ver una película; de leer poesía y tomar un café con leche; de musitarse palabras de amor y perseguirse corriendo por un parque. Se querían y por ello cualquier mirada, cualquier palabra que venía del otro tenía la prodigiosa virtud de convertirlos en inmensamente felices.

Terminó el otoño y llegó un invierno frío y destemplado, que no preocupó a los enamorados, porque les proporcionaba la excusa perfecta para apretarse más el uno contra el otro y comunicarse un calor que nacía de lo más profundo de su corazón. De esta manera, cuando las hojas cobrizas de los árboles fueron sustituidas por el blanco lechoso de la nieve, disfrutaron de un nuevo escenario para su querer.

Sólo la Navidad se convirtió en un breve obstáculo. Rose siempre la había vivido con su familia, disfrutándola, mientras que Eric la había pasado al lado de su tía, pensando siempre en cómo habría sido de contar con unos padres, como tenían todos sus compañeros. Aquel año de 1937, los dos habrían ansiado vivir unas Navidades distintas, aunque lo único diferente en realidad se hubiera reducido al hecho de estar juntos. Sin embargo, no fue posible y, mientras la muchacha se quedaba en Viena, el estudiante partió hacia su pueblo.

Los días de vacaciones les resultaron, al revés que otros años, largos, aburridos y, sobre todo, solitarios. A Rose no le apetecía salir de su casa, donde se pasaba las horas escuchando música en el gramófono o en la radio, al tiempo que veía una y otra vez los dibujos que le había dado Eric. Por su parte, el muchacho —privado de la posibilidad de llamar por teléfono a Rose, ya que su tía carecía del dinero indispensable para costear tan avanzado aparato— apenas salió a pasear por un campo que siempre le había resultado entrañable y que ahora se había convertido en solitario e inhóspito.

Mientras que Rose no deseaba pasar por aquellas partes de la ciudad que

había recorrido acompañada de Eric, éste contemplaba los lápices, las carpetas y las plumillas que había utilizado para dibujarla y se sentía preso de una insoportable melancolía. Día a día, sin darse cuenta de ello, se les había hecho más necesario compartir cada momento y ahora, separados por unas vacaciones que todos sus compañeros hubieran deseado más largas, sólo ansiaban que llegara el momento en que tendrían que regresar a la Academia de Bellas Artes y podrían verse de nuevo.

Volvieron a encontrarse cuando el paro seguía aumentando en Austria y millares de familias no tenían ni pan ni lumbre en sus casas, cuando España entraba en su tercer año de despiadada guerra civil, cuando Stalin enviaba a centenares de miles de inocentes a morir en los campos de concentración de la Unión Soviética, cuando Hitler proseguía con su amenazador programa de rearme y cuando las democracias pensaban que la mejor manera de enfrentarse al terror era dialogar con él y realizar concesiones. Sin embargo, nada de aquello importaba a Rose y a Eric porque nunca hubieran pensado que la gran Historia pudiera desviar el rumbo marcado por sus corazones.

Entonces, a mediados de enero, aquella pareja dichosa, amante del arte y despreocupada, recordó que tenía un buen amigo en un escritor llamado Karl Lebendig y decidió visitarlo, porque, siquiera en el fondo, sabía que su amor debía mucho a su intervención. No se trató de una decisión meditada. Por el contrario, obedeció no poco a la casualidad. Caminaban desde la Academia de Bellas Artes hasta la casa de Rose cuando, sin reparar en ello, dejaron el camino por el que iban y, mientras Eric hablaba del uso del color en Miguel Ángel y Rose alegaba que prefería su tratamiento de los espacios, se desviaron por otra calle. Apenas habían recorrido unos metros cuando Rose dijo:

—¿No vive cerca de aquí Lebendig?

Eric apartó la mirada y se dio cuenta en ese momento de dónde se encontraba. Era en efecto la calle que en las últimas semanas había visitado únicamente para que el escritor le proporcionara las poesías destinadas a Rose.

—Sí... —dijo Eric, espantado por primera vez ante la idea de que alguna vez la muchacha pudiera descubrir que no era el autor de aquellas líneas que tanto le gustaban.

—Podríamos visitarlo —dijo Rose súbitamente animada.

—No sé... —comentó desangelado el estudiante—. No sé yo si es correcto, y más sin avisarle antes.

—Bueno, no se trata de que nos invitemos a comer... Sólo subimos y le saludamos y, si no le molesta, nos quedamos un ratito nada más.

De buena gana, Eric habría torcido la primera esquina y se habría alejado lo más rápidamente posible de aquella calle. Sin embargo, no deseaba contradecir a Rose. En realidad, sentía un especial gusto cuando la complacía en cosas pequeñas, y se había acostumbrado a pasear por los lugares que ella deseaba, a sentarse en los cafés que le agradaban y a escuchar las piezas que le atraían. Se reflejaba tanta alegría en el rostro de la muchacha en esos momentos que Eric no lamentaba tragarse románticas películas americanas, comer *apfelstrudel* o pasear inacabablemente por el Ring. Todo lo contrario. Su sonrisa le compensaba; pero ¿qué sucedería si llegaba a averiguar quién era el verdadero autor de los versos?

Cogido de la mano de Rose y sumido en los más negros pensamientos, llegó hasta el portal de la casa de Lebendig. Una vez allí, cruzaron el umbral y alcanzaron la portería. Luego torcieron a la derecha y comenzaron a subir las escaleras.

—¿El portero de esta casa es comunista? —preguntó Rose.

—No tengo ni idea —respondió sorprendido Eric—. ¿Por qué lo dices?

—Tiene colgada una bandera roja con la hoz y el martillo dentro de la portería —respondió Rose— y no creo que sea por razones artísticas...

Eric desanduvo los peldaños y dirigió la mirada hacia la taquilla. La puerta estaba dividida en dos partes, de las que la inferior permanecía cerrada, mientras que la de arriba estaba abierta hacia dentro, permitiendo ver el respaldo de una silla y un trozo de muro. En éste, efectivamente, se podía distinguir parte de una bandera roja en la que casi destellaban una hoz y un martillo cruzados.

—¿Es ésa la bandera comunista? —preguntó Eric.

—La de la Unión Soviética —dijo Rose—, pero como todos los comunistas están convencidos de que es su patria...

El muchacho guardó silencio. Nunca le había interesado la política y tenía dificultades para entender las diferencias entre algunos grupos. Por ejemplo, nunca había conseguido comprender los distintos socialismos. Los miembros del partido socialista —muy pocos desde hacía ya tiempo— decían que eran los únicos defensores de aquella doctrina política. Hasta ahí bien, pero es que también lo afirmaban los comunistas, que además insistían en que el socialismo sólo se estaba llevando a la práctica en Rusia. Por si hubiera poca confusión, los seguidores de Hitler también se presentaban como

socialistas, aunque insistían en que su socialismo era nacional. Por lo visto, el portero creía que el socialismo bueno era el ruso.

—Mi padre tiene una pésima opinión de los comunistas —dijo Rose, mientras reemprendían la subida—. No para de decir que en Rusia asesinaron al zar y a su familia, que cierran iglesias, que asesinan a gente inocente...

—Ya, ¿y tú qué piensas? —preguntó Eric.

La muchacha no respondió. Acababa de llegar ante la puerta de Lebendig y de tocar el timbre. El sonido no se había aún extinguido cuando la hoja de madera se abrió.

—¡Rose! ¡Y Eric! —dijo Lebendig con aquella sonrisa tan especial que le caracterizaba—. ¿Qué hacéis por aquí?

—Paseábamos cerca... —comenzó a decir Eric con un tonillo de excusa.

—... y decidisteis venir a verme —concluyó Lebendig—. Muy bien, muy bien. Me parece estupendo, pero no os quedéis ahí parados. ¡Pasad! ¡Pasad!

Los muchachos obedecieron la invitación del escritor e inmediatamente percibieron un aroma delicado que procedía de la cocina.

—Estoy haciendo un té muy especial —explicó Lebendig—. Eric, te estaría agradecido si me pudieras echar una mano. Rose, pasa al salón y nos esperas allí.

El estudiante aguardó a que su amada se adentrara por el pasillo y, a continuación, susurró:

—Yo... yo no quería venir. Fue por ella... no le contarás nada, ¿verdad?

Lebendig dejó de colocar cubiertos en una bandeja y miró a Eric.

—Primero, me parece muy mal que no quisieras venir. Eres un chico muy inteligente y, francamente, a veces me gustaría que te dejaras caer por aquí para hablar de cine o de pintura, por ejemplo, y no sólo para pedirme una poesía. Segundo, jamás traiciono a un amigo, así que puedes estar seguro de que no voy a revelarle ese pequeño secreto nuestro. Bien, ¿ahora te importaría sacar el azucarero de ese armarito y colocarlo en la bandeja?

Rose era totalmente ajena a la conversación mantenida en voz baja entre Lebendig y Eric. Esquivó las estanterías y los montones de libros del pasillo y llegó hasta el umbral del saloncito. Entonces reparó en que la habitación no estaba vacía. En la parte del sofá que discurría paralela al balcón estaba tendida una mujer de ondulados cabellos rubios. Por unos instantes no pareció darse cuenta de la llegada de Rose y, así, ésta pudo observarla con libertad. Le llamó la atención el color entre verde y ambarino de sus ojos, las

facciones finas de su rostro, la extraña e indefinible elegancia de su cuerpo lánguidamente extendido. Vestía un hermoso conjunto de falda negra y blusa roja, pero la muchacha sintió que, aunque aquella mujer hubiera estado cubierta con harapos, de ella habría emanado el mismo atractivo.

No se movió Rose pero, como si hubiera percibido un sonido imposible de captar por oídos humanos, la mujer volvió la cara y la vio.

—Buenas tardes —dijo con un tono de voz de una belleza tan sugestiva y poco habitual como el color de sus ojos.

No contestó Rose. Al contemplar a la mujer de frente, tuvo la sensación de que no era la primera vez que la veía. Aún más. Experimentó como una extraña intimidad que sólo deriva de conocer profundamente a alguien. Sí, claro, no podía ser de otra manera...

—Soy Rose —se presentó la muchacha, atravesando la distancia que las separaba y tendiéndole la mano con un gesto amable y abierto.

La mujer se incorporó hasta quedar sentada en el sofá. Estrechó la mano de la joven y sonrió.

—Encantada, Rose —dijo—. Yo soy...

—Sé quién es usted —la interrumpió suavemente la muchacha.

La sorpresa cubrió el rostro de la mujer al escuchar aquellas palabras.

—Usted —continuó Rose— es Tanya.

XII

—¡Ah! Ya os habéis presentado —dijo Lebendig, mientras entraba en la habitación sujetando una bandeja con las dos manos.

—Rose me conocía —musitó la mujer de los cabellos rubios.

Lebendig guardó silencio y frunció el entrecejo como si no hubiera comprendido bien.

—Este es Eric —dijo Rose, señalando al chico, que apenas alcanzaba a verse tras las anchas espaldas del escritor—. Estamos saliendo juntos.

La mujer se puso en pie y se acercó al muchacho. Le estrechó la mano al mismo tiempo que le brindaba una sonrisa cordial.

—Eric, tienes mucha suerte —dijo, y a continuación añadió—: Me alegro de conocerte. Soy... Tanya.

Al escuchar la última frase, Lebendig estuvo a punto de dejar caer la bandeja con el servicio de té. Mientras Eric se precipitaba a ayudarlo, Rose lanzó una mirada a Tanya y sonrió. La mujer le devolvió el gesto, aunque habría resultado difícil saber si su sonrisa partía más de los labios o de los ojos.

—He pensado en usted muchas veces —dijo Rose, una vez que todos estuvieron sentados y bebiendo té—. Estaba convencida de que la Tanya de los poemas de *Herr* Lebendig debía de ser una persona real.

—¿Por qué lo creías? —preguntó la mujer.

—Porque nadie puede escribir algo tan hermoso sin estar enamorado —respondió Rose y, al decirlo, lanzó una mirada de reojo a Eric, que se sintió insoportablemente azorado.

—Además —añadió la muchacha—, usted es igual que la mujer descrita en las *Canciones para Tanya* y...

—Bueno, bueno, ya basta, que voy a sonrojarme —la interrumpió Tanya sonriendo.

—Es mucho mejor que la persona descrita en las *Canciones* —intervino Lebendig.

—¡Vamos, Karl! —exclamó Tanya, fingiendo encontrarse escandalizada.

—No retiro ni una sílaba de lo que acabo de decir —insistió Lebendig

—. En realidad, las poesías que te escribí nunca terminaron de gustarme. Para poder expresar lo que siento habría tenido que inventar una lengua nueva, especial, que pudiera contener aromas y colores. Soy incapaz de crear ese tipo de lenguaje —imagino que sólo Dios puede hacerlo— y, por tanto, todo lo que compuse para ti me resulta pálido, desabrido... soso, sí, muy soso.

Rose miró de reojo a la mujer, que apenas lograba ocultar su satisfacción. Era como si por debajo de su piel —una piel que parecía la encarnación más delicada del alabastro— discurriera una corriente de alegría que prefería esconder pero que, aquí y allí, lograba encontrar su camino hasta la superficie.

—Karl me ha hablado mucho de ti —dijo dirigiéndose a Eric—. De creer sus palabras, se diría que eres la gran promesa de la pintura austríaca, por delante de lo que en su día pudieran hacer Klimt, Schiele o Kokoschka.

—Es extraordinario —intervino Rose con la voz empapada de emoción —. Se lo digo de verdad.

El rostro del estudiante se inundó de rubor al escuchar aquellos elogios. Nunca había pensado que sus dibujos pudieran gustar tanto al poeta y el averiguarlo ahora y, sobre todo, saber que había comunicado esa idea a otros le causaba un considerable azoramiento. Sin embargo, el que Rose compartiera aquel punto de vista le elevaba hasta una cumbre de felicidad que no hubiera podido describir con palabras.

—Bueno —dijo Tanya—, si lo dice una muchacha tan inteligente como Rose, voy a tener que creerlo. Supongo que no te importaría hacernos una demostración...

Eric volvió la mirada hacia Lebendig con la esperanza de salvarse de aquel desafío, pero la manera en que el escritor se encogió de hombros le convenció de que no tenía la menor posibilidad.

—¡Vamos, Eric! —insistió Rose—. Puedes hacerlo de sobra.

El estudiante agachó la cabeza con gesto derrotado y cogió el pequeño cartapacio que solía llevar cuando salía de paseo con Rose. Desató los nudos que lo cerraban y del interior extrajo un estuche de lápices y un papel en blanco.

—Sólo un boceto —dijo, mirando a Tanya con gesto que pretendía ser resuelto pero que, en realidad, parecía asustado.

—Bastará —comentó con una sonrisa Lebendig.

—Sí, de sobra —dijo convencida Rose.

—¿Quieres que me ponga de alguna manera especial? —preguntó

Tanya, a la vez que se sentaba en el sofá y colocaba su rostro de perfil.

—No... no... —respondió Eric—. Creo que así está muy bien.

Apenas había terminado la frase, el estudiante trazó sobre el papel dos líneas que iban a servir de contorno a todo el conjunto. La primera arrancaba del extremo de lo que sería la cabeza de Tanya y descendía hasta poco más abajo del lugar donde iba a dibujar el cuello; la segunda se cruzaba con la anterior y describía una parábola que circundaría el busto de la mujer. Apenas hubo dibujado aquellas dos líneas, la mina comenzó a deslizarse a uno y otro lado de ellas trazando con vertiginosa habilidad rayas, entramados y sombras. Ocasionalmente, Eric levantaba la mirada del papel para asegurarse de que estaba reflejando de forma correcta las facciones de su modelo pero, en general, se guiaba de la impresión recogida en la memoria.

Tanya no se atrevía a desviar la mirada del punto perdido en el horizonte, pero por el sonido del lápiz tenía la sensación de que aquel adolescente dibujaba a una velocidad prodigiosa. Por su parte, tanto Lebendig corno Rose lo contemplaban con una sonrisa de satisfacción porque, tal y como habían esperado, el estudiante no defraudaba sus expectativas.

No necesitó Eric más de un cuarto de hora para acabar el dibujo y, cuando lo concluyó, dijo:

—Es sólo un boceto, pero podría servirme de base para algo más serio... No sé... un retrato a plumilla, una acuarela...

Llena de curiosidad, Tanya volvió el rostro y vio cómo el muchacho sacaba el papel del cartapacio y se lo tendía. Lo cogió procurando reprimir su impaciencia y de inmediato el asombro se apoderó de ella. Resultaba innegable que Eric se había valido tan sólo de un lápiz para realizar aquel retrato pero, precisamente por eso, el resultado sólo podía ser calificado de extraordinario. En aquel rectángulo de papel aparecían recogidos sus cabellos ondulados, sus ojos sonrientes, incluso si mantenía apretados los labios, sus pómulos suaves, su nariz recta y delicada y su barbilla suavemente redonda. Sin embargo, no se trataba sólo de que hubiera podido recoger en aquellos trazos una simetría exacta de las distintas partes del rostro de Tanya. Eso, de por sí, habría constituido un éxito notable, pero es que Eric había ido mucho más allá. Un pedazo de vida, una chispa de alegría que parecía haberse desprendido directamente del rostro de la mujer latía en aquel retrato, dotándolo de una veracidad que llegaba a causar un efecto sobrecogedor. Hubiérase dicho que, de un momento a otro, la Tanya dibujada comenzaría a reír o dirigiría la palabra a los presentes para demostrarles que era real.

—Es magnífico —dijo la mujer con los ojos humedecidos por la emoción—, realmente magnífico.

—Sí que lo es —corroboró Rose, mientras Lebendig guardaba un risueño silencio.

—¿Cuánto quieres por el dibujo? —interrogó Tanya.

La pregunta sorprendió al estudiante. En realidad, ni siquiera se le había pasado por la cabeza que pudiera pedir dinero por algo que había realizado con tanto gusto. Sin poderlo evitar, movió la cabeza con gesto desconcertado y dirigió la mirada hacia Lebendig en busca de consejo.

—Tengo la impresión de que Eric estará encantado de regalarte el dibujo —dijo el escritor.

—Por supuesto —corroboró Rose.

—No creo que deba aceptarlo gratis... —comenzó a decir Tanya.

—Fírmalo y ponle la fecha, que un día valdrá millones —dijo Lebendig a Eric, que se apresuró a tomar el dibujo de manos de Tanya y a obedecer aquellas instrucciones.

—Al menos me permitiréis que os invite a comer —añadió en tono suplicante la mujer—. Karl y yo íbamos a salir y nos encantaría que os unierais a nosotros.

—No creo que debamos —respondió Rose, anticipándose a cualquier intento de aceptar la invitación que pudiera hacer Eric.

—¿Y por qué no? —fingió sorpresa Tanya—. En realidad, os lo agradeceríamos mucho. Karl os ve de vez en cuando, pero yo tengo poca posibilidad de hablar con gente tan joven y tan interesante.

—Lo más sensato sería que aceptarais —se sumó Lebendig—. Conozco a Tanya desde hace mucho tiempo y puede ser muy persuasiva. Por lo tanto, más vale que capituléis ya.

Rose lanzó una mirada a Eric y, finalmente, dijo:

—Está bien. Aceptamos.

XIII

La vida iba a deparar futuros bien diversos a las dos parejas, pero los cuatro recordarían una y otra vez aquel día que pasaron juntos en una Viena fría, que anhelaba la llegada de la tibia y luminosa primavera. Mientras Eric seguía recibiendo elogios por su talento artístico. Rose se dedicó a formular preguntas a Tanya, guiada por el deseo de saber más acerca del pasado vivido al lado de Lebendig. No tardó la joven en comprobar que la mujer gozaba de una especial capacidad para relatar historias interesantes y, a la vez, eludir aquello que no quería responder.

Al cabo de una hora de conversación, mientras caminaban por las calles de Viena cogidas del brazo y escoltadas por Eric y Lebendig, Rose sabía que el escritor y Tanya habían viajado por París y Rusia, por Egipto y Tierra Santa, por España e Irlanda; que Lebendig le había escrito centenares de poesías, de las que muy pocas habían sido publicadas; que un día se había marchado de casa por razones en las que no deseaba entrar y que ahora hacía tan sólo una semana que estaban nuevamente juntos.

—¿Cómo ha podido usted vivir así? —le interrumpió Rose cuando llegaron a esa parte de su exposición—. Quiero decir, si no hubiera sido mejor que siempre estuvieran juntos, que tuvieran hijos, que llevaran una vida... normal.

Tanya se detuvo un instante y miró hacia el suelo. Parecía como si aquella pregunta le hubiera ocasionado un profundo dolor y, por un instante, la muchacha se arrepintió de haberla formulado.

—En esta vida —comenzó a decir la mujer— las cosas no siempre suceden como uno desearía. Es posible que Karl y yo hubiéramos sido muy felices teniendo hijos y viviendo de una manera normal, como tú dices, pero no pudo ser. Ahora seguramente no lo entenderás, pero quizá para nosotros no ha sido tan importante. Lo importante es que la vida se ha ido llenando de momentos hermosos, de un amor apasionado y también tierno y dulce. Mi vida, Rose, ha estado rebosante de todo eso y ha sido gracias a Karl. Nunca he querido a nadie como a él y nunca he sido tan feliz con nadie como con él.

Tanya hizo una pausa y se volvió hacia Eric y el escritor.

—Aquel es un buen sitio para comer —dijo, a la vez que señalaba uno

de los cafés situados en las proximidades de la Ópera—. Vamos allí.

—Karl —prosiguió, mientras se acercaban al establecimiento señalizado con el nombre de uno de los músicos más ilustres de la historia de Austria— no es el único hombre que me ha escrito poesías, pero las suyas han sido las más hermosas y, desde luego, las que más me han emocionado. Cuando las leía, me daba cuenta de que había puesto por escrito justo lo que yo pensaba, lo que yo sentía, lo que yo deseaba sin siquiera saberlo. De pronto, descubría que si era yo misma se lo debía a todo lo que sacaba de mi interior.

—A mí me sucede igual con Eric —confesó Rose emocionada—. Es algo tan especial que... que ni siquiera puedo explicarlo.

—Es como si el aire a su lado resultara más limpio —dijo Tanya—, como si las horas pasaran con la misma rapidez que los minutos, como si en sus manos y en sus labios hubiera una magia capaz de provocar unos sentimientos que no se pueden describir con palabras.

Habían llegado a la puerta del café y la mujer se detuvo. Esperó en silencio a que sus acompañantes las alcanzaran y entonces dijo:

—¿Querrás tú ocuparte de todo, Karl?

El escritor sonrió y entró en el establecimiento. Apenas necesitó unos segundos para convencer al camarero de que les condujera a una mesa para cuatro, a pesar de que no tenían reserva.

—Es un sitio muy bonito —comentó Rose, deslumbrada por la decoración del establecimiento.

—Sí —reconoció Lebendig—. En otra época, Tanya y yo veníamos aquí muy a menudo. Eran tiempos más tranquilos...

—Sí que lo eran —dijo la mujer con un deje de pesar en la voz—. No había locos repartiendo folletos en los que se hablaba de la sangre y la lengua...

—Ni tampoco muchachos con camisas pardas por las calles, a los que divierte golpear al prójimo porque saben que nadie les devolverá los golpes —intervino Lebendig—. Sí, creo que fueron unos años estupendos.

—Karl y yo nos conocimos gracias a los camisas pardas —intervino Eric, mientras el escritor elevaba los ojos al techo en un gesto de desaliento.

—¿Ah, sí? —exclamó sorprendida Tanya—. ¿Y eso? ¿Os habéis afiliado a las Juventudes hitlerianas?

—¡Por Dios, no bromees con esas cosas! —dijo Lebendig, a la vez que levantaba los brazos al aire.

—No, no se trató de eso —respondió Eric—. Fue el día de mi llegada a

Viena...

Durante los minutos siguientes, tan sólo interrumpidos por el tiempo que dedicaron a elegir y ordenar la comida, el estudiante contó a Tanya la entrada de los camisas pardas en el Café Central, la solitaria resistencia de Lebendig, su persecución a lo largo de las para él entonces desconocidas calles de Viena y la manera en que le sorprendió al doblar la esquina.

—Sí —dijo la mujer con una sonrisa irónica—. Esa forma de desconcertar es muy propia de Karl.

—¡Oh, vamos! —protestó el escritor—. Yo no podía saber quién me estaba siguiendo, y después del incidente con esos admiradores de Hitler...

—Está bien, está bien —dijo Tanya, conteniendo a duras penas las carcajadas—. Te perdonamos. Todos te perdonamos. Eric, Rose, yo... hasta el camarero que viene por ahí te perdona.

Durante las horas siguientes, los cuatro comieron y bebieron, charlaron y rieron, pasearon y hasta se dejaron retratar por un fotógrafo ambulante. Es verdad que Eric protestó, porque consideraba que podía hacer dibujos de todos que en nada serían inferiores a una fotografía y que, además, les saldrían gratis. Sin embargo, no consiguió convencer a ninguno de sus acompañantes. Así, un hombre humilde, que en medio de tiempos convulsos se ganaba la vida plasmando en papel imágenes reducidas a tonalidades en blanco y negro con un fondo sepia, dejó constancia gráfica de algo en apariencia carente de importancia. Mientras un antiguo cabo, nacido en Austria y adornado con un bigote peculiar semejante al de Chaplin, reflexionaba sobre la mejor manera de conquistar su tierra natal, dos parejas —una, en plena madurez, y la otra, al inicio de la adolescencia— habían sido felices, tan sólo porque se amaban.

XIV

—¿Estás seguro?

—Totalmente.

Lebendig se llevó la mano a la boca y se apretó los labios, como si deseara evitar que de ellos brotara alguna inconveniencia.

—La información que tengo es buena y...

El escritor alzó la mano levemente para que su interlocutor se callara. Necesitaba silencio en aquellos momentos. Desde luego, lo que Ludwig Lehar acababa de decirle era más que suficiente para no dejarle dormir en toda la noche. Eric, que contemplaba la escena, tampoco se atrevió a musitar una palabra. No estaba seguro de haber entendido todo lo que había escuchado, pero el gesto de preocupación de Lebendig había resultado suficiente para colocarle sobre la boca del estómago un peso insoportable. Al final, no pudo más y se atrevió a preguntar:

—¿Quién es ese Heinrich Himmler?

Ludwig miró al escritor para ver si resultaba pertinente responder. Lebendig, que había parecido ausente, dio un respingo y, volviéndose hacia el muchacho, respondió:

—El Reichsführer de las SS, o sea, su jefe supremo.

—¿Son como las SA? —preguntó Eric.

—*No* —respondió el escritor—. Son mucho peores. Educados, instruidos, incluso cultos, pero dispuestos a poner sus talentos a disposición de Hitler. Matarían a su madre si ese monstruo se lo pidiera.

—¿Y por qué ha venido ese Himmler a Viena? —dijo el muchacho, totalmente desconcertado.

—Pues —respondió Lebendig—, porque, mucho me temo, Hitler ha decidido invadir Austria y está preparando a sus secuaces para que procedan a detener a todo el que se les oponga.

—Tampoco hay que ser tan pesimista... —musitó Ludwig.

—¿Pesimista? ¿Pesimista? —gritó Lebendig, mientras saltaba del sofá y se ponía en pie—. ¡Realista! ¡Eso es lo que soy! ¡Realista! Llevo años advirtiéndoos de lo que haría Hitler y no me habéis creído. Desde que tuvo que marcharse de Austria, porque aquí nadie le hacía caso, no ha dejado de

soñar con conquistar este país.

—¡Oh, vamos, Karl, no seas tan paranoico! —protestó Ludwig—. Francia, Inglaterra e Italia no se lo consentirán. Francia e Inglaterra son democracias que no van a permitir el avance de una dictadura como la de Hitler. Italia... bueno. Mussolini es amigo personal de Austria y...

—*No* seas ingenuo, Ludwig —le interrumpió el escritor—. Mussolini es un aliado de Hitler en la guerra que se libra en España y, por lo que se refiere a las democracias, ninguno de sus políticos desea perder unas elecciones por defendernos. Nadie va a mover un dedo por una nación de ocho millones de habitantes perdida en el centro de Europa. Estamos solos y más vale que te des cuenta de ello cuanto antes.

Ludwig guardó silencio y reclinó la cabeza contra el pecho. Eric miraba a los dos adultos y sentía que ninguno de ellos parecía creer en que pudiera existir un rayo de esperanza en medio de una situación confusa.

—Karl —dijo finalmente—, quizá... quizá no sea tan grave. Si los políticos de todo el mundo no lo ven... No sé... puede ser que así se evite una guerra... Mi tío murió en la guerra y mi padre... mi padre quedó enfermo ya para siempre...

—Mira, Eric, la vida no es como nosotros queremos, sino como es en realidad —respondió Lebendig—. Lo malo es que la mayoría de la gente no quiere verlo. Los políticos, los financieros, los periodistas, hasta la gente común y corriente lleva años sin querer verlo. Se habría podido detener a Hitler cuando militarizó Renania, cuando comenzó a crear un ejército, cuando quitó a los judíos la ciudadanía, pero nadie quiso hacerlo. Llevan años gritando que hay que negociar con él, que hay que dialogar con él, que hay que buscar una salida política al problema que representa. ¡Estúpidos! ¡Con el terror no se puede negociar! Ahora le dan Austria y mañana les pedirá Checoslovaquia y Polonia y Ucrania y, al final, tendremos una guerra todavía peor que la anterior, porque Hitler será mucho más fuerte de lo que era en 1933, en 1936 o ahora mismo.

Lebendig guardó silencio y Eric pudo ver cómo sus ojos se asemejaban a un mar en el que se entrecruzaban la pena, la cólera y el desaliento. El escritor no estaba orgulloso porque lo que venía preconizando desde hacía años se había cumplido. Por el contrario, sentía el inmenso pesar de haber acertado y la enorme angustia de saber que su visión del futuro no iba a resultar equivocada.

—Ésta —dijo Lebendig con un nudo en la garganta— es la tierra de

Mozart y de Mahler, de Hofmannstahl y de Roth, de Zweig y de Klimt. Aquí nació Schubert y aquí Beethoven decidió vivir y morir... De todo eso pronto no quedará nada. Sólo veremos multitudes agitando banderas con la cruz gamada y gritando que lo más importante es la sangre, la lengua y la raza. Son tan necios que acabarán determinando qué gallinas son de raza aria y cuáles no.

—Debes marcharte, Karl —dijo de repente Ludwig—. Tienes que salir de Viena cuanto antes.

Eric y el escritor miraron a Ludwig sorprendidos.

—Creo que te equivocas —dijo inmediatamente el periodista—. De verdad, estoy convencido de que exageras, Karl, pero... pero, por si acaso, por si se diera la fatalidad de que tengas razón, lo mejor que puedes hacer es marcharte.

—¿Por qué? —preguntó Eric—. ¿Qué ha hecho Karl para tener que irse?

Por primera vez desde el inicio de la conversación, Ludwig sonrió. Fue una sonrisa ancha, preludio de una carcajada que no llegó a brotar porque las circunstancias eran profundamente tristes.

—Nuestro buen amigo Karl —dijo Ludwig— tiene una batalla personal con los nacional-socialistas. Empezó a escribir contra ellos hace ya quince años, cuando Hitler intentó dar un golpe de estado en Munich. Tenías que haber leído sus artículos enfurecidos cuando le pusieron en libertad con antelación o cuando se publicó *Mi lucha,* el libro donde se contiene su programa político.

—El libro que nadie ha debido leer o que, si lo han leído, se niegan a creer —masculló Lebendig a media voz.

—Desde entonces —prosiguió Ludwig— siempre ha dicho que concurrían a las elecciones pero que no eran demócratas, y que su insistencia en la idea de una raza superior y en la unión de toda la sangre alemana en una sola nación acabarían llevándonos a una nueva guerra. Nunca se lo han perdonado.

A la mente de Eric acudieron en ese momento las imágenes del día en que había conocido a Lebendig. Ahora entendía por qué algunos de los muchachos ataviados con camisas pardas le habían reconocido y por qué se habían acercado a él de aquella manera que tanto le había llamado la atención.

—Karl —dijo inmediatamente, con las palabras saliendo a borbotones

—, tienes que irte. Tienes que irte de Viena.

El escritor le miró con el ceño fruncido. Por un instante permaneció callado, pero enseguida abrió los labios con la intención de responder al estudiante. No llegó a hacerlo. Un ruido bronco, áspero, insoportable, llenó la estancia.

Lebendig cerró la boca y se precipitó hacia el balcón. Apenas abrió la puerta, los sonidos que procedían de la calle se convirtieron en opresivos. Se apoyó en la barandilla y, rígido, como si evitara caer en el vacío, miró hacia abajo.

Ludwig y Eric apenas tardaron unos instantes en reunirse con él. La calle, generalmente silenciosa y aislada, se había convertido en un hervidero de uniformes pardos y banderas rojas con un círculo blanco en su centro, en el que destacaba la cruz gamada. Taconeaban los adoquines de manera rítmica, poderosa, violenta, y, al mismo tiempo, entonaban un himno en el que anunciaban que iban a acabar con la reacción de las derechas y con el frente rojo, y que para conseguirlo contaban incluso con el apoyo de los camaradas que ya habían muerto.

No hubiera podido decir Eric cuánto tiempo estuvieron deslizándose aquellas interminables filas pardas por la calzada apenas iluminada por la luz mortecina de las farolas. Sin embargo, cuando finalmente el último nacional-socialista dobló la esquina de la calle y se perdió siguiendo a sus compañeros por la avenida de la izquierda, aquella canción seguía sonando en sus oídos y en su mente, anunciándole que estaba a punto de empezar una nueva era.

XV

Eric intentó abrirse camino, pero no tardó en descubrir que semejante deseo no podía traducirse en realidad. La gente abarrotaba la Heldenplatz y el Ring de tal manera que el simple hecho de moverse resultaba totalmente imposible. Eran decenas de miles de personas, pero parecían las distintas células de un solo organismo, de un cuerpo único que se moviera al unísono. De lugares que el estudiante ni siquiera podía imaginar habían emergido para ocupar calles y plazas, paseos y avenidas. Ahora, borrachos de entusiasmo, saludaban brazo en alto a aquel hombre que sólo hacía unas horas había aterrizado en Viena.

Mientras intentaba respirar, oprimido por aquella inmensa masa de gente, Eric recordó la conversación que Ludwig y él habían mantenido con Karl Lebendig tan sólo un día antes. No se había equivocado el escritor. El 11 de marzo, Himmler había llegado a Viena con la única intención de organizar las detenciones de todos los que pudieran oponerse a los nacional-socialistas. El 12, después de comer, Hitler había cruzado la frontera de Austria para llevar a cabo uno de sus más anhelados sueños: la conquista del país en el que había nacido. En primer lugar, se había dirigido a Linz, la ciudad en la que había pasado buena parte de su infancia. A juzgar por lo que se escuchaba en las más variadas emisoras de radio, los austríacos habían recibido a su paisano totalmente enfervorizados. Se hubiera dicho que llevaban años, hasta décadas, esperando su regreso y que, una vez que éste había tenido lugar, la felicidad había irrumpido en sus vidas como un torrente. Ahora, en la tarde del 14 de marzo de 1938, el aeroplano de Hitler había tomado tierra en Viena y el recibimiento aún había resultado más entusiasta.

Aunque en las jornadas anteriores los camisas pardas habían ocupado todos los edificios oficiales y no habían dejado de marchar por las calles, Eric no pensaba que pudieran apoderarse de Viena de aquella manera. Sobre todo, lo que no podía entender era cómo la ciudad se había transformado en una inmensa marea humana que sólo sabía —y quería— aclamar a Hitler. Durante toda su vida, Eric había residido en el campo, donde la gente podía sumarse a una procesión o a una fiesta, pero no a una manifestación política. Su llegada a la capital no había cambiado, en absoluto, esa percepción de la

realidad. Era cierto que no había contemplado en ningún momento a multitudes en pos de una imagen, pero las iglesias solían llenarse los domingos y lo mismo podía decirse del Prater o del Ring, sin que los motivos estuvieran nunca relacionados con ningún partido. Ahora, empero, daba la impresión de que Viena había rasgado las vestiduras que cubrían su corazón y que éste, ya desvelado, era rojo con un círculo blanco en el que resplandecía la cruz gamada.

Quizá lo mejor que podía hacer ahora era esperar a que terminara aquel acto de masas y la gente se marchara a su casa. Sí, eso es lo que iba a hacer, y luego se dirigiría al piso de Lebendig. Apenas acababa de llegar a esa conclusión, cuando la muchedumbre que lo rodeaba se vio sacudida por una fuerza tan sólo semejante a la electricidad. Escuchó entonces algunas voces que gritaban: *«Er ist! Ist er der Führer!»*[1] y antes de que pudiera darse cuenta cabal de lo que acontecía los brazos de los presentes se irguieron rígidos trazando el saludo romano, a la vez que de miles de gargantas surgía un rugido que gritaba: *«Heil!»*.

Hasta ese momento, Eric tan sólo había sentido desconcierto e incomodidad. Sin embargo, ahora la curiosidad se apoderó de él. Conteniendo la respiración, se empinó sobre la punta de sus pies e intentó contemplar lo que estaba sucediendo. Entonces lo vio.

Se acercaba en un coche descubierto, de pie al lado del conductor, vestido con un impermeable y tocado con una gorra militar. Rígido como una estatua, su brazo derecho estaba echado hacia atrás hasta el punto de que los nudillos casi rozaban el hombro. De repente, bajó la diestra, la llevó hasta el pecho y nuevamente la desplegó trazando el saludo romano. Un coro ensordecedor de gritos acogió aquel gesto, mientras el automóvil pasaba ante Eric. Era rechoncho, de estatura media y gesto adusto, y el estudiante no pudo dejar de preguntarse lo que las gentes podían ver en aquel hombre que a él sólo le ocasionaba una desagradable sensación de frío.

Durante un rato, aquel cuerpo formado por miríadas de brazos alzados y gargantas fanatizadas se mantuvo compacto. Luego, como si obedeciera a una orden que nadie, salvo aquellos adeptos, podía escuchar, se deshizo con una extraña celeridad. Cinco, ocho, doce minutos y la calle quedó sembrada de banderitas de papel, de guirnaldas caídas y de restos de mil materiales que Eric no pudo identificar. Mientras los grupos se deshilachaban perdiéndose por esquinas y callejas, el estudiante experimentó un sentimiento opresivo de soledad, como si el mundo entero huyera hacia un lugar adonde él no podía

marcharse. Un sudor frío comenzó a deslizarse por su espalda y entonces, apenas hubo dado unos pasos, apoyó las manos en un muro para no caer. Inspiró hondo, pegó la espalda contra la pared y cerró los ojos. Permaneció así unos instantes a la espera de recuperar la calma, pero no lo consiguió del todo. Al final, cuando sintió que su respiración volvía a ser casi normal, abrió los párpados y reemprendió el camino.

Salvo algunos grupos reducidos con los que se cruzó, hubiera podido pensar que Viena estaba desierta. No conservaba la ciudad la alegría, el bullicio, el ánimo que habían sido normales hasta ese momento. Tan sólo se veía en sus calles residuos, deshechos, detritus de aquella manifestación del triunfo del nacional-socialismo.

Eric necesitó casi una hora para llegar a la casa de Lebendig. Se sentía menos aturdido, pero su mente y su corazón estaban rebosantes de las imágenes que había contemplado. En su memoria se agolpaban esvásticas y brazos alzados, gritos y aclamaciones, niños enfervorizados y mujeres enloquecidas, jóvenes entusiasmadas y hombres que lloraban de emoción. Cruzó el umbral y a grandes zancadas salvó el espacio que le separaba de la portería. La puerta estaba entreabierta, como siempre, pero ya no se veía la bandera roja e incluso tuvo la sensación de que faltaban muebles.

Mientras se preguntaba por el significado de aquello, comenzó a subir los escalones. Poco antes de llegar a la altura del segundo piso, distinguió a dos mocetones vestidos con camisas pardas. No debían de ser mucho mayores que él, pero medían por lo menos un metro noventa de estatura y tenían un aspecto robusto, como si se ejercitaran en algún deporte de manera constante y sistemática. Ascendió los peldaños que faltaban para llegar al descansillo y pudo ver que un hombre y un niño hacían entrar por la puerta de uno de los pisos lo que parecía una cómoda vieja y desportillada.

—¿Estás seguro de que no necesitas ayuda? —preguntó uno de los muchachos de las SA.

—No, no —aseguró el hombre con un movimiento de cabeza—. Mi hijo y yo nos bastamos. Total, hemos sido trabajadores toda la vida.

Los SA sonrieron con una mueca de complicidad. Parecían tan entretenidos que se limitaron a responder al saludo de Eric, sin reparar en él. El estudiante llegó al piso cuarto, donde vivía Lebendig, escuchando en pos de sí las voces joviales de los nacional-socialistas. Parecían muy divertidos, casi simpáticos.

Lebendig apenas tardó unos instantes en abrirle, pero no pareció

contento de verle.

—Es peligroso venir por aquí —le dijo nada más cerrar la puerta tras ellos.

—Quería saber cómo estabas... —respondió el muchacho.

—Sobrevivo —contestó el escritor, mientras se adentraba por el pasillo.

Alcanzó Eric el salón, pero no llegó a cruzar la puerta. El lugar en el que había pasado tantas horas desde su primer día en Viena parecía haber experimentado una extraña mutación. Casi todas las estanterías, que antaño habían estado abarrotadas de libros, se encontraban ahora vacías y el suelo aparecía lleno de cajas, en las que reposaban los volúmenes.

—¿Te marchas, Karl? —preguntó el estudiante, apenas se repuso de la sorpresa.

—No, en absoluto —respondió Lebendig—. Estoy vendiendo la biblioteca.

La boca de Eric se abrió como si se le hubiera desprendido la mandíbula inferior, pero fue incapaz de articular una sola palabra. ¿Seguro que había escuchado bien? ¿Realmente el escritor se estaba desprendiendo de sus libros? ¿Podía ser verdad algo semejante? Se debatía en medio de aquellos interrogantes, cuando un hombrecillo de perilla gris, seguido por un muchachote de espaldas anchas y manos como palas, salió del dormitorio de Lebendig.

—Sí —dijo dirigiéndose al escritor—. No me había equivocado yo en el cálculo. Mantengo la oferta, *Herr* Lebendig, pero no puedo darle un céntimo más.

—No es bastante —exclamó Karl—. Necesitaría casi el doble.

—No le digo que no, *Herr* Lebendig, pero una cantidad así se encuentra fuera de mis posibilidades.

—Ya... —musitó el escritor, mientras se llevaba la diestra al mentón y comenzaba a frotarlo.

—No deseo ser tacaño —insistió el hombrecillo—. Usted sabe que le aprecio, pero es que sus libros no valen más...

—¿Le interesaría una colección de documentos autógrafos? —preguntó repentinamente Lebendig.

Las pupilas del comprador se fruncieron hasta parecer diminutas cabezas de alfiler. Sin duda, la oferta le parecía interesante, pero no estaba dispuesto a correr riesgos.

—¿Qué clase de documentos, *Herr* Lebendig? —preguntó al fin.

—De todo tipo —respondió el escritor con una sonrisa—. Tengo una partitura firmada por Mozart... una carta de Napoleón, una dedicatoria de Mussolini y... ¡oh, estoy seguro de que esto le va a interesar! Una firma del mismísimo Hitler.

El comprador intentó mantener la calma durante toda la exposición de Lebendig, pero al escuchar la última frase no pudo evitar que la codicia le asomara a los ojos igual que una rata que preparase la salida de una alcantarilla.

—Con los tiempos que corren, esa firma puede valer su peso en oro —continuó Lebendig.

—No sé, no sé... —fingió desinterés el librero—. En política puede suceder cualquier cosa...

—Lo toma o lo deja —le interrumpió con firmeza Lebendig—. Mi biblioteca *y* la colección... por la suma total, claro está.

—Es demasiado riesgo... —dijo quejumbroso el comprador.

—Le entiendo —volvió a interrumpirle el escritor—. No se preocupe. Ya buscaré a otra persona.

Lebendig acompañó la última frase de un gesto, educado pero firme, destinado a expulsar al librero del salón.

—Espere, espere, se lo ruego —exclamó el hombre de la perilla a la vez que alzaba ambas manos—. No estoy seguro pero... pero, en fin, me consta que pasa usted un mal momento... Pierdo dinero, se lo aseguro, pero ha dado usted tantos momentos de gloria a las letras de este país... Se lo compro, se lo compro todo por el precio que me ha pedido.

Acompañó las últimas palabras de gestos resueltos encaminados a abrirse la chaqueta y a extraer de un bolsillo interior una cartera de piel de cocodrilo.

—Aquí tiene —dijo, mientras sacaba y contaba los billetes—. Tómelo antes de que me arrepienta.

Lebendig alargó la mano derecha con parsimonia y cogió el dinero que le ofrecía el comprador. Luego lo contó lenta y meticulosamente, como si le complaciera atizar la impaciencia del hombre de la perilla.

—Sí —dijo al fin—. Está bien. Llévese todo, salvo los libros de esa estantería. Ésos deseo conservarlos.

El librero echó mano del álbum donde el escritor guardaba los autógrafos y con gesto rápido se lo colocó bajo el brazo, como si allí pudiera estar más a cubierto de posibles ladrones.

—Enviaré a un par de empleados a llevarse los libros mañana por la mañana —dijo, mientras tendía la mano al escritor.

—Aquí estaré esperándolos —respondió Lebendig, a la vez que se la estrechaba.

Eric observó que el escritor veía desaparecer al hombre de la perilla y a su acompañante con una leve sonrisa, como si en medio de aquel episodio tan triste pudiera hallar algún elemento cómico que a él se le escapaba.

—¿Qué ha pasado con el portero? —preguntó el estudiante apenas se cerró la puerta de la calle—. ¿Lo han detenido los camisas pardas?

—¿Al portero? —exclamó Lebendig, mientras la cara se le llenaba con una sonrisa a medias divertida y a medias amarga—. ¿Por qué piensas eso?

—Bueno, era comunista... —respondió Eric—. Rose y yo vimos la bandera roja que tenía en su taquilla.

—Sí —concedió Lebendig mientras tomaba asiento en el sofá—. Seguramente era comunista, pero dejó de serlo en cuanto que los seguidores de Hitler conquistaron las calles. Ha debido de convencerlos muy bien, porque le han dado uno de los pisos de la segunda planta para que viva en él con su familia.

—¿Era un piso vacío?

—No —respondió Lebendig—. No lo era. Vivían unos judíos, pero el portero debió de informar a los camisas pardas de que era una lástima que semejante vivienda estuviera en manos de gente que pertenecía a una raza inferior y, además, dañina. Cuando salí esta mañana a tomar café, ya no estaban y el portero había empezado a trasladar sus muebles.

—Hay que reconocer que ha salido ganando con el cambio... —dijo Eric, aún estupefacto por lo que acababa de escuchar.

—No será el único —resopló Lebendig con pesar—. Me temo que en los próximos días vamos a descubrir que había centenares de miles de partidarios de Hitler en este país. Por supuesto, durante todos estos años lo ocultaban tanto que seguramente ni ellos mismos lo sabían.

Eric guardó silencio. No estaba seguro de entender lo que Lebendig le estaba diciendo y, por otro lado, lo que pudiera suceder con el portero no le importaba mucho. En realidad, su curiosidad discurría en esos momentos por otro lado.

—Karl —dijo al fin, armándose de valor—. ¿De verdad que no tienes intención de marcharte de Viena?

Karl volvió la vista y en su mirada se concentraron la simpatía, el

aprecio y la ternura que le provocaba el muchacho.

—No —respondió—. No tengo la menor intención de abandonar Viena.

XVI

Durante los días que siguieron a la visita relámpago de Hitler a Viena, todo pareció regresar a la normalidad. Era verdad que los miembros de las SA parecían haber ocupado todos los edificios de importancia y que no faltaban banderas con esvásticas colgadas de las ventanas y balcones de casi cada casa. Sin embargo, los comercios seguían abiertos, las escuelas continuaban impartiendo clases y los trabajadores acudían cada mañana a su empleo para ganarse la vida. No faltaban los rumores de detenciones, pero éstas debían de tener lugar sin ser vistas y, de momento, la mayoría de la gente se sentía tranquila.

El mismo Eric no dejó de asistir a la Academia de Bellas Artes y apenas percibió diferencias con lo que había vivido en los meses anteriores. Los seguidores de Hitler eran claramente visibles por insignias, brazaletes e incluso uniformes, pero no parecía que aquello influyera en exceso en la vida corriente. De hecho. Rose y Eric no interrumpieron sus paseos a la salida de clase.

Fue precisamente entonces cuando Sepp volvió a hacer acto de presencia. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que lo había visto en clase y se había modificado tanto su aspecto exterior, que Eric necesitó unos instantes para reconocerle. Sin duda, había crecido en aquellos meses que había estado ausente de la Academia de Bellas Artes, pero, además de su estatura, también el porte de Sepp había cambiado de manera radical. Sus cabellos rubios destacaban más sobre una tez ahora bronceada y su cuerpo parecía haber adoptado un aspecto especialmente musculoso y fuerte.

Entró en el aula con paso firme y descendió los escalones en dirección al lugar donde estaban sentados Eric y Rose. Sin embargo, contra lo que había temido Eric nada más descubrir su presencia, no miró a la muchacha. En realidad, se esforzó por apartarla de su campo visual. Luego clavó la vista en el estudiante y, colocándose los puños en la cintura, dijo:

—¿Cómo te van las cosas?

—Bien, muy bien. ¿Y a ti? —respondió Eric con toda la rapidez que pudo.

—Extraordinariamente —dijo Sepp, mientras seguía contemplándolo de

hito en hito.

—Me alegro —mintió Eric, sosteniendo la mirada del camisa parda.

Una sonrisa pegajosa se posó sobre el rostro de Sepp al mismo tiempo que levantaba la mano derecha y chasqueaba los dedos pulgar y corazón.

Un camisa parda acudió al escuchar a Sepp y, echando mano a una bolsa que llevaba en bandolera, sacó un periódico y se lo tendió.

—La última vez que nos vimos —dijo Sepp, mientras cogía el panfleto sin dejar de mirar a Eric—, hablamos de algunas cosas muy interesantes. Los nacional-socialistas no pretendemos convencer a los viejos que son presa de prejuicios rancios, pero sabemos que la juventud está con nosotros, porque nuestro es el porvenir. Creo que te vendrá muy bien leer esto.

Eric tomó el periódico mientras se esforzaba en seguir manteniendo la mirada de Sepp.

—Lo leeré. Gracias —dijo, intentando no parpadear.

Sepp no respondió. Se cuadró militarmente, estiró el brazo en el saludo romano y dijo con voz bronca: —¡Heil Hitler!

Nadie respondió al grito de Sepp, que enseguida dio media vuelta y comenzó a subir los peldaños que conducían hacia la salida.

—¡Qué desagradable es este muchacho! —dijo Rose, apenas Eric se hubo sentado a su lado—. ¿A quién pretende impresionar con ese uniforme y esos correajes?

Eric se mantuvo callado, pero algo en su interior le decía que Sepp buscaba causar más el temor de los hombres que la admiración de las mujeres.

—Es un estúpido —continuó hablando Rose—. ¿A quién se le ocurre entrar así en una Academia de Bellas Artes? ¿Qué se ha creído? ¿Que esto es un cuartel de las SA?

Eric no respondió a ninguna de las preguntas. Ni siquiera sentía la tentación, que hubiera debido reprimir, de responder a Rose dejando de manifiesto lo necio y odioso que era Sepp. Se limitó a guardar la publicación en su cartapacio y recibió con alivio la entrada del profesor en clase.

A pesar de que se sentía preocupado por la situación de Lebendig, Eric no era víctima de una inquietud especial tras la conquista del poder por los nazis. En la Academia se veía ocasionalmente a algún alumno con símbolos nacional-socialistas, pero no había presenciado ninguna pelea, ninguna algarada, ningún incidente que mereciera el calificativo de desagradable. Por otra parte, lo que para él era más importante, las clases, habían continuado

como si nada hubiera cambiado en Austria. Desde luego, si los profesores sentían algo, lo ocultaban con un éxito absoluto.

Aquella mañana, Eric se comportó de una manera totalmente normal. Atendió en el aula, realizó los ejercicios pertinentes y luego acompañó a Rose hasta su casa. Tan sólo cuando se dirigía hacia la pensión de *Frau* Schneider reparó en un pajarillo de plumas azuladas, que se desplazaba dando saltitos por encima de los barrotes de una verja baja. Jamás había contemplado el estudiante un animal como aquel y ahora su gracia y, sobre todo, su colorido poco habitual le impulsaron a querer dibujarlo. Abrió el cartapacio para sacar un papel y entonces contempló la portada de la publicación que le había entregado Sepp.

En un apretado conjunto aparecían agrupados unos cuerpos infantiles que también podrían haber pertenecido a unos ángeles, dado que sobrevolaban por encima de unas cabezas indudablemente humanas. Humanas, sí, aunque repugnantes. Sus rostros, gordezuelos y coronados por negros cabellos ensortijados, destacaban no sólo por unas horribles narices ganchudas, sino también por servir de sede a unos ojos caracterizados por la maldad y la avidez. Aquellos seres repugnantes, cuyas facciones no pertenecían a ninguna raza que Eric hubiera visto jamás, recogían en bandejas la sangre que brotaba de los seres etéreos que flotaban sobre ellos. Que se trataba de repulsivos recolectores de sangre inocente parecía, pues, obvio, pero ¿quiénes eran y a quiénes arrancaban el fluido vital?

Sumido en el estupor, Eric decidió averiguarlo. Sin embargo, a medida que se adentraba en la lectura de aquel periódico, sus preguntas no sólo no encontraban respuesta sino que se iban multiplicando casi con cada página que pasaba. Para empezar, una cita de Voltaire, el filósofo francés modelo de la Ilustración del siglo XVIII**,** afirmaba que «los hurones, los canadienses y los iroqueses eran filósofos humanitarios comparados con los israelitas». A continuación, unas letras mayúsculas del alfabeto gótico afirmaban: EXPOSICIÓN DEL PLAN JUDÍO CONTRA LA HUMANIDAD NO JUDÍA. Debajo se indicaba: I. EL PUEBLO ASESINO.

Lo que venía después era una colección de citas de diversas obras que, supuestamente, probaba la existencia de un plan judío destinado a lograr el exterminio de los que no pertenecían a su raza. No pudo el joven entender mucho de aquellas frases, pero cuando se adentró en el relato de los asesinatos comenzó a sentir un vago malestar. Se trataba de historias truculentas en las que un grupo de judíos daba siempre muerte a un gentil,

valiéndose de un método especialmente sanguinario. Así, refiriéndose a Helmut Daube, un muchacho asesinado en la noche del 22 al 23 de marzo de 1932, el folleto afirmaba: «A las cinco sus padres lo encontraron muerto, en la calle, frente a su casa. Su garganta había sido seccionada hasta la espina dorsal, y sus órganos genitales habían sido extirpados. Casi no se encontró sangre. Las manos de este infortunado muchacho estaban deshechas en pedazos y su abdomen mostraba numerosas heridas de cuchillo».

Eric apartó la vista del texto. ¿Podía ser verdad aquello que estaba leyendo? ¿Realmente entraba dentro de las leyes secretas de los judíos el propósito de matar a los que no pertenecían a su religión? ¿Podía ser cierto que en algunas de sus festividades se dedicaran a buscar a inocentes con la única finalidad de sacrificarlos, primero, y desangrarlos después? Se llevó la diestra hasta la boca y, por un instante, se pellizcó los labios. Luego volvió a dirigir la mirada hacia aquellas páginas recubiertas de apretujados caracteres y continuó leyendo.

El siguiente capítulo aún le resultó más sobrecogedor que lo que había leído hasta ese momento. En él se enseñaba que los judíos sacrificaban durante su fiesta de Pascua, denominada Pésaj, «a un inocente niño no judío en vez de a Cristo». Luego venían relatados docenas y docenas de ejemplos destinados a mostrar la veracidad de aquel aserto. De acuerdo con ellos, a lo largo de los siglos, los judíos habían crucificado a niños inocentes durante la Pascua, valiéndose para conseguirlo de medios como el secuestro, la esclavitud o el engaño. Los habían asesinado en Siria y Alemania, en Inglaterra y Suiza, en Hungría y España, en Rusia e Italia. Casi podría decirse que no existía un solo lugar que los hubiera acogido sin ser testigo de alguno de aquellos crímenes rituales.

Cuando, finalmente, Eric concluyó la lectura de la publicación que le había entregado Sepp, era presa de la mayor de las confusiones. Hasta ese momento, sus conocimientos sobre los judíos eran muy escasos. Sabía, claro está, que las autoridades religiosas que habían llevado a Jesús ante Pilato para que lo crucificara eran judías, pero también era consciente de que el mismo Jesús era un judío, hijo de una virgen judía, y que todos sus primeros discípulos, incluido san Pablo, que había predicado el Evangelio a los gentiles, eran judíos. En otras palabras, históricamente, habían existido judíos buenos y malos, pero esa división moral se daba también entre los austriacos y, sin duda, en los demás pueblos. Por lo demás, Eric apenas se había encontrado con judíos a lo largo de su breve existencia. En su pueblo no

existían y en Viena tan sólo había tenido ocasión de ver —y no mucho— a los vecinos de Lebendig, que, dicho sea de paso, habrían podido pasar por católicos por su aspecto exterior y no se parecían lo más mínimo a los monstruos sanguinarios dibujados en la portada de *Der Stürmer*. Ahora, sin embargo, tenía que reconocer que toda aquella visión había recibido un golpe de una enorme dureza.

Eran tantos los casos citados por aquella publicación que no se le pasó por la cabeza pensar que se tratara de una mentira y si todo era verdad... bueno, si todo era verdad, si realmente los judíos raptaban, torturaban, castraban, asesinaban y desangraban a criaturas inocentes... si eso era cierto, eran un pueblo despreciable, que debía ser objeto de los castigos más severos.

Reflexionaba en todo esto cuando, de repente, a la cabeza le vinieron las imágenes de aquel día en que había visitado a Lebendig acompañado de Rose y de Sepp. ¿Qué pensaría Lebendig de una cosa como aquella? En realidad, como había dicho Sepp, ¿era simplemente un viejo cargado de prejuicios? Se formulaba estas preguntas cuando su mirada tropezó con la esfera de su reloj de pulsera. Era tarde, pero quizá... Dobló el periódico con cuidado, casi con respeto, y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. Luego echó mano de su carpeta y se encaminó hacia la casa del escritor.

Afortunadamente para Eric, el camino le resultaba tan conocido que sus pies lo siguieron sin que tuviera que prestar una atención especial a las calles e incluso a los cruces. De otra manera, jamás habría llegado, porque su mente estaba del todo embriagada por lo que había leído y, como cualquier borracho, había perdido el contacto con la realidad.

Pasó ante la portería sin saludar, pero no por mala educación sino, simplemente, porque no se percató de que el nuevo inquilino del segundo seguía trabajando en aquella angosta taquilla. Luego, de forma cansina, fue subiendo los peldaños hasta llegar al cuarto piso. Sólo cuando se encontró ante la puerta de Lebendig pareció Eric salir de aquel estado hipnótico. Sacudió entonces la cabeza, como si pretendiera despejarse tras un sueño prolongado y tocó al timbre.

No tardó en escuchar unas pisadas que se iban acercando por el pasillo y que, finalmente, llegaron hasta la entrada. Luego sonó la cerradura y la puerta se abrió.

—¡Ah! —dijo Lebendig con gesto de sorpresa—. ¿Eres tú? Me encuentras aquí de puro milagro. Bueno, no te quedes ahí como un pasmarote y pasa.

Antes de que Eric realizara el menor ademán, Karl se dio media vuelta y volvió a desaparecer por el corredor. El muchacho lo siguió, llegó hasta el salón y se dejó caer en el sofá. Luego sacó del bolsillo *Der Stürmer* y se lo tendió a Lebendig.

—Acabo de leer esto —dijo con voz tensa.

El escritor frunció el ceño y dio unos pasos hacia su amigo. A continuación, echó mano de la publicación y la desdobló. Eric pudo ver cómo recorría el interior de la boca con la punta de lengua en un gesto que no resultaba fácil de interpretar. Lebendig se detuvo unos instantes en observar el dibujo de la portada y luego ojeó con bastante rapidez el resto del periódico. Para sorpresa del muchacho, no parecía ni interesado ni impresionado por aquellos escalofriantes relatos.

—Es terrible lo que llevan haciendo los judíos durante siglos —exclamó Eric, que se sentía un tanto decepcionado por la actitud de Lebendig—. No comprendo cómo no se ha hecho nada hasta ahora para evitar estos crímenes... no, no lo entiendo.

Karl dobló *Der Stürmer* y luego se lo tendió al muchacho.

—Eric —dijo, una vez que el estudiante lo hubo recogido—, eres católico, ¿verdad?

—Sí —respondió el muchacho, un tanto desconcertado—, pero... pero no me estás haciendo caso. ¿No te das cuenta de lo que dice ese periódico?

—Cómo católico, ¿qué piensas del papa? —preguntó Lebendig, como si no hubiera escuchado la pregunta de su amigo.

—¿Del... del papa? —exclamó Eric—. No te entiendo, Karl, de verdad que no te entiendo... Te estoy contando esto y me sales con el papa... Si no quieres hablar conmigo, me lo dices y en paz.

Apenas hubo pronunciado la última frase, Eric se sintió mal. Su tono había sido muy desabrido y le pesaba el haber dirigido así la palabra a un hombre que le había tratado bien desde el primer día.

—Perdona, Karl —dijo al fin sintiéndose culpable—. Es que esto es muy importante... Yo creo que... el papa es el vicario de Cristo en la tierra.

—Bien —exclamó Lebendig—. Eso quiere decir que lo representa.

—Pues sí... eso creo —dijo Eric.

—Bien. Supón entonces que alguien te dijera que una cosa es verdad y el papa afirmara todo lo contrario. Como católico, ¿a quién creerías? ¿A un hombre común y corriente o a la persona a la que consideras representante de Cristo en la tierra?

—Pues... creo que al papa... —respondió el muchacho sin mucha convicción y, sobre todo, sin entender hacia dónde deseaba llegar su amigo.

Lebendig se acercó a la estantería más cercana a la puerta de su dormitorio, donde aún reposaban una veintena de libros. Apenas tardó un instante en dar con el libro deseado, algo fácil si se tenía en cuenta que era el magro resto de una gran biblioteca, vendida al comprador de la perilla gris.

—Escucha esto —dijo Karl—: «La justicia divina no rechazó al pueblo judío hasta el punto de negar la salvación a los que sobreviven. Por eso resulta un exceso digno de censura y una crueldad indigna el que los cristianos, alejándose de la mansedumbre de la religión católica, que permitió a los judíos permanecer en medio de ella y prohibió que se les molestara en el ejercicio de su culto, lleguen por codicia o por sed de sangre humana a despojarlos de lo que poseen, a martirizarlos y a matarlos sin juicio. Los judíos que viven en nuestra provincia han presentado últimamente ante la Santa Sede, suplicándole que ponga remedio, quejas contra algunos prelados y señores de esta provincia, que para tener un pretexto para encarnizarse contra ellos, les acusan de la muerte de un adolescente asesinado secretamente en Valreas. Debido a esta acusación, algunos judíos fueron arrojados a las llamas; otros, privados de sus bienes, fueron expulsados de sus dominios; sus hijos, en contra de la costumbre que quiere que una madre eduque a sus hijos para la libertad, son bautizados a la fuerza, y todo eso sin que se haya probado legalmente ningún crimen, sin que haya habido ninguna confesión por su parte. No queriendo tolerar semejantes cosas, de las que no deseamos hacernos responsables ante Dios, ordenamos que se someta al principio de legalidad todo lo que fue emprendido a la ligera contra estos judíos por los prelados, los nobles y los funcionarios del reino, que no se permita más que los judíos sean molestados arbitrariamente por estas acusaciones y otras semejantes...»

Lebendig apartó la mirada del libro y, mirando a Eric, le dijo:

—¿Sabes quién escribió esto?

El estudiante negó con la cabeza.

—Fue el papa Inocencio IV —dijo Karl—. ¿Y sabes a quién dirigió la carta?

Eric volvió a mover el cuello en un gesto de negación.

—Al mismísimo arzobispo de Viena —exclamó Lebendig.

—Pero... pero en ese periódico dice que usan la sangre para sus ritos —protestó Eric, desconcertado.

Karl pasó algunas páginas del libro que tenía en las manos y a continuación leyó:

—«Para refrenar la codicia y la maldad de los hombres, prohibimos saquear y violar las tumbas de los judíos o desenterrar sus cadáveres con el pretexto de buscar dinero, como también prohibimos acusar a los judíos de utilizar sangre humana en sus ritos, porque en el Antiguo Testamento se les ordena no mancharse con ninguna sangre en general y no sólo la sangre humana».

—¿Y eso quién lo escribió? —preguntó Eric sorprendido.

—Es la bula papal de 25 de septiembre de 1253, confirmada posteriormente por los papas Gregorio X y Pablo III —respondió Lebendig.

—Pero si lo dice un periódico... —musitó Eric.

—¡Ja! —exclamó con voz amarga Karl—. ¡Si lo dice un periódico! Lenin escribió en Rusia que había que fusilar y encerrar a la gente en campos de concentración y causó millones de víctimas. Stalin escribió lo mismo y causó millones de víctimas. Hitler también lo ha escrito y acabará causando millones de víctimas. La prensa, desgraciadamente, no siempre dice la verdad, Eric. En ocasiones, como en ese periodicucho, lo único que hace es contar mentiras que acabarán provocando más derramamiento de sangre... ¡Vamos, si hasta los papas han reconocido que la acusación de asesinato ritual es falsa!

Lebendig guardó silencio un instante y luego se acercó a un par de pasos de Eric y, levantando la voz, exclamó:

—Pero, ¿cómo puede un católico creer más en un periódico nacional-socialista que en el papa?

El muchacho guardó silencio. Sí, quizá su amigo Karl estuviera en lo cierto. Quizá todas aquellas afirmaciones no eran sino una acumulación de mentiras nacidas en el seno de aquel partido, cuya violencia ya había tenido ocasión de contemplar. Quizá todos los ataques contra los judíos nacían sólo del odio y de la codicia, pero no de la razón. Quizá...

—No sabía que fueras católico —dijo al fin.

—Es lógico que no lo supieras —comentó Karl con una sonrisa—. No lo soy.

XVII

—Soy protestante —dijo al fin Lebendig—. Sé que no es algo muy común en Austria, donde apenas representamos un cinco por ciento de la población, pero la verdad es que siempre me he sentido muy a gusto en medio de este católico pueblo y creo que lo mismo les ha sucedido a los judíos hasta hace unos días. Hasta ahora, tanto unos como otros hemos podido vivir en paz... por más que algunos se sintieran molestos.

—No parece que la gente sienta mucho que Hitler gobierne ahora Austria... —pensó en voz alta Eric.

—Tampoco parece que lamenten las detenciones —dijo Lebendig con la voz impregnada de tristeza.

—Yo no he visto ninguna detención —comentó el estudiante.

—Y seguramente no la verás. ¿No creerás que van a ser tan estúpidos como para llevarse a la gente a plena luz del sol? No, de momento prefieren actuar en secreto para no preocupar a las personas decentes.

Eric guardó silencio. Quizá lo que decía su amigo era cierto, quizá actuaban al abrigo de las sombras, quizá...

—Tengo que deshacerme de algunos papeles y por eso estoy ahora en casa —dijo al fin Lebendig—. ¿Querrías echarme una mano?

El estudiante asintió con la cabeza.

—Bien. Entonces enciende la chimenea —dijo Lebendig—. Bastará con que hagas unas bolas de papel, les prendas fuego y las acerques a algunos leños. Las cerillas están encima de la mesita.

Mientras Eric se afanaba por llevar a cabo la petición de su amigo, Lebendig fue colocando unas cajas de cartón en el suelo y comenzó a sacar papeles y fotografías. Apenas pasaron unos minutos antes de que unas llamas rojiamarillas aparecieran en el hogar, creando sombras caprichosas en el interior de la chimenea.

—Bien —dijo el escritor cuando vio el fuego—. Ve arrojando los papeles que te dé.

Primero, se trató de folios cubiertos de notas, de artículos, de reflexiones. Uno a uno cayeron en aquella boca flamígera para retorcerse efímeramente antes de verse reducidos a un montoncito negruzco de cenizas.

Luego Lebendig le pasó lo que parecían cartas. Las había de todos los tamaños, colores y formas; en papeles grandes y pequeños, amarillos y blancos, pautados y lisos. Sin embargo, a pesar de su abundancia, ofrecieron menor resistencia a las llamas.

—Empuja bien las cenizas —dijo Lebendig, a la vez que le tendía un trozo de metal que recordaba vagamente a un atizador—. Tenemos que acabar con esto cuanto antes.

Eric empujó las cenizas y continuó lanzando las cartas al fuego. Llevaba haciéndolo unos minutos cuando del sobre que sujetaba con la mano derecha se escapó un trozo de papel que, planeando, cayó sobre el suelo. Se agachó el estudiante a recogerlo y pudo ver algunas líneas escritas con una letra extraordinariamente extendida. Al final, casi en un solo trazo, se podía ver una firma que decía: «Tanya tuya». Fue leer aquello y sentir que su amigo se estaba equivocando en la selección de materiales destinados a la hoguera.

—Karl —dijo mientras sujetaba con fuerza el trozo de papel—. Es una carta de Tanya...

Lebendig dejó caer los papeles que llevaba en la mano y luego, de una zancada, se colocó al lado de Eric y tomó la carta, le echó un vistazo rápido y la arrojó al fuego.

—Sé de sobra lo que estoy quemando —dijo Lebendig, mientras le miraba directamente a los ojos.

Eric continuó arrojando a las llamas los papeles que le entregaba el escritor, pero ahora no pudo evitar escudriñarlos. Así vio que por sus manos pasaban no sólo las cartas de Tanya, sino también fotos antiguas de niños sonrientes, dibujos indecisos trazados con lápiz y objetos diminutos de cristal, madera y cartón. Ante sus ojos aparecieron animales extraños y recipientes desconocidos; desfilaron razas nunca vistas y atuendos pintorescos; y se mostraron monumentos situados en lugares del globo donde casi siempre reinaban las nieves o en los que los desiertos circundaban los edificios. Sin embargo, en casi todas las fotos aparecían retratados Tanya y Lebendig. Él estaba más grueso, pero también más joven; ella, por el contrario, parecía igual con el paso de los años. Siempre presentaba el contorno sugestivo de sus cabellos rubios y ondulados, la mirada suavemente ladeada y rebosante de misterio, la silueta corporal que no perdía su atractivo, por muy distinto que fuera el atavío de una foto a otra. Sin duda, aquellos tiempos tenían que haber sido muy felices, siquiera porque ambos descubrían un universo que la mayoría de los seres humanos nunca tenía la posibilidad

de conocer. Reflexionaba Eric sobre esto, cuando descubrió que el montón que acababa de entregarle Lebendig contenía fotos conocidas. No se trataba de imágenes de Egipto y Rusia, de España y Francia. Éstas se habían tomado en la misma Viena, tan sólo unas semanas antes, y los personajes que aparecían en ellas no eran sólo Karl y su amada, sino también Rose y el propio Eric. Eran los retratos que se habían hecho el día que conocieron a Tanya. En ese mismo instante, Eric comprendió que el escritor no estaba quemando papeles. En realidad, lo que estaba ejecutando era una ceremonia en la que todos aquellos años, todos aquellos viajes, todos aquellos momentos de felicidad se estaban convirtiendo en humo y cenizas.

—¿Puedo conservar estas fotos? —preguntó el estudiante.

Lebendig se detuvo y miró al estudiante. Su rostro era más claro que de costumbre, bordeando una palidez casi mortuoria, y su frente estaba perlada por un sudor que formaba unos regueros que desembocaban en las sienes canosas. Durante un par de segundos no dijo nada, pero, al final, bajó la mirada con gesto cansado y musitó:

—Puedes llevarte lo que quieras, Eric.

El muchacho apartó las fotos y las colocó sobre una silla con la intención de conservarlas, como si fueran objetos tocados por un halo sagrado.

—Vas a marcharte, ¿verdad? —preguntó al fin.

Lebendig no respondió y se limitó a mirar a Eric.

—Quiero decir —continuó el estudiante— que comprendo que te vayas. Si los nacional-socialistas están deteniendo a gente contraria a ellos... bueno, pueden detenerte cualquier día...

—Sí —reconoció con pesar el escritor—, pueden venir a detenerme cualquier día, pero no tengo la menor intención de irme de Viena.

Aquel reconocimiento de la realidad provocó en Eric un desagradable sentimiento de ansiedad, que se posó sobre la boca de su estómago. Dudó por un instante si continuar aquella conversación o concluir la tarea que le había encomendado Lebendig y marcharse. Al final, la preocupación fue más fuerte que sus deseos de comportarse educadamente.

—Karl —dijo al fin—. No deseo... no deseo ser indiscreto... Tú sabes que te aprecio, que te estoy muy agradecido por todo pero... pero creo que te equivocas. Deberías marcharte, deberías desaparecer, deberías...

—Sé lo que debería hacer —le interrumpió Lebendig, mientras esbozaba una de sus peculiares sonrisas—, pero me quedo.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué? —exclamó Eric, alzando al aire los dos brazos—. ¡Esta cabezonería puede costarle la vida!

Pronunció la última frase y se arrepintió inmediatamente de su falta de consideración. No tenía ningún derecho a acusar de nada a Lebendig, y ahora se sentía pesaroso pensando que el escritor se ofendería con sus palabras. Sin embargo, Karl estaba muy lejos de abrigar esas sensaciones. Por el contrario, su interior rebosaba de ternura viendo a aquel joven que podía estar tan lleno a la vez de talento y de ingenuidad.

—Conservar la vida es importante —dijo al fin— y, además, constituye una obligación moral, pero... pero hay veces en que ese deber tiene que ceder ante otros.

—Pero... pero... —balbució Eric—, ¿qué deber puede ser ahora más importante? Si... si se trata de escribir... bueno, podrías hacerlo en otro país, y además con más libertad... Si te vas de Viena, si dejas Austria, podrías informar al mundo sobre Hitler y sobre lo que hace y...

—No se trata de eso —le interrumpió suavemente Lebendig.

—Pues lo siento, Karl, pero no lo entiendo.

Lebendig inspiró hondo, como si hubiera sentido un dolor repentino que no podía extinguir y que se esforzara infructuosamente por dominar.

—Eric —exclamó al final con un hilo de voz—, Tanya se está muriendo.

XVIII

Eric abrió la boca una vez y otra e incluso una tercera, pero no logró articular un solo sonido. Se sentía incapaz de reaccionar, de la misma manera que si alguien le hubiera golpeado en la cara con una puerta o que si hubieran descargado un martillazo sobre el cráneo.

—Es una historia muy larga —prosiguió Lebendig— y no tiene sentido que te la cuente ahora. Tanya y yo nos amamos desde hace muchos años, pero hace un tiempo que decidió marcharse de mi lado. Llegué a creer que nunca volvería a verla, pero hace unas semanas regresó a Viena, porque estaba sola y porque se sentía mal. La llevé a un médico amigo, un antiguo compañero de estudios. Enseguida se dio cuenta de que hay algo en su pecho que la está devorando y que le quitará la vida en meses, quizá incluso en días.

—¿No... no puedes llevártela a otro lugar? —acertó a decir finalmente Eric.

—No —respondió Lebendig, mientras tomaba asiento—. Está muy grave y un traslado sólo serviría para acortarle la vida y causarle más sufrimientos.

—¿Y no puede quedarse nadie cuidando de ella? —preguntó Eric con la voz impregnada de ansiedad—. Quizá podrías pagar a alguien para que la atendiera...

—No —contestó con firmeza Lebendig—. He pasado demasiado tiempo separado de ella y no voy a dejarla en sus últimas horas.

El estudiante se preguntó por qué Lebendig se había desprendido de todo lo que tenía, si nada sería capaz de curar a Tanya e incluso él podía terminar detenido por los nacional-socialistas.

—Vendí todo —continuó el escritor, como si hubiera adivinado lo que Eric estaba pensando—, porque el tratamiento médico le proporciona una ilusión. Es muy caro y no va a curarla, eso lo sé, pero le hace mantener la esperanza y cuando muera... cuando muera creerá simplemente que está a punto de dormirse.

Eric no dijo una sola palabra. Lo que estaba escuchando sobrepasaba de tal manera lo que hubiera podido imaginar que le impedía incluso ordenar sus pensamientos.

—Las dos últimas semanas no ha podido apenas moverse de la cama, pero quizá así es mejor. Gracias a lo que ella piensa que es una simple crisis de agotamiento, todavía ignora que los camisas pardas controlan las calles —continuó Lebendig—. En realidad, está tan convencida de que su dolencia es un mal pasajero que, cuando esta mañana estuve con ella, nos entretuvimos charlando sobre un futuro viaje a Egipto. Quedamos en realizarlo en el otoño porque es la época ideal para remontar el Nilo sin que el calor resulte agobiante.

Eric guardó silencio, mientras se le formaba un insoportable nudo en la garganta. Sabía que Karl y Tanya nunca volverían al país de los faraones, ni a ninguno de los lugares a los que habían viajado, y esa certeza le creaba una angustia tan grande como si supiera que les estaban privando de manera injusta de algo inexplicablemente hermoso. Era como si, en realidad, incluso ya hubieran muerto.

—Tengo algo para ti —dijo de pronto el escritor—. Lo compré nada más saber el diagnóstico sobre la dolencia de Tanya.

El estudiante se revolvió incómodo en el sofá ante el anuncio de una nueva sorpresa. Permaneció sentado, mientras Lebendig se levantaba para dirigirse a su despacho, esperando impaciente a que regresara. Lo hizo al cabo de un par de minutos, llevando en la mano un sobre blanco.

—Toma —le dijo, tendiéndoselo a la vez que volvía a tomar asiento—. Son dos billetes de tren.

—¿Dos... qué? —interrogó estupefacto Eric.

—Dos billetes de tren —respondió Lebendig—, para Zurich. Los compré hace tiempo para Tanya y para mí, pero está claro que no vamos a utilizarlos. Creo que Rose y tú podréis aprovecharlos ahora. La verdad es que me has hecho un favor apareciendo por aquí, porque me has ahorrado tener que dejártelos en la pensión. ¡Ah! La fecha de salida es para mañana por la noche. No puede ser más providencial, porque pasado mañana, según me ha contado Ludwig, que suele estar muy bien informado de estas cosas, habrá una redada general en Viena. Por lo visto, las SS cuentan con realizar millares de detenciones.

—Pero... pero... ¿qué voy a hacer yo con dos billetes para Zurich?

—Muy sencillo. Marcharte. Es obvio que no puedes quedarte en Viena, con los camisas pardas paseándose por las calles y dando mamporros.

Eric se dejó caer sobre el respaldo del sofá, abrumado por lo que acababa de oír. Definitivamente, su buen amigo debía de haberse trastornado.

—Pero, ¿por qué tengo yo que marcharme a Zurich?

—Porque, si no lo haces, acabarán contigo —respondió Lebendig con un tono de voz inusitadamente duro.

Calló el escritor y respiró hondo, como si necesitara más aire para brindar a su amigo la explicación que le estaba pidiendo.

—Mira, Eric —comenzó a decir—, tú tienes talento. Es verdad que no te interesa la política y que no distingues un comunista de, digamos, una bellota, pero eso no es lo importante. Lo importante es que eres un genio y que, por serlo, siempre destacarás de la masa amorfa que tanto gusta a las dictaduras. No tardarás en dejar de manifiesto que sus pintores, sus dibujantes, sus diseñadores de carteles son meros monos de imitación; que escriben y pintan al dictado de los poderosos; que tienen muy poca materia gris, si es que tienen alguna, entre las orejas. Cuando eso suceda, aunque no digas una sola palabra, te odiarán y querrán acabar contigo.

—Pero eso es una estupidez... —protestó Eric.

—No, muchacho, no —respondió Lebendig—. Es una maldad, pero no una estupidez. Lo que buscan es convertir a todos en seres iguales, cortados por el mismo patrón, pensando y diciendo las mismas tonterías sobre el socialismo y la nación, la raza y la sangre. Muy pronto te obligarían a realizar pinturas llenas de muchachos rubios y altos, o a dibujar carteles con judíos monstruosos, como los del periódico que te dio Sepp, y cuando vieran que no encajas en el mundo feliz y maravilloso que pretenden crear, te aniquilarían.

Eric agachó la cabeza, abrumado por las palabras que acababa de escuchar. Le costaba creer lo que decía su amigo, pero algo en su interior, algo que no lograba identificar con exactitud, le gritaba a voces que todo era cierto.

—Posiblemente irían a por ti antes de lo que tú piensas —continuó Lebendig—. Le quitaste una chica a un camisa parda y esas cosas no se perdonan. Sí, sí, no me mires de esa manera. En las revoluciones siempre hay gente que aprovecha la ocasión para ajustar cuentas y llevar a cabo venganzas personales. En 1919 viví la revolución en Baviera y te sorprendería saber cuántas personas inocentes fueron detenidas, e incluso fusiladas, por motivos como no haber querido acompañar a alguien al baile en el pasado, o haber despedido a un holgazán o, simplemente, poseer unos zapatos demasiado bonitos. El odio y la envidia se envolvieron en una bandera, por supuesto, pero no dejaban de ser odio y envidia. Márchate, Eric, y llévate a Rose. Sois muy jóvenes, pero tenéis talento y podréis salir adelante en un mundo bien

distinto de éste.

El estudiante se guardó el sobre con gesto lento y triste. Ciertamente no quería desairar a Lebendig. pero no terminaba de ver las cosas con claridad.

—Junto con los billetes —añadió el escritor— va una dirección de Zurich. Es la de un orfanato, con cuyo director tengo una antigua amistad. Le pido como favor personal que os ayude y estoy seguro de que lo hará; y ahora... ahora creo que es mejor que nos despidamos.

—Pero... pero... tú eres mi amigo —dijo Eric con la pena oprimiéndole el pecho—. No quiero... no puedo dejarte aquí...

—Precisamente porque eres mi amigo —respondió Lebendig—, subirás a ese tren. Si todo sale bien, nos encontraremos un día en Suiza.

Eric quiso protestar, decir que no volverían a verse si seguía en Viena pasado mañana, insistir en que no encontraba sentido al acto de arriesgar la vida por una persona que moriría en pocos días. Lebendig no se lo permitió. Con gesto suave, alzó la palma de la mano derecha a la altura del pecho, como si así pudiera detener cualquier palabra que le fuera dirigida.

—Aún debes hablar con Rose y se te hace tarde. Ve con Dios, Eric, ve con Dios.

XIX

Eric abandonó la casa sumido en un mar de sensaciones confusas y dolorosas. En tan sólo unos minutos había contemplado cómo Lebendig quemaba un pasado que había sido grato y apasionante, cómo le anunciaba la muerte segura de una mujer sugestiva y hermosa, y cómo le informaba de que iba a permanecer a su lado, aunque eso significara con casi total seguridad la desaparición en algún campo de concentración de las SS. Todo aquello resultaba de por sí demasiado fuerte como para no sentirse abrumado. Sin embargo, como si fuera poco, a ello se sumaba la sugerencia imperativa de Karl de que tomara al día siguiente un tren con destino a Suiza, so pena de verse digerido por aquel viento de desgracias relacionado con el triunfo de Hitler y en el que, dicho sea de paso, nadie parecía reparar, aparte del escritor.

Durante un par de horas, vagó sin rumbo, quizá deseando que sus pasos multiplicados y continuos lo alejaran de aquel universo, que había resultado grato y maravilloso pero que ahora se había convertido en peligroso y letal. Sin embargo, el peso de la costumbre, que tanto influye en los actos humanos, le orientó sin percatarse de ello hacia la cálida pensión donde dormía. De hecho, acababa de levantar la mirada de los adoquines de la calzada cuando sus ojos se deslumbraron con la luz redonda y amarilla de la farola situada enfrente del negocio de *Frau* Schneider. Se trató tan sólo de una fracción de segundo, pero apenas se había llevado la mano a los párpados para convertirla en una visera contra los impertinentes rayos, escuchó un rumor de voces animadas que brotaban del interior del portal y, siguiendo la llamada del instinto, corrió a ocultarse en las sombras que se descolgaban de la esquina.

Oculto en una penumbra negra y espesa, aguardó con la respiración contenida a que las palabras se convirtieran en personas y entonces pudo contemplar a un grupo de cuatro camisas pardas. Parpadeó, en parte, por la sorpresa y, en parte, por el deseo de aclarar la visión y, acto seguido, pegó la espalda contra la pared como si deseara que los ladrillos lo abrazaran ocultándolo de cualquier peligro. Así, los vio alejarse en medio de un juego de noche y niebla que, ocasionalmente, arrancaba brillos charolados de sus

botas y correajes o, por el contrario, les confería un aspecto espectral.

Esperó todavía un buen rato a que cualquier sonido procedente de los camisas pardas se desvaneciera del todo y luego, mientras maldecía la potencia luminosa de la farola, se encaminó hacia el portal.

Extremando el sigilo, subió las escaleras todo lo rápidamente que pudo. Sin embargo, cuando, por fin, llegó ante la puerta de la pensión, le asaltaron las dudas sobre si debía o no llamar. ¿Y si alguno de los camisas pardas se hubiera quedado esperándole? Por un momento, dejó la mano suspendida en el aire sin atreverse a tocar el timbre, pero llegó a la conclusión de que podría correr escaleras abajo con la suficiente rapidez, si se daba esa circunstancia.

Las cejas de *Frau* Schneider se convirtieron en sendos semicírculos al verle en el umbral.

—*Herr* Rominger —dijo con voz apagada y, a continuación, le agarró de un brazo, tiró de él hacia el interior y cerró la puerta.

—Han venido a buscarle hace un rato —exclamó en susurros apresurados y tensos—. ¿Es usted judío? ¿Quizá comunista?

—No, *Frau* Schneider. Soy católico y ario —respondió el muchacho en voz baja, e inmediatamente lamentó haber dado aquella explicación.

La mujer parpadeó sorprendida y dijo:

—No, si usted me parecía una buena persona, pero como vinieron a buscarlo...

Sí, claro, pensó Eric con amargura, si aquellos bárbaros habían venido a buscarle es que no era de fiar. ¡Dios santo! ¡Hasta la buena de *Frau* Schneider se había contagiado de aquella manera de pensar! ¿Acaso se había vuelto loca la gente en Viena?

—Verá, he venido a recoger algunas cosas, porque tengo que salir de viaje —dijo, e inmediatamente se arrepintió de haber dado aquella información a la mujer.

—¿Muy lejos? —preguntó *Frau* Schneider, aunque, a decir verdad, no parecía que lo hubiera hecho con segundas intenciones.

—No —respondió Eric con la mayor seguridad que pudo fingir—. Salgo esta noche y estaré fuera el fin de semana. Me voy al campo a dibujar algunos apuntes del natural.

—¡Ah, claro! —dijo la mujer, como si se le hubiera quitado de encima un peso.

El estudiante se dirigió hacia su habitación y, apenas encendió la luz, se percató de lo difícil que iba a resultarle abandonar las pequeñas cosas que

hasta ese momento habían llenado su vida de placeres diminutos pero intensos. Lápices, libros, papeles, fotos... todo se ofrecía ante él tentador, pero era consciente de que sólo podía conservar una parte. Al principio, intentó seguir un criterio de utilidad y guardar únicamente lo que le resultara indispensable. Sin embargo, ¿qué es lo más necesario para un joven estudiante de Bellas Artes? ¿Calcetines o poesías? ¿Camisas o cuadernos? ¿Pantalones o gomas de borrar?

Por un momento, consiguió ir llenando una bolsa pequeña con un par de mudas y algunas camisas pero, de repente, comprobó que tenía que optar entre un libro y un jersey. Sostuvo cada uno de los objetos en una mano y los miró alternativamente vez tras vez y entonces, de repente, rompió a llorar. Sin soltar los calcetines y el libro, se dejó caer en la cama. ¿Por qué? ¡Cielo santo! ¿Por qué tenía que sucederle todo aquello? Él sólo quería pintar, dibujar, crear.

Permaneció en aquella posición unos minutos mientras las lágrimas le corrían amargas por las mejillas. Entonces le vinieron a la mente las últimas palabras de Lebendig: «Ve con Dios, Eric, ve con Dios». Sí, ciertamente, sólo el Creador podía ayudarle en medio de aquella situación. Dejó, como si le quemaran, los objetos que tenía en las manos y las entrecruzó a la vez que intentaba rezar. Trató, primero, de repetir alguna de las plegarias que había aprendido cuando todavía era un niño, pero tan grande resultaba su nerviosismo que se le reveló imposible pronunciar más de un par de frases seguidas. Siempre las había recitado de memoria, y ahora se sentía tan abrumado por todo lo que estaba pasando que sus recuerdos no le obedecían.

Sin embargo, necesitaba como nunca hablar con Dios, aquel ante el que todos los hombres tendrían que dar cuenta un día, el único situado por encima de aquel infierno en que se estaba convirtiendo Austria. Fue así como, de lo más profundo de sí mismo, empezó a brotar una oración balbuciente, pero convencida, que suplicaba el regreso de la paz y de la libertad, la conservación de la vida para Tanya, para Karl y para Rose, la consecución de tantas esperanzas concebidas en los últimos meses. Como si su alma fuera un grifo abierto, todo fue saliendo a borbotones de Eric a lo largo de diez prolongados minutos; finalmente, con la conclusión de la plegaria, llegó la paz.

Se levantó entonces el estudiante de la cama y guardó lápices, gomas, papeles, dibujos, bocetos y las *Canciones para Tanya.* Luego, en los huecos metió, arrugadas, dos mudas y un par de camisas. Apretó la bolsa con todo su

peso y, cuando la vio cerrada, tuvo la sensación de que había hecho la elección correcta. No pesaba tanto.

Echó un último vistazo a la habitación y no pudo evitar que el pecho se le taladrara con un pinchazo de nostalgia. Le había cogido cariño a aquel cuarto, en el que había estudiado y dibujado tantas horas. Bueno, de nada servía lamentarse. Apagó la luz de un manotazo y salió.

—¿Volverá usted el lunes? —le preguntó *Frau* Schneider, antes de que llegara a alcanzar la puerta de la calle.

—No se preocupe —respondió el estudiante con una sonrisa—. Voy con Dios.

Bajó las escaleras poseído por una extraña sensación de ligereza. De hecho, se sentía tan feliz que, hasta que rebasó media docena de manzanas, no cayó en que tendría que pasar la noche en algún sitio y, sobre todo, en que debía informar a Rose de que se marchaban al día siguiente a Zurich. Decidió, por tanto, encaminarse a la casa donde vivía su amada.

Era ya tarde y eso le permitió llegar sin ningún género de obstáculos. Sin embargo, la circunstancia que tanto le había facilitado el trayecto era la misma que ahora le impedía comunicarse con Rose. Echó mano de su reloj de bolsillo y comprobó que era cerca de la una. De buena gana, se hubiera tumbado en el portal esperando a que llegara la mañana, pero era consciente de que no era posible. Aunque, en realidad, ¿qué era posible?

Se llevó la diestra a la frente y comenzó a frotársela, como si así pudiera extraer de ella alguna idea útil. Desde luego, así fue. Rápidamente, buscó un lápiz en el bolsillo interior de la chaqueta, extrajo un trozo de papel de otro exterior y se dispuso a escribir una nota. La luz era mala, pero se guiaba más por el corazón que por la vista. En cinco líneas le expuso que debía dejar Viena, que deseaba que le acompañara y que la esperaba para tomar el último tren que saldría la noche siguiente hacia Zurich. Bien, el mensaje ya estaba redactado, pero ahora, ¿cómo podría hacérselo llegar?

Lo normal sería plegar el papel, ponerle su nombre y deslizarlo en el buzón o bajo la puerta. Sin embargo, ninguna de las soluciones le convencía del todo. Si se atrevía a subir hasta el piso de Rose, había bastantes posibilidades de que la nota la recogiera otra persona. Por lo que se refería al buzón, no sólo existía el mismo peligro sino que, además, no estaba seguro de poder encontrarlo a oscuras, y encender la luz le parecía demasiado arriesgado. Pensaba en todo esto cuando un chirrido le avisó que se abría una puerta.

Si no hubiera estado tan cansado ni tan ensimismado en sus pensamientos, Eric habría echado a correr. Ahora el ruido le cogió desprevenido y, antes de que pudiera darse cuenta, la taquilla del portero se había abierto, dejando escapar un filo de luz amarilla.

—¿Qué es ese ruido? —indagó un hombre de cabellos ralos y revueltos, por cuya camisa asomaba una pelambrera rojiza.

—¿Es usted el portero de la casa? —dijo Eric, intentando aparentar una calma que no tenía.

—Sí... ¿qué pasa? —dijo el hombre, desconcertado por la reacción del muchacho.

—Pasa que se va a ganar una buena propina.

—¿Y eso? —preguntó el portero, totalmente desconcertado.

—Porque mañana por la mañana va a entregar esta nota a *Fraulein* Rose, la del segundo —respondió Eric acercándose.

Antes de que el empleado de la finca pudiera abrir la boca, el estudiante le había colocado en la mano la nota y un billete de banco. Quiso decir algo pero, como si se hubiera tratado de una aparición, el desconocido se desvaneció entre las sombras.

XX

Levantó la mirada hacia el reloj del andén y volvió a comprobar que las manecillas se desplazaban con demasiada lentitud, para su gusto. Aunque tampoco se podía decir que se detuvieran. Faltaban tan sólo diez minutos para la salida del tren y Rose no había hecho acto de presencia. Eric volvió a preguntarse si el portero le habría dado su mensaje. Se había formulado ese interrogante millares de veces a lo largo de toda la noche pasada recorriendo sin descanso Viena. Al igual que en las horas anteriores, quiso responderse afirmativamente pero, a pesar de que hacía todo lo que estaba en sus manos por infundirse ánimos, no conseguía dejar de sentir la fría mordedura del desaliento. Aquel haragán podía haber sido muy capaz de guardarse el dinero y no entregar la carta. Había que ser un desalmado, desde luego, pero con los tiempos que corrían...

Desanduvo el camino que había recorrido centenares de veces en las últimas horas y volvió a mirar el portalón que comunicaba el vestíbulo con el andén. Se disponía a dar media vuelta y a recorrer de nuevo aquella invisible y desesperante senda cuando, de manera inesperada, sus ojos tropezaron con un rostro conocido. Hubiera deseado que se tratara de Rose, pero en lugar de las facciones delicadas de la muchacha, contempló la cara de Ludwig, el periodista amigo de Lebendig.

En otro momento, aquel encuentro le habría llenado de satisfacción, pero ahora le molestó, preocupado como estaba por la tardanza de la chica. No deseaba hablar con él ni con nadie, de manera que apartó la vista. Sin embargo, apenas lo había hecho cuando escuchó a su espalda la voz de Ludwig, que le siseaba:

—Eric, Eric, espera.

Se detuvo, pero sin volverse. Dio lo mismo. Apenas un instante después el periodista le había alcanzado.

—Sube al tren. Rápido —dijo Ludwig—. Apenas te quedan cinco minutos.

Las palabras cayeron sobre el estudiante como la sal en una herida. Tenía el alma concentrada en Rose y aquella llegada sólo servía para turbarle.

—No va a venir —continuó hablando el periodista, con los ojos

clavados en el suelo—, pero me dio esto para ti.

Un respingo sacudió el cuerpo de Eric, como si hubiera sido recorrido por una violenta corriente eléctrica.

—¿Cómo... cómo sabe que...? —balbució angustiado.

—Vino a verme esta mañana —respondió Ludwig—. Al parecer, el portero de su casa le había entregado una carta tuya. Según me dijo, en ella le pedías que se reuniera contigo para tomar el tren de Zurich.

—¿Por qué acudió a usted?

—Fui la segunda opción —respondió el periodista con una sonrisa—. Al parecer, primero se dirigió a casa de Lebendig, pero no lo encontró y el portero no supo decirle nada, de manera que fue a buscarme al periódico. Dio conmigo de casualidad. Te lo aseguro.

Eric torció la cara en un gesto de contrariedad, pero no dijo una sola palabra.

—En la carta te explica por qué no ha podido venir —Ludwig hizo una pausa y añadió:

—Te quiere. Yo diría que te quiere mucho, a juzgar por la forma en que intentaba no llorar mientras me entregaba la carta, pero no puede acompañarte.

—Pues entonces me quedo —masculló Eric.

—Entonces te vas —dijo Ludwig, clavando la mano en el brazo del estudiante y obligándole a caminar hacia uno de los vagones.

—No quiero —se revolvió el estudiante—. No quiero marcharme y no lo haré.

—¡Oh! Por supuesto que lo harás —le contradijo el periodista, mientras su mirada adquiría un tono acerado—. Karl pagó esos billetes y quiere que te salves y te salvarás. Y la chica... y la chica se reunirá contigo un día de éstos...

Mientras pronunciaba las últimas palabras, Ludwig arrancó la maleta de la mano de Eric. Luego continuó empujándolo hasta que lo tuvo contra el vagón.

—Ahora te subes al tren y te vas. Sí, te vas.

El «te vas» quedó opacado por el silbido de la máquina anunciando su marcha y la voz ronca de un empleado de la estación haciendo el último llamamiento a los viajeros para que ocuparan sus asientos.

—¡Vamos! ¡Vamos! —insistió Ludwig, sin dejar de empujar al muchacho. Fue en ese momento cuando advirtió que la vista de Eric había

quedado fija en un punto perdido a sus espaldas.

—¿Qué miras? —dijo, mientras se daba la vuelta para descubrir lo que tanto llamaba la atención del muchacho.

Lo comprendió con sólo echar un vistazo. A unos vagones de distancia, justo en el extremo del convoy, acababa de aparecer un grupo de camisas pardas.

Ludwig tragó saliva intentando no perder un aplomo que le costaba mucho conservar intacto. Luego se volvió hacia Eric para lograr que subiera de una vez al tren. Lo que descubrió entonces fue a un muchacho cuya mandíbula inferior se había descolgado dejándole con la boca abierta en un gesto de sorpresa. ¿Qué le pasaba? ¿Tanto le asustaban los recién llegados? Se formulaba estas preguntas cuando los labios del estudiante se unieron para decir una sola palabra:

—Sepp.

No entendió Ludwig lo que había dicho el muchacho, pero éste no tardó en aclarárselo.

—Karl tenía razón —dijo en un susurro—. Viene a por mí. Viene a por mí, porque Rose me prefirió. Quiere matarme.

El periodista miró alternativamente a los camisas pardas y a Eric.

—¿Es ese chico alto? —preguntó el periodista.

El estudiante asintió con la cabeza.

—Bien, pues sube al tren de una vez. ¡Maldita sea! —casi gritó Ludwig, mientras le propinaba un empujón que le impulsó al interior del vagón.

Eric tropezó con la bolsa y, trastabillando, cayó. Colocó ambas manos en el suelo e intentó impulsarse con ellas para ponerse en pie y salir del vagón. Sin embargo, en ese momento un nuevo silbido de la locomotora le taladró los oídos y, apenas un segundo después, una sacudida le hizo perder el equilibrio y golpearse en el hombro contra uno de los tabiques. Intentó nuevamente levantarse, pero el movimiento del convoy se lo impidió. Entonces la portezuela del vagón se cerró y el estudiante quedó sumido en una oscuridad absoluta.

XXI

Ludwig salvó la decena de metros que le separaba de los camisas pardas. El convoy ya estaba abandonando el andén, pero era más que consciente de que aquellos energúmenos podían pararlo con sólo un chasquido de dedos. Posiblemente habían recibido la orden de comenzar a detener a personas a partir de las doce de la noche, pero habían decidido adelantarse, haciendo gala de un notable celo.

Estudió con atención al grupo de camisas pardas. Sí, Sepp debía de ser aquel alto. Sin duda, el perder a una chica en favor de Eric debía de haberle escocido mucho. Pequeño, regordete, dibujante... ¡menudo rival para uno de los chicos duros de las SA! Al pensarlo, Ludwig no pudo evitar que los labios se le fruncieran en una sonrisa burlona. Bueno, todo había sido en bien de Rose. ¡Pobre muchacha, si hubiera caído en manos de aquel bigardo nacional-socialista!

Pasó al lado del grupo y sintió que el estómago se le revolvía al contemplar sus sonrisas burlonas. Bueno, unos segundos más y Eric ya estaría a salvo.

Había llegado casi al extremo del andén cuando decidió arrojar un último vistazo. No... no podía ser.

Uno de los camisas pardas se había despegado del grupo y estaba a punto de subir al estribo del tren. ¡Subir al estribo del tren!

Ludwig desanduvo con toda la rapidez que pudo el camino recorrido y cuando estuvo a un par de metros del grupo gritó:

—¡Sepp! ¿Estás buscando a la chica que te quitaron?

Un silencio espeso descendió sobre el grupo de SA nada más sonar la pregunta, pero el camisa parda había logrado subirse al estribo del tren.

—En la Academia de Bellas Artes todavía se están riendo de ti, Sepp —gritó Ludwig aún más fuerte.

El semicírculo de camisas pardas se deshizo para formar una fila que miraba estupefacta al periodista. A decir verdad, la mayoría de ellos no sabía a ciencia cierta si el individuo que tenían delante era un borracho o un loco. Un chico rubiajo que estaba al lado de Sepp se llevó un silbato a los labios y sopló con fuerza. Fue bastante para que el camisa parda del tren saltara del

estribo y corriera a reunirse con sus compañeros.

Ludwig no pudo evitar sonreír al darse cuenta de que su ardid había dado resultado. Eric ya había abandonado la estación y, con un poco de suerte, al cabo de unas horas habría llegado a Zurich. Ahora se trataba de salvarse él.

Giró con toda la rapidez que pudo sobre sus talones y echó a correr. Logró atravesar el andén y llegar hasta el portalón que conducía al vestíbulo. Detrás de él sonaban pitidos, gritos, pisadas, pero no se distrajo. Algo en su interior le decía que, si conseguía alcanzar la puerta de la calle y luego adentrarse en las manzanas de casas cercanas, ya no podrían atraparlo. Sí, los despistaría en medio de aquellas calles que conocía tan bien, que tanto había transitado, que tanto seguía amando.

Se encontraba a una decena de pasos de la salida cuando sintió un impacto contra el omóplato derecho. No fue muy fuerte pero le hizo perder el ritmo de carrera que había llevado hasta ese momento. Intentó reajustarlo pero un nuevo golpe, esta vez en la parte derecha del cuello, le hizo trastabillar a la vez que, instintivamente, se llevaba la mano al lugar alcanzado. Se trató de un instante, pero bastó para que uno de los camisas pardas le alcanzara. Éste no le tiró la porra, como sus otros dos compañeros, sino que le golpeó con ella en la rodilla.

Ludwig sintió un dolor agudo que le subió desde la rótula hasta la ingle y que le obligó a caer de hinojos. Habría deseado ponerse en pie y continuar la huida, pero ya no fue posible. Sobre su cuerpo descendió un verdadero diluvio de golpes propinados con porras y botas. Por unos instantes le arrancaron incluso algún gemido, pero luego, de repente, sintió como si el cielo se hubiera desplomado sobre su cráneo y la oscuridad se convirtió en total.

XXII

Observó el sombreado del lado derecho del rostro y no le gustó. Resultaba demasiado marcado, casi brillante. Frotó entonces la yema del pulgar sobre la zona y ésta adquirió un tono desvaído, como nebuloso. Sí, estaba mucho mejor de esa manera. Trabajó un par de minutos más en el retrato y, finalmente, lo apartó de sí para dejarlo reposar sobre la mesa grande.

—¿Puedo verlo ya, *Herr* Rominger?

Eric tardó un instante en responder. Aunque ya llevaba seis meses en Suiza, no conseguía acostumbrarse al trato ceremonioso de sus ciudadanos y, muy especialmente, a que siempre le llamaran por su apellido, antecedido del *Herr* de rigor.

—No, *Frau* Steiner, todavía no —respondió al fin.

La mujer, una cincuentona rolliza y rebosante de salud, sonrió fingiendo disgusto.

—Como usted quiera, *Herr* Rominger, como usted quiera, pero no sabe cuánto deseo verlo terminado.

La mujer se levantó de la silla en la que había estado posando y alargó la mano para coger una bolsa que descansaba en el suelo. La izó casi hasta la altura del pecho y sacó del interior un par de envoltorios que depositó sobre la mesa.

—Le he traído unas manzanas y un poco de queso —dijo la mujer—. Está usted tan delgado...

Eric sonrió. Había padecido casi desde el inicio de la pubertad la sensación de ser regordete y ahora, en menos de medio año, había adelgazado tanto que las camisas con las que había venido de Viena le resultaban escandalosamente holgadas.

—No debería haberse molestado —protestó suavemente.

—No es ninguna molestia, hijo —aseguró la mujer—. Bueno, hasta mañana.

Eric se levantó de su asiento para responder a la despedida y luego recogió con cuidadosa solicitud sus útiles de dibujo. Apenas hubo acabado, echó mano de un cacillo de metal, lo llenó de agua del grifo y lo colocó sobre

un infiernillo. Mientras el contenido del recipiente llegaba a punto de ebullición, dirigió la mirada a la ventana. Tres pisos más abajo los niños salían corriendo al patio y comenzaban a gritar y a jugar. Quizá para otra persona aquel bullicio hubiera resultado molesto, pero a Eric le insuflaba una especie de alegría mansa y suave. Para ser sincero, tenía que reconocer que las cosas no le habían ido demasiado mal. Nada más llegar a Zurich, se había encaminado a la dirección que Lebendig le había entregado. Correspondía a un orfanato cuyo director, en efecto, era amigo de Karl. Hacía años que no se veían, pero la sola mención del escritor provocó en él un verdadero torrente de recuerdos gratos y de palabras laudatorias.

—Karl era una persona maravillosa, muchacho —decía a cada tres o cuatro frases—. Realmente excepcional. Cuando los demás estábamos empezando un libro, él ya había leído tres.

El hombre no podía —y bien que lo lamentó— ofrecerle un trabajo decente, pero estaba dispuesto a proporcionarle comida y alojamiento gratis a cambio de que por las noches desempeñara las funciones de celador.

—El actual tiene ya muchos años —dijo con una sonrisa benevolente el director—, pero no podríamos despedirle, por la sencilla razón de que nadie le daría trabajo. Creo que tu colaboración podría significar una gran ayuda para él.

Eric necesitaba también algo de liquidez para reponer los materiales de dibujo y comprarse ropa, pero antes de que llegara a decir nada, el director le había informado de que podría ganar algún dinerillo dando clases particulares a algún niño o realizando algún trabajillo extra. No se equivocó. En los meses pasados nunca le había faltado algún billete para comprar lápices, cuadernos o gomas de borrar, y pronto se había corrido la voz de que un joven refugiado austríaco realizaba dibujos de una especial calidad. Antes de que pudiera darse cuenta, ganaba el dinero suficiente, no sólo para asombrarse de su capacidad de salir adelante, sino también para enviar a la tía Gretel.

En ocasiones, después de vigilar los dormitorios por la noche y acudir a su cuarto para descansar un poco, recordaba su pueblo y a los padres, a los que apenas había conocido, y a su tía, y tenía la sensación de que todo ello pertenecía a una vida que no era la suya, sino otra ya concluida mucho tiempo atrás. Incluso le resultaban extrañamente distantes Karl Lebendig, Tanya y la misma Rose. ¡Rose! No había pasado un solo día en el que no leyera varias veces la carta que le había hecho llegar a través de Ludwig. Conocía de memoria su contenido, aquellas líneas en las que le decía que no

podía acompañarle a Zurich, que le resultaba imposible abandonar a su familia de esa manera, que le seguiría amando siempre y que, por supuesto, le esperaría, porque aquella situación absurda —*situación absurda*— no podía prolongarse mucho tiempo.

Durante una semana tuvo la tentación de escribirle a su casa. Consiguió vencerla pensando que, si la carta era interceptada, la muchacha podía ser culpada de colaborar con un personaje sospechoso. Sin embargo, justo cuando logró que su razón se impusiera sobre sus deseos comenzó a experimentar la insoportable mordedura de los celos. ¿Realmente Rose le esperaría o, por el contrario, acabaría cayendo bajo el atractivo de Sepp? Es cierto que cuando se formulaba esa pregunta, de inmediato se decía que era imposible que la muchacha volviera a enamorarse de alguien como el joven camisa parda, pero aquel razonamiento se disolvía, como si fuera un azucarillo arrojado al agua, recordando aquellos primeros días de curso en que Rose iba siempre acompañada por aquel chico alto y fuerte. Bien pensado, ¿qué habría tenido de particular que así sucediera? A fin de cuentas, Sepp y sus camaradas y, sobre todo, aquel sujeto de bigote a lo Chaplin, eran los que habían vencido. Tan sólo un año antes eran aborrecidos en Austria y ahora todo el mundo parecía quererlos, y los que no, se marchaban sin oponer resistencia.

En el curso de los meses siguientes, Eric asistió a la llegada interminable de nuevos refugiados procedentes de Alemania y Austria. A veces, eran judíos y, a veces, arios. A veces, tenían ideas políticas y, a veces, carecían totalmente de ellas. A veces, pretendían quedarse en Suiza y, a veces, sólo deseaban utilizar el país como un camino de paso hacia Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos o incluso Brasil. Sin embargo, todos presentaban como denominador común el temor a lo que el nacional-socialismo pudiera depararles.

Hacía tan sólo unos días, el país parecía haberse visto anegado por riadas de judíos que huían de lo que llamaban la «noche de los cristales rotos», una verdadera ola de destrucción que se había llevado por delante sinagogas y comercios, casas particulares y escuelas y, sobre todo, vidas humanas. Para mayor pesar de Eric, aquella explosión de violencia había sido más brutal en Austria que en Alemania. ¿Qué habrían hecho su pobre tía, *Frau* Schneider, Rose, sus profesores, Ludwig y tantos otros durante aquellas jornadas? ¿Habrían seguido las enseñanzas de aquellos papas de los que le había hablado Lebendig o, por el contrario, habrían creído en mensajes

cargados de odio, como los contenidos en el número de *Der Stürmer* que le había entregado Sepp?

Fuera como fuese, lo cierto es que su situación resultaba privilegiada, y lo sabía. Si continuaba ahorrando como hasta ahora, al curso siguiente podría reanudar sus estudios y, según decía el director del orfanato, no era descartable que incluso le concedieran una beca. Además, como había escrito Rose, aquello no podía durar eternamente.

Apartó la mirada del patio y descubrió que el agua borboteaba en el cacillo. Descolgó un paño de un clavo y, envolviéndose la mano en él, retiró el recipiente del fuego. Vertió a continuación el líquido en una tetera de metal y alargó la mano para coger un tarro, donde guardaba algo de té. Apenas acababa de alcanzarlo, cuando escuchó que llamaban a la puerta.

No era habitual que a esas horas le molestara nadie, pero los niños tenían una especial habilidad para crear problemas inesperados y no resultaba raro que, ocasionalmente, pidieran su colaboración para solventarlos. Depositó el cacillo sobre la mesa y se dirigió a abrir la puerta.

Al otro lado del umbral había un hombre cuyo rostro ceniciento se encontraba ensombrecido por una barba de varios días. Llevaba el cráneo rapado, hasta el punto de parecer calvo, y su mirada emergía atemorizada de unas cuencas negruzcas y hundidas.

—Hola, Eric —dijo con voz apagada—. ¿No... no me reconoces?

El muchacho entornó la mirada intentando dilucidar quién era aquel personaje. Si se hubiera cruzado con él por la calle con toda seguridad no habría sabido de quién se trataba, pero ahora, al mirarle fijamente, le pareció encontrar algo familiar en aquella cara demacrada y flaca. De repente, la luz de la memoria se abrió camino en el cerebro de Eric. ¡Sí, claro, sí! El hombre que se encontraba frente a él no era otro que Ludwig Lehar, el periodista.

XXIII

Quiso darle la mano pero antes de poder extenderla, el recién llegado se abrazó al muchacho y rompió a llorar. Fue un llanto débil, callado, tembloroso, similar al de un niño.

—Siéntese, Ludwig, siéntese —dijo Eric, a la vez que acercaba una silla al visitante.

El hombre se desplomó sobre el asiento y el muchacho pudo comprobar que sus sienes estaban horriblemente hundidas, como si no se albergara carne alguna entre la piel y el cráneo. Es posible que eso mismo sucediera en el resto del cuerpo. De hecho, mientras lo abrazaba, había tenido la sensación de sujetar un saco de huesos.

—¿Quiere un poco de té? —preguntó Eric.

—Sí... sí... —respondió el antiguo periodista con un hilo de voz.

El silencio reinó en la habitación mientras el muchacho disponía el té, junto con un poco de pan y margarina. Ludwig echó mano de una de las rebanadas y la oprimió contra su pecho, como si temiera que se la arrebataran. A continuación, comenzó a comérsela a bocados rápidos y furtivos.

Eric vertió el té en una taza, le añadió dos cucharadas de azúcar y se lo acercó a Ludwig.

—Gracias, gracias... —dijo éste con la boca llena, e inmediatamente se llevó la taza a los labios para sorber el líquido caliente de manera apresurada e inquieta.

—Está muy bueno —exclamó al fin—. Muy bueno. Hacía mucho que no tomaba un té tan rico.

Sin decir palabra, Eric volvió a llenarle la taza y aguardó pacientemente a que terminara. No fue una espera larga.

—Salí de Mauthausen la semana pasada —dijo Ludwig, mientras desmigajaba una segunda rebanada de pan para comérsela a pedacitos.

—¿Dónde está Mauthausen? —preguntó Eric.

—A veinte kilómetros de Linz, la ciudad de Hitler —respondió Ludwig —. Es un campo de reeducación.

Desconocía Eric el significado exacto del término «reeducación», pero

el tono con que lo había pronunciado Ludwig fue lo bastante lúgubre como para que llegara a la conclusión de que debía ocultar una realidad nada amable.

Durante la siguiente media hora, Ludwig contó a Eric la manera en que había impedido que los camisas pardas le detuvieran en la estación de Viena; la paliza que le habían propinado en el vestíbulo y otra posterior, aún más horrible, en una de las celdas de las SA; la deportación a Dachau, un campo situado en Alemania; las duchas, el rasuramiento de todo el vello corporal, los maltratos continuos perpetrados por las SS y, finalmente, en agosto, el traslado a Mauthausen.

—Cuando descendimos del tren no existía prácticamente nada —dijo Ludwig—. En realidad, sólo había alguna vivienda para los miembros de las SS y una cantera. Todo tuvimos que levantarlo, casi con las manos desnudas, y en medio de un calor que nos ahogaba. No era raro que alguno de nosotros se desmayara y entonces...

Ludwig alzó la mirada del suelo y la dirigió a Eric.

—¿Podría tomar un vaso de agua?

El muchacho saltó de su asiento y se apresuró a servir a su visitante.

—Cuando alguno caía —prosiguió Ludwig—, los hombres de las SS lo levantaban a golpes, a patadas, a latigazos. No sé cuántos murieron en aquellos días, pero estoy convencido de que se contaron por docenas. Claro que lo peor estaba por venir. Los nacional-socialistas habían decidido reeducamos en los principios de la nueva Alemania y estaban convencidos de que la mejor manera de hacerlo era el trabajo. Teníamos que subir docenas de veces al día los peldaños de la cantera llevando bloques de piedra. Los escalones eran estrechos, Eric, y resbaladizos y... y casi siempre estaban manchados con la sangre de los que trabajábamos allí...

Ludwig interrumpió el relato y bebió un trago de agua. En aquel momento, Eric hubiera dicho que la piel del antiguo recluso había alcanzado una tonalidad casi translúcida y que tenía los ojos más hundidos que nunca.

—No puedes imaginar siquiera —prosiguió Ludwig— lo que significaba aquel trabajo agotador, un día tras otro. Antes de que saliera el sol, dejábamos nuestros camastros y comenzábamos a acarrear piedra, y tan sólo descansábamos por la noche y a la hora de la comida. Comida... medio litro de un caldo de nabos que apestaba y un pedazo de pan. Ah, sí, en su generosidad, el Führer había dispuesto que los domingos se nos diera una salchicha de sangre. La gente moría como si fueran moscas, porque los

cuerpos no podían resistir aquellas tareas con tan poco descanso y tan escaso alimento. Claro que primero empezaban a perder peso, o se les caían los dientes, o la disentería los minaba por dentro hasta que no podían moverse. Cuando llegaban a ese punto, los SS los mataban sin miramientos.

—No deberías preocuparte ahora de eso —dijo Eric, aprovechando que Ludwig había interrumpido su relato para tomar aliento—. Estás aquí y eso significa que ya no pueden volver a encerrarte en ese lugar.

—A veces —continuó hablando Ludwig, como si no hubiera escuchado al muchacho—, algunos de los reclusos eran puestos en libertad. Nadie sabía por qué los sacaban, de la misma manera que casi nadie sabía cómo habíamos ido a parar allí. Quiero decir que a mí nadie me juzgó y me condenó. Tan sólo me golpearon, me interrogaron y me encerraron en Mauthausen. Por eso pensaba, como todos nosotros, que quizá un día yo también podría tener la fortuna de salir, y por eso me esforzaba por seguir vivo como fuera.

—¿Fue así cómo saliste? —indagó Eric.

—Sí —respondió Ludwig—. Un buen día decidieron que ya debía de estar lo suficientemente escarmentado y me pusieron en libertad, pero antes... pero antes sucedió algo que debo contarte.

—Quizá podrías hacerlo otro día —dijo el muchacho, preocupado por el aspecto cada vez peor del antiguo periodista.

—Una mañana —continuó Ludwig, desoyendo por segunda vez las palabras de Eric—, corrió la voz de que iba a llegar al campo un nuevo convoy de reclusos. Al parecer, las SS habían llevado a cabo una redada más en Viena y detenido a la gente por millares. ¡Pobre Viena! ¡No menos de cincuenta mil personas fueron encarceladas allí por los nacional-socialistas! El rumor era cierto, y aquella tarde comenzaron a descender de los transportes por centenares, sin que para ellos hubiera techo, ni uniformes ni comida. Entonces comenzó a llover.

—¡Dios santo! —musitó Eric.

—Creo que aquella fue la única jornada de las que pasé en el campo en que me sentí dichoso —dijo Ludwig—. Al final de un día agotador, tenía frío y hambre, pero la lluvia se estrellaba contra el tejado. Aquellos desdichados, sin embargo, se vieron obligados a tumbarse a la intemperie, y a la mañana siguiente no eran más que figuras empapadas de barro hasta la raíz del cabello.

El periodista se llevó el vaso de agua a los labios, pero reparó en que estaba vacío y lo dejó sobre la mesa.

—Disculpe —exclamó Eric, apresurándose a llenarlo nuevamente.

Bebió Ludwig la mitad del vaso de manera golosa y se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Al día siguiente, chorreando agua y lodo, los pusieron a trabajar. Por una vez, los SS parecieron olvidamos y se dedicaron a hostigarlos, a insultarlos, a golpearlos. Llevábamos trabajando un par de horas, cuando a unos metros por delante de mí cayó uno de los recién llegados. Era, me parece estar viéndolo ahora mismo, un hombre enclenque, delgado, que posiblemente tendría más de sesenta años. La piedra que llevaba le había resultado demasiado pesada y, en un intento vano por sujetarla, había resbalado por aquellos malditos escalones. Por supuesto, nadie de entre los presos veteranos nos movimos para echar una mano a aquel infeliz. Sabíamos de sobra que una muestra de compasión así sólo podía servir para que los SS nos dieran una buena tunda. Entonces... entonces...

Ludwig calló y se pasó la temblorosa mano por la frente, como si así pudiera borrar el terrible recuerdo que le aquejaba. Sin embargo, deseaba acabar su relato. Respiró hondo un par de veces, como si le faltara el resuello y dijo:

—Fue como una centella, Eric. A mi lado pasó uno de aquellos sujetos empapados de barro y agua, subió con dificultad los escalones y llegó hasta donde se encontraba el anciano. Se detuvo entonces y, agarrándole de los brazos, le ayudó a ponerse en pie. Luego recogió la piedra y se la colocó en las manos con la misma delicadeza que si hubiera sujetado un objeto sagrado. Tuvo suerte, porque ningún SS pareció ver lo sucedido. Entonces se dio la vuelta y comenzó a descender la escalera para volver a su puesto. Apenas se hallaba a medio metro de mí cuando pude distinguir su rostro. Llevaba el cabello sucio, como la cara, el cuerpo y las manos, pero lo reconocí inmediatamente, Eric. Aquel hombre era Karl Lebendig.

XXIV

—No dije una sola palabra. Si lo hubiera hecho, se habría detenido con toda seguridad a saludarme y aquello habría significado tentar en exceso a la suerte. Esperé, por tanto, a que llegara la hora del rancho y entonces me acerqué a él. Deseaba saber, por supuesto, cómo le habían detenido, pero, sobre todo, quería informarle de ese código no escrito que rige en los campos de concentración y cuyo desconocimiento puede significar la muerte.

—¿Cómo consiguieron atraparle? —interrumpió Eric.

—En realidad, lo que habría que preguntarse es cómo tardaron tanto en detenerle —respondió Ludwig—. Mientras caían millares de personas en manos de las SS, mientras quemaban sus libros en hogueras encendidas en medio de las calles, Karl se iba convirtiendo en una leyenda. Todos eran conscientes de que seguía en Viena, pero nadie sabía dónde. En realidad, lo que salvó a Karl durante meses fue el amor.

—¿Qué quiere decir? —indagó intrigado Eric.

—Cuando los nacional-socialistas se apoderaron de Austria, no fueron pocos los que decidieron escaparse. Karl tendría que haberlo hecho desde el primer momento, pero decidió quedarse porque Tanya, según me contó entonces, se estaba muriendo.

—Sí, ya lo sabía.

—Vendió todo lo que tenía y decidió invertir ese dinero en comprar medicinas y comida y en alquilar un apartamento donde ocuparse de ella y donde, además, tardaran en descubrirlo. Comportarse así equivalía a firmar su sentencia de muerte, pero no creo que tuviera ningún interés en seguir viviendo sin Tanya.

—Seguramente —concedió Eric.

—La mujer aún sobrevivió casi tres meses —continuó Ludwig—. Por lo que Karl me contó, en sus últimas semanas no podía levantarse del lecho y, ya al final, en algunas ocasiones, ni siquiera le reconocía. En realidad, se había convertido en un verdadero esqueleto, pero, según me dijo Karl emocionado, era un «esqueleto bellísimo», junto al que pasaba todo el día, recitándole las poesías que le había escrito en el pasado y susurrándole canciones de amor.

—¿Sufrió mucho al morir?

—Por lo visto, hacía un par de días que no podía comer y sólo toleraba algunos líquidos —respondió Ludwig—. Karl le acababa de dar un zumo y luego la abrazó. Pesaba ya tan poco que casi parecía una niña, me dijo. Entonces comenzó a entonar una canción en la que el enamorado pedía a su amada que tomara su corazón y su vida. Cuando concluyó, se dio cuenta de que Tanya había muerto.

—Así que consiguió engañarla... —pensó en voz alta Eric.

—No —negó Ludwig—. Nunca la engañó. En realidad, fue ella la que le engañó a él.

—No entiendo.

—Tanya sabía que se estaba muriendo desde hacía más de un año —dijo el antiguo periodista—. Así se lo habían asegurado dos especialistas de Viena. Llegó incluso a visitar al doctor Freud, por si su dolencia pudiera tener raíces psicológicas y era susceptible de curarse mediante el psicoanálisis...

—¿Fue ésa la razón de que se marchara del lado de Karl?

—Sospecho que sí —respondió Ludwig—. Seguramente, no deseaba que sufriera viendo cómo se apagaba hasta morir. Le dijo que padecía una indisposición pasajera y que se le curaría pasando un tiempo en un balneario. Por supuesto, Karl quiso acompañarla, pero Tanya no se lo permitió.

—¿Y él ya sabía que estaba enferma?

—No en esa época. Por un tiempo, pensó que la mujer había dejado de amarle y que tan sólo deseaba librarse de él. Se atormentaba diciéndose que su desorden y sus manías la habían alejado de su lado. Naturalmente, cuando regresó a Viena se volvió loco de alegría.

—Y volvió porque lo amaba...

—Sin duda alguna. Imagino que llegó a la conclusión de que no podía vivir, ni morir, sin él. Por supuesto, nada más presentarse en Viena, Karl la llevó a que la examinara un especialista pero, antes, temiéndose lo peor, le suplicó que ocultara a la mujer su situación en caso de ser grave. Se trataba de un antiguo amigo de Karl y aceptó la condición. Lo que ambos ignoraban era que Tanya sabía más que de sobra cuál era su estado. Cuando murió, Karl decidió quemar el contenido de algunas carpetas que ella se había empeñado en conservar. En el interior de una de ellas descubrió los informes médicos que habían entregado a Tanya antes de marcharse de Viena, un año antes. Karl siempre dijo que era la mujer más inteligente del mundo y hay que reconocer que, al menos en esta ocasión, lo demostró de sobrada. Él pensaba

que había logrado ocultarle todo, y era ella la que lo había conseguido. Aquella misma tarde, Karl salió del apartamento por primera vez en muchos días. Buscaba una funeraria y se las arregló para que dieran sepultura a Tanya. Naturalmente, ahora ya sabían dónde podían encontrarle y le detuvieron dos días después. Apenas tardaron unas horas en enviarlo a Mauthausen. Habían quemado sus libros en hogueras públicas pero, al parecer, abrigaban la esperanza de ganarlo para su causa.

—¿Lo consiguieron? —interrogó el muchacho.

—No pudieron quebrantarle, Eric, no pudieron... —dijo Ludwig—. Y la verdad es que lo intentaron todo.

Al escuchar aquellas palabras, el estudiante habría deseado que ahí se detuviera el relato del amigo de Lebendig, pero no supo o no pudo hacerlo.

—Un día —continuó Ludwig— uno de los oficiales de las SS tuvo una idea. No sé... no sé cómo se le pasó por la cabeza, pero decidió que en la sesión de interrogatorio estuviera presente un mono.

—¿Un mono? —preguntó Eric con un hilo de voz.

—Lo habían golpeado mucho —dijo Ludwig sin responder a la pregunta —. Yo entré para llevar unas bebidas a los SS y estuve a punto de que se me cayera la bandeja al verlo. No se trataba sólo de que tuviera la cara hinchada y el pecho cubierto de sangre. Además tenía las manos moradas y sangrando. Quizá... quizá le habían roto los dedos para evitar que pudiera seguir escribiendo... A ciencia cierta, no lo sé.

Eric sintió que se le formaba un nudo en la garganta, pero se propuso aguantar hasta el final del relato.

—Entonces el oficial de las SS que sujetaba al mono con una correa dijo: «¡Vamos, Pipino! ¡Acaba con él!»

—¡Dios santo! —musitó Eric.

—Los monos son animales fácilmente excitables. Si se ponen nerviosos o si se sienten presionados, reaccionan de manera violenta. Muerden, arañan, golpean... se convierten en verdaderos monstruos, en fieras enloquecidas...

Ludwig interrumpió el relato y se llevó la mano a la boca, como si deseara limpiarse los labios.

—El oficial de las SS volvió a azuzar al mono y, a continuación, descargó su fusta cerca del lugar donde estaba. No sé... no sé qué clase de adiestramiento tenía aquel simio, pero entendió a la perfección lo que le ordenaban. Saltó al suelo y, corriendo sobre sus cuatro manos, se acercó hasta donde estaba Karl.

Eric guardó silencio, a la vez que los ojos se le humedecían y el nudo que tenía en la garganta se le hacía insoportable.

—Aparté la vista, porque estaba convencido de que el animal saltaría sobre Karl y comenzaría a morderlo y golpearlo, hasta destrozarle la cara y el cuerpo, sin que él pudiera defenderse. Sin embargo, pasaron los segundos y no escuché el menor ruido. Fue como si el mundo hubiera quedado paralizado. Estaba tan extrañado de aquel silencio que acabé por mirar a Karl y entonces... entonces...

—¿Qué pasó entonces? —preguntó Eric, a punto de romper a llorar.

—El mono se había detenido a unos pasos de Karl y lo miraba... lo miraba de una manera que no me pareció feroz, que... que incluso me hizo pensar que sentía compasión por él. Luego, lentamente, muy lentamente, llegó hasta Karl, apoyó las manos en sus rodillas y se izó hasta sentarse en su regazo.

Ludwig volvió a secarse la boca de manera casi compulsiva.

—Lo que sucedió entonces, Eric, no lo hubiéramos esperado ninguno de los que estábamos allí. Ni Karl, ni yo, ni, por supuesto, los SS —dijo con voz temblorosa el amigo de Lebendig—. El mono tendió ambas manos hacia Karl y le retiró el pelo de la cara como si fuera a peinarlo. Luego comenzó a besarle dulcemente y a acariciarle el rostro y la cabeza.

Ludwig interrumpió su relato mientras unos gruesos lagrimones comenzaban a deslizarse por sus mejillas chupadas. Procurando mantener un control sobre sus emociones, lo que cada vez se le hacía más difícil, se pasó el dorso de la mano por los ojos para secárselos.

—Eric... —prosiguió—. Era... era como si, al ver tanto dolor injusto, aquel animal se sintiera más cerca del pobre Karl que de sus amos, como si algo en su interior le impulsara a comportarse con independencia de su amaestramiento... Cuando Karl se percató de lo que hacía el mono, levantó las manos... Dios santo, Eric, las tenía deshechas, llenas de moratones... y... y abrazó también al animal.

—¿Qué hicieron los SS? —preguntó el muchacho con un hilo de voz.

—Por unos instantes no supieron qué hacer —respondió Ludwig—. Creo que les pasaba como a mí. Estaban tan sorprendidos por lo que veían que no reaccionaban. Les duró poco. De repente, el oficial comenzó a golpear con la fusta en la mesa y a gritar: «Pipino, ataca, Pipino, ataca», pero Pipino no estaba dispuesto a obedecerle. Seguía abrazado a Karl como... como si fueran dos viejos amigos.

—Dios santo... —musitó Eric.

—Entonces —continuó Ludwig— el oficial se acercó dando zancadas hasta el mono y le descargó un fustazo en la espalda. Lo normal, seguramente, habría sido que el animal se apartara pero, en lugar de hacerlo, se abrazó más a Karl, como... como si deseara cubrirlo con su cuerpo. Luego... luego todo fue tan rápido que... que casi no pude observarlo con claridad. El oficial de las SS desabrochó la cartuchera que llevaba al cinto, sacó la pistola, apoyó el cañón en la cabeza del mono y apretó el gatillo. Se oyó un ruido sordo, como el de una botella de champán al destaparse, y el animal cayó al suelo como si fuera un muñeco roto.

—¿Y qué hizo Karl?

—Creo que al principio no se percató de lo que acababa de suceder, pero cuando sintió que el mono caía al suelo y vio que se quedaba tendido e inmóvil, con aquella mirada perdida y la boca entreabierta, los ojos se le llenaron de lágrimas. Entonces apretó la mandíbula, sonrió... sí, Eric, créeme, sonrió, y le dijo al oficial: *«Herr* Hoffmann, ¿acaso le resulta imposible tolerar que los monos sean más humanos que los nacional-socialistas?».

—¿Eso le dijo? —preguntó sorprendido Eric.

—Sí —respondió Ludwig—, y a continuación añadió: «Afortunadamente para usted, no creo en las teorías de Darwin. De lo contrario, me resultaría imposible no inventarme algún chiste sobre su Führer».

—¿Y qué le hicieron?

—En aquel momento, temí que el oficial lo matara de la misma manera que había hecho con el mono. Estaba convencido de que le pegaría un tiro o de que comenzaría a golpearlo hasta romperle la fusta en el cuerpo, pero no lo hizo. Se limitó a ordenar que se lo llevaran a su barracón.

—¿No le pegó? —preguntó sorprendido Eric—. ¿Ni siquiera le insultó?

—Ni una cosa ni otra —respondió Ludwig—. Sólo dijo que se lo llevaran.

—¿Y qué pasó luego?

—No sabría explicarte cómo sucedió pero, aunque yo no conté nada a nadie, al cabo de una hora casi todo el campo sabía lo que había pasado con Karl y con el mono. Algunos lloraban como niños al escucharlo, otros apretaban los labios con orgullo, como si ellos fueran los que habían comparado a los nazis con el animal, y no faltaban los que mencionaban que Karl se había portado como un loco pronunciando aquellas palabras. Cuando

llamaron para recoger la sopa de la noche, procuré colocarme al lado de Karl. Charlamos apenas unos minutos y no pude dejar de decirle lo preocupado que me sentía por él. «Nunca debiste decirle al SS esas palabras», le comenté. «Nunca te lo perdonará».

—¿Y qué dijo Karl?

—Sonrió con esa sonrisa tan particular que tenía y me contestó: «Siempre he sabido que nunca viviré un día más, pero tampoco un día menos, de los que Dios haya dispuesto en su voluntad. Cuando tenga que morirme, será porque Él ha decidido llevarme a su lado y no porque le apetezca a un hombre». Le insistí entonces en que fuera prudente, en que no se dejara vencer por el desánimo, en que le quedaban muchos libros que escribir, pero me cortó con un gesto y me dijo: «La mujer que más he amado en este mundo lo abandonó hace tiempo, el joven más prometedor que he conocido en los últimos tiempos se encuentra a salvo en Suiza y tú... tú vas a salir de aquí dentro de poco. Creo que todo lo que tenía que hacer está cumplido».

—¿Fue la última vez que hablaste con él?

—Sí. Tras el recuento entramos en el barracón, pero él se dirigió directamente a su catre, sin cruzar palabra con nadie. Me pareció que rezaba después de leer en un Nuevo Testamento que siempre llevaba consigo... Estábamos exhaustos y no tardamos en dormimos, pero, ya entrada la noche, escuché unas pisadas que me sacaron del sueño. Procurando que no me vieran, intenté enterarme de quién se trataba. Eran dos SS que llegaron hasta el lecho de Karl y lo despertaron. Estaba muy oscuro, pero no me pareció que les presentara resistencia. Todo lo contrario. Se levantó y salió flanqueado por ellos del barracón. A la mañana siguiente... a la mañana siguiente...

La voz de Ludwig se quebró. Sin embargo, una vez más volvió a limpiarse los labios y continuó el relato.

—Heinrich, un viejo socialista de pelo blanco, lo encontró en las letrinas. Colgaba de una soga y su cadáver ya estaba frío.

—¿Crees que se suicidó?

—Creo que lo asesinaron y que fingieron que había sido un suicidio. De esa manera, al evitar una ejecución pública, no lo convertían en un mártir. Además, podían ir diciendo que había sido incapaz de resistir el campo y que se había quitado la vida por cobardía. Pero yo sé que lo asesinaron los SS. También creo que él sabía que lo iban a matar y que, sin embargo, estaba totalmente tranquilo, porque había llegado a la conclusión de que todo lo que tenía que hacer en esta vida estaba hecho y había llegado el momento de

partir hacia la otra.

Eric guardó silencio mientras Ludwig se acercaba el vaso a los labios y bebía otro sorbo de agua.

—A mí me pusieron en libertad al día siguiente, pero advirtiéndome de que, si no quería problemas, lo mejor que podía hacer era marcharme de Austria y no volver.

—Tuviste mucha suerte —dijo Eric.

—Sé que su muerte es muy triste... —comenzó a decir el periodista.

—Sobre todo, injusta —le interrumpió Eric.

—Sí, también injusta —reconoció—, pero creo que Karl no desearía verte apenado. Siempre quiso mucho a Tanya, pero cuando ella decidió marcharse no la abrumó con preguntas ni con reproches, y cuando regresó prefirió continuar a su lado, aunque eso supusiera arriesgar la vida. A ti te quería como si hubieras sido un hijo suyo. Hablaba continuamente de ti, se refería a las esperanzas que podía tener Austria de contar con un gran pintor nacional gracias a ti, enseñaba con orgullo los bocetos que le habías obsequiado... Cuando tuvo que pensar en alguien a quien salvar de aquella cárcel que es ahora Austria, pensó en Rose y en ti. Por eso... por eso, Eric, la mejor manera de recordarle es que no te apenes más por él y, a la vez, te esfuerces por llegar a ser aquello para lo que tienes talento.

—Ahora tengo que hacer —dijo Eric tras mirar el reloj de bolsillo que le había regalado Karl Lebendig.

—Sí, sí, lo comprendo —comentó Ludwig poniéndose rápidamente en pie.

—No quiero que me interpretes mal —repuso enseguida el muchacho—. Te agradezco mucho que hayas venido a verme, pero debo atender a algunas personas.

—Claro, claro... —insistió el periodista, mientras hacía un gesto de tranquilidad con las manos.

—Tenemos que volver a vemos, Ludwig.

—Seguro, seguro que sí. Aún me quedaré en Zurich algunos días. Bueno, no te entretengo más.

No se dijeron «ha sido un placer» ni «qué alegría verte», porque a ambos les habría parecido una cortesía sin sentido, después de hablar de la muerte del mejor amigo que habían tenido. Se estrecharon la mano y después, como movidos por un resorte, se dieron un abrazo.

Eric cerró la puerta detrás de Ludwig y luego se sentó. Entonces apoyó

los codos en la mesa, hundió el rostro entre las manos y rompió a llorar.

XXV

Fue el suyo un sollozo impetuoso pero también muy breve. Apenas comenzó a surgirle a borbotones, sintió en su interior un deseo casi desesperado de reprimirlo. No, no quería llorar. En el último medio año había realizado enormes esfuerzos para no desmoronarse, para recuperar la alegría, para mantener la esperanza, y no deseaba que todo se colapsara en esos momentos. Saltó del asiento y comenzó a reordenar todo lo que se daba cita en la habitación. La experiencia le había enseñado que podía sofocar la tristeza si se ocupaba en alguna actividad. Así, comenzó, primero, a colocar de manera meticulosa los vasos y cubiertos, pasó luego a los ya dispuestos útiles de dibujo y, luego, clasificó sus papeles.

Poco orden necesitaban los escasos haberes de Eric, pero aquella sencilla labor le entretuvo y, de esa manera, le fue apartando poco a poco de la congoja que le había ocasionado la inesperada visita de Ludwig. Sintió un calambre de dolor al mover el volumen de las *Canciones para Tanya*, pero no se dejó vencer y prosiguió su actividad con renovado ímpetu. Tan deprisa se movía ahora por su cuarto que, sin querer, tropezó con una silla y la carpeta que llevaba en la mano salió disparada contra la pared. Buena parte del suelo quedó cubierta por papeles de distinto tipo. Eric respiró hondo y se inclinó para recogerlos. Entonces la vio.

Había quedado un poco torcida sobre un par de papeles, pero, aun así, se podía contemplar de frente. Era una fotografía en blanco y negro en que aparecían cuatro personas que sonreían alegremente sobre un fondo de paisaje vienes. La dos primeras —Tanya y Karl— ya habían muerto, la tercera era él y sobre la cuarta, su amada Rose, sólo tenía interrogantes en esos momentos. Tomó asiento en el suelo y sostuvo la fotografía con las dos manos. Mientras contemplaba aquellos rostros, un aluvión de recuerdos e imágenes le vino a la cabeza. Frases, risas, paseos, humoradas comenzaron a subirle del corazón y a cubrirle con una sensación agridulce.

Por un instante, detuvo la mirada en el rostro de Tanya. Aquella mujer podía haberse comportado de manera contradictoria, pero siempre por amor. Era el amor el que la había empujado en un momento dado a marcharse del lado de Karl, era el amor el que la había impulsado a regresar con él y era el

amor el que le había cerrado la boca ocultando la verdadera naturaleza de sus sufrimientos. Aquel amor había sido también más que suficiente para que el escritor la dejara marchar sin preguntas, para que después la acogiera con los brazos abiertos, se desprendiera de lo poco que tenía e incluso arriesgara su vida para no abandonarla sola en el último momento.

Su destino había sido muy duro —podría decirse que injusto—, pero no era menos cierto que ambos habían abandonado este mundo en paz y sabiendo que su amor era único. Tanya había pasado a la eternidad, mientras escuchaba una canción de amor susurrada por el escritor; Karl estaba convencido de que se reuniría con el Dios en el que había creído.

Sí, ahora Hitler dominaba su país y la mayoría de la gente parecía haber perdido el sentido común y la decencia, mientras los buenos resultaban sospechosos tan sólo por el hecho de serlo. Sin embargo, aquello no podía durar. Austria y la libertad se abrazarían de nuevo, de la misma manera que lo habían hecho Tanya y Karl y que también lo harían Rose y él. Un día Hitler desaparecería y su país volvería a ser libre y, antes o después de que eso sucediera, se encontraría de nuevo con Rose; un día podría mostrarle sus dibujos y ella le reprendería por los defectos que pudiera percibir; un día volverían a reunirse y ya no se separarían hasta exhalar el último aliento. Sí, se dijo, mientras notaba cómo la esperanza se alzaba en su pecho con una extraordinaria pujanza, todo eso acabaría sucediendo y, cuando así fuera, el último tren a Zurich habría alcanzado el destino que quiso darle un escritor enamorado que se llamaba Karl Lebendig.

Nota del Autor

Aunque los protagonistas de este relato son imaginarios, el contexto descrito y las referencias a personajes históricos concretos son exactos. En efecto, Max Pulver fue un brillante especialista en grafología y Rilke estuvo en Toledo y quedó profundamente impresionado por la ciudad.

El partido nacional-socialista estaba prohibido en Austria, por lo que sus actividades eran clandestinas y no pocas veces se limitaban a la realización de obras sociales, como la entrega de comida a parados, o a manifestaciones de violencia, menos frecuentes que en Alemania. Esta circunstancia explica por qué resultaron tan importantes las concentraciones de nazis austriacos celebradas en el territorio del III Reich, especialmente en Aquisgrán. En ellas millares de jóvenes abrazaron el evangelio del nacional-socialismo y de la superioridad de la raza aria, contribuyendo a que su nación acabara siendo anexionada por Hitler.

El periódico entregado por Sepp a Eric es un ejemplar real de *Der Stürmer*, la publicación antisemita de Julius Streicher, uno de los grandes criminales de guerra ejecutados durante el proceso de Nüremberg. Exactas son también las citas de textos papales en las que se rechazaba, como intolerables falsedades, las acusaciones de asesinato ritual lanzadas contra los judíos.

La llegada de Himmler a Viena, un día antes del aterrizaje de Hitler, para llevar a cabo detenciones, y el paso del dictador por las calles de la capital austriaca, están reconstruidos sobre la base de textos de la época y documentales realizados entonces.

Los datos referidos al campo de concentración de Mauthausen —en el que morirían con posterioridad millares de presos españoles— son exactos, incluida la referencia a su cantera, trágicamente famosa. También es real la descripción que sobre la arbitrariedad de las detenciones —y de la puesta en libertad de los campos— aparece en la novela. Millares de personas, en su mayoría antes de estallar la guerra, fueron, como Ludwig Lehar, internadas en campos sin mediar juicio alguno, y algunas fueron puestas en libertad sin que tampoco se formulara explicación para semejante acto.

Por último, debo hacer una referencia al empleo de un simio para

aumentar la tortura ocasionada por las SS a los reclusos de los campos de concentración. Lamentablemente, no se trata de un fruto de la imaginación del autor, pero tampoco lo es el comportamiento de aquellos que, como Karl y Tanya, se han seguido amando en todos los tiempos, por encima de cualquier circunstancia.

Madrid-Viena-Madrid, verano de 2003

---

notes

Notas

[1] ¡Es él! ¡Es el Führer!